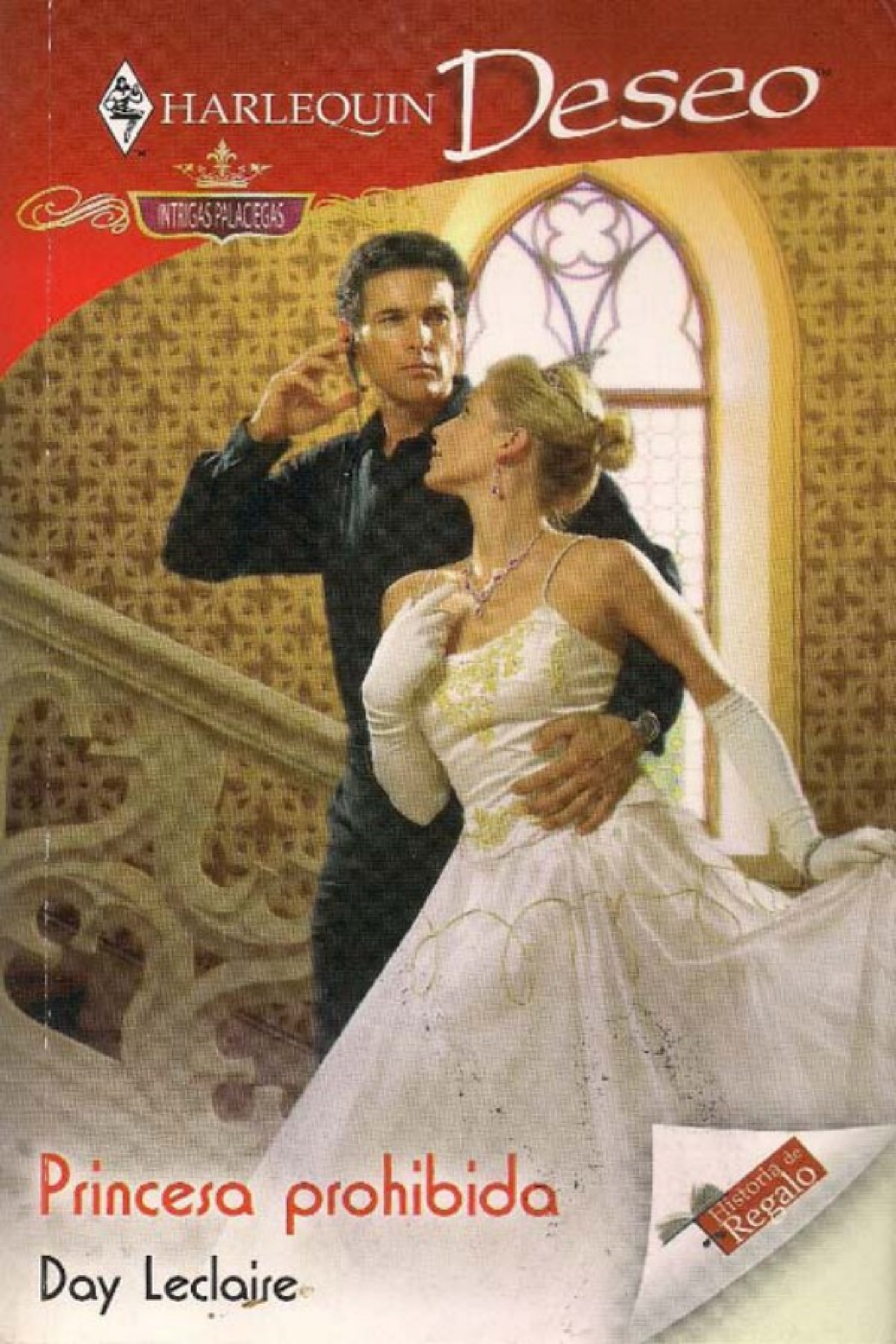

HARLEQUIN
Deseo
INTRIGAS PALACIEGAS
Princesa prohibida
Day Leclaire
Historia de Regalo

Princesa Prohibida (2008)
Título Original: The Forbidden Princesa (2007)
Serie: 1º Serie **Intrigas Palaciegas**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1573
Género: Contemporánea
Protagonistas: Alyssa Sutherland y Merrick Montgomery

Argumento:

¿Dónde estaba la novia y posible heredera al trono?

Sólo unos minutos antes de pasar por el altor, la princesa Alyssa Sutherland desapareció sin dejar rastro. Había rumores que afirmaban que no se casaba por amor, por lo que quizá hubiera sentido pánico en el último momento. Fuentes fidedignas afirmaban también que habían visto por allí a Merrick Montgomery… y se atrevían incluso a pensar que habían huido juntos. ¿Acaso aquel guapísimo rebelde había secuestrado a la princesa por motivos políticos? O quizá sólo hubiera hecho que la dama se volviera loca de amor…

Capítulo 1

Merrick Montgomery miró a la mujer cuya vida estaba a punto de destruir. A fin y al cabo ella también podía destruir la suya.

No podía negar que Alyssa Sutherland estaba despampanante con ese vestido de novia.

Volvió a mirar por los binoculares. Ella no se movía de su asiento, pero el resto de invitadas no dejaban de mariposear a su alrededor. Tenía el rostro más perfecto que jamás había visto y su figura despertaba pasiones. Su cabello dorado resplandecía con la luz del sol.

Merrick hubiera querido desnudarla con la mirada para descubrir si su cuerpo era igual de perfecto.

Pero no había dudas sobre lo que escondía el traje. Ése era el regalo que la naturaleza concedía a algunas mujeres: belleza arrolladora y avaricia sin límites. Aquella piel inmaculada podría hacer perder la cabeza a cualquier hombre. ¿Resultaría ser una diosa con curvas de vértigo? ¿O sería esbelta y delgada?

En cualquier caso, se había vendido a Brandt von Folke.

—Merrick.

La voz que oyó a sus espaldas lo sacó de aquella ensoñación. Aquella mujer lo había distraído más de la cuenta. Llevaba muchos años al frente de las fuerzas de seguridad y nunca le había ocurrido algo así.

Pero esa mujer… la miró por última vez.

Su belleza sería un problema. Sin duda no pasaría desapercibida y eso podría traer complicaciones para la misión.

Entre él y su objetivo se interponían ocho guardias, seis al descubierto y dos a ambos lados de la capilla. Miró el reloj e hizo una señal a sus hombres. Entrarían en diez minutos.

Una vez más miró a aquella mujer a través de los prismáticos. Aquel rostro de porcelana no mostraba emoción alguna. Tenía una mirada pensativa y Merrick se preguntó qué pensamientos encerraba aquella máscara de hielo. Mientras la observaba, sus labios temblaron un instante. ¿Acaso estaba nerviosa?

No. Eso era imposible en alguien como ella.

—Es la hora —anunció Merrick—. Pase lo que pase, impediremos que esta mujer se case con Brandt von Folke. ¿Entendido? —esbozó una sonrisa.

No había ninguna duda respecto a lo que estaba a punto de suceder. Sus razones eran justas y su resolución inquebrantable. Aquello estaba mal, pero sus motivos eran nobles.

Iba a secuestrar a la prometida de otro hombre por una buena causa…

Alyssa Sutherland permaneció inmóvil en medio de aquel caos. Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no ahuyentar a gritos a aquellas mujeres, que no dejaban de revolotear a su alrededor. Sólo necesitaba un par de minutos para tranquilizarse y respirar profundamente. Ojalá hubiera podido dar rienda suelta a las lágrimas y dejarse llevar por la histeria; soñar, aunque fuera durante un instante, con alguien que la rescatara de esa pesadilla.

Pero eso no iba a pasar…

Las cosas habían sucedido muy deprisa y no le habían dado respiro. No había tenido ni un minuto para pensar, para protestar o quejarse… o para correr. Sencillamente le habían dicho lo que tenía que hacer, esperando que obedeciera sin rechistar.

Y ella lo había hecho, aunque fuera en contra de su naturaleza. No tenía elección.

—Princesa Alyssa, es la hora —dijo una mujer con un ligero acento —. Debería entrar en la capilla.

Alyssa la miró un instante. Se llamaba Lady Bethany o algo parecido.

—Es sólo Alyssa. No soy una princesa.

—Sí, Su Alteza.

Alyssa cerró los ojos, desesperada. Bajó la cabeza y trató de mantener el tipo. La boca le temblaba, pero no podía controlarlo.

—Un momento, por favor —susurró.

—Lo siento, Su Alteza, pero no es posible.

¿Cuántas veces le habían dicho lo mismo la última semana? Demasiadas para contarlas. Estaba claro que no iban a dejarla sola ni un momento y se lo habían hecho saber de todas las maneras posibles, sin perder las buenas maneras.

La llamaban «princesa Alyssa». Se inclinaban ante ella y la trataban como si fuera de cristal, pero ese respeto no era fingido, sino que denotaba una gran sinceridad. Por primera vez en una semana, se encendió la llama de la esperanza. Quizá pudiera utilizar tanta deferencia en su propio beneficio.

Respiró hondo, levantó la barbilla y miró a Lady Bethany con ojos de acero.

—Necesito cinco minutos a solas antes de volver a la capilla. Necesito… poner en orden mis pensamientos, prepararme para la ceremonia para no defraudar a… —tragó con dificultad—. A mi futuro esposo.

La impaciencia de Lady Bethany aumentó.

—No creo que Su Alteza esté de acuerdo. Él nos ordenó… nos pidió que permaneciéramos a su lado todo el tiempo.

—El guardia velará por mi seguridad —dijo Alyssa.

—Pero Su Alteza…

—Estaría de acuerdo en hacer una excepción el día de mi boda. ¿Por qué no llamamos al príncipe Brandt y le preguntamos quién tiene razón?

Por lo visto, era la maniobra perfecta. Aquel farol funcionó a la perfección pues Lady Bethany se puso blanca y dio un paso atrás.

—No será necesario, Su Alteza —dijo haciendo una reverencia—. Le diré a los guardias que la escolten hasta la capilla cuando esté lista. ¿Será suficiente con cinco minutos?

Alyssa inclinó la cabeza.

—Sí. Será suficiente. Gracias.

El séquito de damas de compañía formó un corro y todas empezaron a cuchichear en la lengua de Verdonia, que era incomprensible para Alyssa. Tras unas miradas ansiosas por encima del hombro, se dirigieron a la capilla.

Alyssa respiró hondo, se puso en pie y entró en el jardín, seguida por el guardia más corpulento. El hombre se paró entre ella y el bosquecillo que rodeaba el jardín, y Alyssa fue a sentarse al banco que estaba más lejos de la capilla y de ojos indiscretos.

Por la mañana había llovido, pero el sol había vuelto a salir y una brisa cálida acariciaba la piel. Un rato antes había visto un arco iris en el cielo; «una señal», solía decir su madre.

«Ahí fuera nos espera el éxito y la gloria, Ally…», solía decir Ángela Barstow. «Y uno de estos días saldremos a buscarlos…».

—Esta vez no, mamá —susurró Alyssa.

Esa vez no podían huir de los problemas. Ya no habría más comienzos ni padrastros. Ya no tendría que volver a escapar en mitad de la noche junto a su madre. Esa vez el problema era demasiado grande como para escapar.

Alyssa trató de ahuyentar los temores pues no tenía mucho tiempo para tomar el control de sus emociones. Los segundos pasaban sin piedad y el guardia se estaba impacientando. Volvió a respirar hondo y se llenó los pulmones del aire fresco de primavera.

Si las cosas hubieran sido distintas, la belleza de aquel lugar la habría deslumbrado, pero en esas circunstancias, no sentía emoción alguna. Tan sólo estaba sola y asustada, y lo único que deseaba era encontrar la manera de escapar de esa pesadilla. Ojalá no hubiera ido a rescatar a Ángela por enésima vez.

La carta urgente en la que pedía ayuda y el billete de avión con destino a Verdonia había sido demasiado como para ignorarlo, así que Alyssa había pospuesto el comienzo de su nuevo trabajo para socorrer a su madre. No hubiera imaginado que la obligarían a aceptar un matrimonio a base de amenazas a su madre.

De alguna manera se había visto envuelta en un dilema político que no entendía en absoluto. Su madre había intentado explicárselo, pero habían tenido muy poco tiempo. Tan sólo le había dicho que todos la creían una gran princesa de Verdonia, y que su matrimonio con Brandt von Folke uniría dos de los tres principados en guerra.

Aquello era un gran error, pero aun así estaba en el ojo del huracán. Le habían dicho que sólo tenía una alternativa. Si no aceptaba, su madre sufriría las consecuencias.

—Disculpe, Su Alteza, pero es la hora.

Presa del pánico, Alyssa abrió los ojos y miró al guardia.

—¿Ya?

—Es la hora —repitió.

Su voz grave albergaba un atisbo de solidaridad.

Antes de que pudiera pedirle otro momento a solas, algo pasó por su lado con un zumbido. El guardia puso una expresión extraña y ahogó un grito. Se llevó una mano al cuello y se desplomó en el acto. Horrorizada, Alyssa se puso en pie.

Entonces echó a andar hacia él, pero unos brazos musculosos la levantaron del suelo y le taparon la boca para que no pudiera gritar.

La joven quedó suspendida en el aire durante unos segundos. Aquel hombre olía a cedro y mar, pero Alyssa percibía algo más: algo más primitivo y peligroso…

La joven empezó retorcerse, dando patadas, pero el hombre no tuvo ningún problema en controlarla. Su cálido aliento le agitó los rizos del flequillo y su pecho rugió con una risotada.

—Cálmese, princesa. Resistirse no le servirá de nada. Sólo logrará

cansarse y me hará más fácil el trabajo.

Aunque más profunda y grave, su voz tenía el acento típico de Verdonia. Se trataba de alguien educado.

Alyssa trató de controlar el miedo y prestó atención con la esperanza de recopilar tantos datos como fueran necesarios para identificarlo. Entonces se quedó quieta y él suspiró satisfecho. Volteó la cara y gritó algo en su lengua natal dirigido a otra persona. Había otros a su alrededor que parecían obedecerlo.

En cuanto dejó de luchar, aquel hombre la hizo adentrarse en las sombras del bosque cercano. Alyssa pudo ver a los hombres con los que había hablado, pero pronto quedaron ocultos tras unos árboles. Todos estaban vestidos de negro y llevaban una capucha. ¿Qué era lo que querían?

Alyssa quería escapar de aquel matrimonio, pero no de esa manera.

Entonces la joven se acordó de su madre y volvió a oponer algo de resistencia, pero él la agarró con más fuerza.

—No —susurró contra su mejilla.

Una incipiente barba le rozó la piel y Alyssa se estremeció. Aquélla podría haber sido la caricia de un amante, de no haber venido de un secuestrador despiadado.

—Si sigues luchando, tendré que atarte. ¿Es eso lo que quieres?

Alyssa sacudió la cabeza con rabia y el movimiento descolocó el velo que le cubría la cara. Al ver la escena que se extendía ante sus ojos, una nueva ola de pánico la invadió y trató de respirar con normalidad.

Mientras tanto, él la condujo hasta un estrecho camino rural, donde esperaban un par de todoterrenos. Hasta ese momento había visto a cuatro hombres, el que la tenía agarrada más los que se habían quedado en el patio. Entonces un quinto hombre salió de uno de los vehículos.

—Es la hora —su secuestrador se dirigió en inglés al conductor del coche—. No tienes que seguir adelante con esto. Aún estás a tiempo de cambiar de idea.

—No puedo y no lo haré. No hay… motivo.

Al oír la voz de una mujer Alyssa se puso tensa. Por el rabillo del ojo pudo ver un destello de plata, pero cuando iba a volverse en esa dirección, el hombre se lo impidió.

—Rápido, Merrick —murmuró la mujer—. ¡Merrick!

Alyssa retuvo aquel nombre por si servía de algo.

—Sólo tenemos unos momentos hasta que lo descubran.

El extraño le arrancó el velo de la cara y se lo lanzó a la mujer.

—¿Servirá esto?

—Perfecto. Por lo que puedo ver nuestros vestidos son casi

idénticos. El velo disimulará las diferencias.

Entonces la mujer dijo algo más en la lengua de Verdonia y Merrick dejó escapar una risotada, impropia de un delincuente implacable.

Alyssa oyó los delicados pasos de aquella mujer en dirección a la capilla y se quedó a solas con su secuestrador. El la soltó y le dio la vuelta. Al verlo de frente, Alyssa se estremeció. El cabello, de color castaño oscuro, le caía en rizos alrededor del rostro, de rasgos firmes. Tenía unos pómulos prominentes y ojos brillantes con pupilas de oro. La nariz estaba bien delineada, pero se notaba que se la habían roto en alguna ocasión.

Aquel hombre era peligrosamente enigmático…

Una cicatriz de arma blanca salía del lado izquierdo del labio superior y le abarcaba casi toda la mejilla. Todo indicaba que era un hombre que había vivido una vida peligrosa. La crueldad brillaba en sus ojos, y también en sus rasgos duros y curtidos. No quedaba el menor vestigio de dulzura…

La acorraló contra un árbol, sin dejar de taparle la boca. La dura corteza se clavó en la espalda de la joven.

—Te soltaré si prometes no gritar. Si no, te pondré cinta aislante. ¿Está claro?

Ella asintió con temor. Uno a uno, levantó los dedos que le cubrían los labios y Alyssa levantó la barbilla para mirarlo de frente. No estaba dispuesta a rogar, y mucho menos a suplicar, pero sí exigiría una explicación.

—¿Por qué? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Eres un peón, un peón que voy a quitar del tablero.

A Alyssa se le aceleró el corazón. ¿Cómo iba a deshacerse de ella? ¿Acaso iba a matarla?

—¿Es que no hay otra manera? —sacó las palabras del nudo que tenía en la garganta.

Él permaneció impasible. Alguien así no se conmovía con las lágrimas de una mujer. Lo que iba a ocurrir había sido planeado por él y ella no podía hacer nada al respecto.

—No puedo permitir que la boda siga adelante —se detuvo un instante—. Necesito tu traje.

Aquella petición la tomó por sorpresa.

—¿Mi qué?

—Tu traje de novia. Quítatelo.

—Pero… ¿por qué?

—Ésa no es la respuesta correcta.

Alyssa sacudió la cabeza y, como le había arrancado el velo, la melena le cayó sobre los hombros.

—Entonces ésta tampoco te va a gustar. No me lo puedo quitar.

Los surcos alrededor de su boca se hicieron más profundos y una ola de tensión recorrió la expresión de su rostro.

—Escúchame bien, princesa. O te lo quitas tú, o lo hago yo. Tú eliges.

Por alguna razón Alyssa montó en cólera al oír esas palabras. En realidad tenía dos opciones. Podía rendirse al pánico que sentía y empezar a gritar hasta que él la hiciera callar, quizá para siempre, o de lo contrario, podía mantener la dignidad en una situación tan extraña.

Lo miró a los ojos.

—Te estoy diciendo la verdad. No me lo puedo quitar. Me lo han cosido sobre el cuerpo. Creo que es la costumbre en este principado. Así que si vas a matarme, hazlo de una vez.

—¿Matarte?

Alyssa vio un destello en sus ojos.

—No tengo intención de matarte, pero sí necesito ese vestido. Llamaría mucho la atención. Así que si no puedes quitártelo, lo haré yo.

Alyssa oyó un roce de metal contra cuero y bajó la vista. Llevaba un cuchillo atado a la pierna y lo estaba sacando de la funda. Aquella arma dentada era enorme y resplandecía a la sombra de aquel inmenso roble.

La joven se quedó sin aliento y la oscuridad se cerró a su alrededor. Todo lo que veía era la mano de aquel hombre sosteniendo el cuchillo.

—No… —atinó a decir Alyssa justo antes de sentir cómo hundía el arma en el corpiño del traje. El frío del metal dio contra su pecho antes de deslizarse a través de la seda hasta llegar al dobladillo de la falda.

Entonces sus manos expertas rasgaron la tela por donde había sido cortada y la prenda cayó al suelo.

Alyssa se quedó blanca y trató de recobrar el aliento. Merrick observó su reacción y lamentó lo que acababa de hacer. Von Folke lo había hecho convertirse en el hombre que ella tenía ante sus ojos.

Y sin embargo, a pesar de todo lo que le había hecho, ella se recuperó rápidamente y el miedo desapareció de su rostro, dando lugar a la ira. Sus ojos azules relampaguearon y Merrick no pudo sino alabar su coraje, a pesar de lo mucho que complicaría las cosas.

—Maldito hijo de perra.

Merrick esbozó una sonrisa sarcástica.

—Eso me lo dicen mucho.

Alyssa permaneció de brazos cruzados contra el tronco del árbol. Verla sin el traje dio respuesta a dos de las preguntas que se había

hecho un rato antes. En efecto tenía la tez de marfil que había imaginado, y era una diosa perfecta.

Para ser tan pequeña, tenía unos pechos turgentes que llenaban el escotado sujetador que intentaba tapar con las manos. De forma inexplicable, un diminuto lazo rosa mantenía unidas ambas copas del sostén, y Merrick sintió el impulso de desatar el nudo que lo mantenía todo en su sitio.

Entonces bajó la vista y no pudo reprimir una sonrisa al ver que llevaba un cancán. Seguramente era otra costumbre de la zona, pero debía de ser necesario para el traje de novia. A sus pies, las finas capas de seda blanca y tul ondeaban en la brisa.

—No te muevas —le ordenó.

Blandió el cuchillo una vez más y atravesó la voluminosa falda a la altura de las caderas hasta clavarla a la corteza del árbol. Entonces recogió los jirones del vestido y los metió en el todoterreno plateado. Sus hombres se ocuparían de ello.

Merrick se detuvo un instante para ver qué haría Alyssa Sutherland. Estaba en sus manos ahorrarse problemas. Y sin embargo, no le sorprendió su reacción. El ruido de la seda al desgarrarse llegó a sus oídos…

Se dio la vuelta en el momento en que ella echaba a correr encima de aquellos tacones de veinte centímetros. Se adentró en el bosque. Los jirones de tela bailaban en la brisa tras ella.

Por suerte no se le ocurrió gritar. Merrick sacó el cuchillo y echó a correr tras ella con sigilo. Su cabello ondeaba en la brisa y reflejaba la luz de la luna.

Se había deshecho de los zapatos y la brecha del vestido le daba mucha amplitud para correr, pero ya se estaba quedando sin aliento y su respiración sonaba entrecortada.

Merrick apretó los dientes. El disfraz de Miri sólo les daría unos minutos. Tenía que llevársela de allí antes de que von Folke descubriera el engaño. Empezó a correr más deprisa y acortó la distancia que los separaba. Entonces esperó a que Alyssa diera unos pasos más para poder controlar la caída y se abalanzó sobre ella, girando sobre sí mismo para recibir todo el impacto. Aterrizaron sobre una cama de hojas secas y el impulso les hizo deslizarse medio metro hasta una zona cubierta de hierba y libre de piedras.

Le rodeó el cuerpo con un brazo y el cuello con el otro. Ella opuso resistencia durante un minuto, pero no tardó en rendirse.

—No me has escuchado bien —le dijo al oído—. Esto te va a costar caro, princesa.

—No lo entiendes —aquella poderosa mano sobre el cuello le impedía emitir más que un susurro—. Tengo que volver a la capilla y seguir adelante con este matrimonio. Si no lo hago…

—Si no lo haces, no llegarás a ser Su Alteza Real, la reina de Verdonia. ¿No es así?

—¡No! No lo entiendes. Mi madre. Él tiene a mi madre.

—Si se parece a ti, estoy seguro de que puede defenderse sola.

Le quitó la mano del cuello y rodó sobre sí mismo hasta ponerse encima de ella. El cancán abultaba a su alrededor, pero se le ceñía a la cintura. La enorme rasgadura que se extendía a lo largo de interminables capas de tul dejaba a la vista un liguero de encaje y medias de seda reluciente.

Merrick se puso tenso y su cuerpo reaccionó de la manera esperada. Una vida de entrenamiento riguroso no era suficiente para resistirse a aquella mujer. Aquel deseo desafiaba toda lógica.

Ella lo miró fijamente y Merrick supo cómo sería perderse en aquel mar azul y hacerla suya para siempre; sus cuerpos entrelazados en el más primitivo de los bailes. Vio una entrega absoluta, muy distinta a los momentos que había compartido con otras mujeres a lo largo de su vida, y se dejó llevar por un desenfreno de pasión. Aquélla fue una rendición que escapaba a la razón…

No había conocido tanta confianza en sus veintinueve años de vida, y esos ojos auguraban un futuro lleno de promesas.

La deseó como nunca había deseado a nadie.

—Von Folke debió de pensar que todos sus sueños se habían hecho realidad cuando te vio por primera vez —dijo con un hilo de voz.

Ella se estremeció antes sus palabras.

—Si se sentía atraído por mí, nunca me lo demostró —se retorció bajo el peso de Merrick—. Por favor, déjame levantarme.

Merrick hubiera querido hacer lo que le pedía, pero le resultaba imposible y tuvo que luchar con toda su fuerza de voluntad para hacer frente a sus deseos más primarios.

—Muy bien, princesa… —al final la razón perdió la batalla—. Pero te advertí que esto te costaría caro. Es hora de pagar.

Entonces, se inclinó hacia ella y besó los labios más exquisitos que había visto en muchos años.

Capítulo Dos

Alyssa sucumbió a la embestida de aquel beso. Nunca había experimentado sensaciones tan arrolladoras y apasionadas. Aquello no se parecía en nada a los inocentes besos de la adolescencia, ni tampoco tenía nada que ver con las fingidas caricias de los hombres con los que había salido en los últimos años. Todas ellas sabían a ambición e interés.

Sintió un intenso calor en el bajo vientre; una mecha encendida que recorrió cada centímetro de su piel hasta llegar al centro de su feminidad. No debería desearlo, y sin embargo, permaneció quieta, sin ofrecer resistencia alguna. Merrick enredó los dedos en su melena y el beso se hizo más profundo y seductor. Se trataba de un desafío que ella no fue capaz de rechazar.

Alyssa terminó devolviéndole el beso. Su mente se rebeló, pero su cuerpo se dejó llevar por aquel juego amoroso. Relajando la mandíbula, entreabrió los labios de forma insinuante.

Se engañó a sí misma diciéndose que sólo lo hacía para pillarlo desprevenido y tener una posibilidad de escape, pero en el fondo de su corazón sabía que eso no era más que una excusa.

Él deslizó una mano por su cuello y le tocó el pecho. Esa simple caricia fue suficiente para hacerle comprender que sería suya para siempre, que no podía escapar. Le rodeó los senos con las palmas y empezó a juguetear con sus pezones duros, que sobresalían bajo una fina capa de seda.

A Alyssa se le escapó el aliento en forma de un grito que sofocaron los labios de Merrick.

El estaba a punto de deshacer el lazo que unía ambas copas del sujetador cuando oyó las campanadas de la iglesia seguidas de los primeros acordes de la Marcha Nupcial.

La expresión de su rostro se transformó y se quitó de encima de ella en un instante.

—¿Qué demonios…? —sacudió la cabeza y la miró fijamente.

En su rostro no quedaba el menor rastro de pasión.

—Muy lista, señorita Sutherland. Muy astuta. Harás lo que sea necesario, incluso seducir a su enemigo, para quedarte con la corona de Verdonia, ¿verdad?

Alyssa lo fulminó con la mirada y se incorporó.

—¿Seducirte? ¿Cómo te atreves…?

Ante la atónita mirada de la joven, se quitó la camisa y se la lanzó. Debajo llevaba una camiseta negra ceñida que realzaba su musculatura.

—Ponte esto.

—Fuiste tú quien me besó, y no al revés —dijo ella mientras se ponía la camisa.

—Y tú te resististe con todas tus fuerzas. ¿No?

Alyssa se ruborizó y no se atrevió a decir nada. Mientras abotonaba la camisa, trató de pensar en una respuesta contundente, pero no tuvo mucho éxito.

La joven se abrochó todos los botones hasta cubrirse el cuello y cuando terminó lo vio sacarse un rollo de cinta aislante del bolsillo. Antes de que pudiera decir nada, Merrick le tapó la boca y la ató de pies y manos.

—Para que los sepas —dijo con una mueca irónica—. De ahora en adelante no vale besar a los malos.

Alyssa sacudió la cabeza con fuerza, pero sus protestas fueron ahogadas por la cinta aislante. Entonces, Merrick la cargó sobre los hombros y echó a andar de vuelta al vehículo. Abrió la puerta de atrás y la dejó caer en el suelo del coche.

—Estate quieta y callada —le dijo—. No me hagas tomar medidas drásticas. Asiente con la cabeza si me has escuchado, princesa.

Alyssa no tuvo más remedio que hacer lo que le decía. Entonces él la tapó con una manta y cerró la puerta. Sin perder ni un segundo, se montó por el lado del conductor y salió a toda pastilla.

Viajaron durante un buen rato por caminos sinuosos y llenos de baches. Muchos de ellos debían de ser de tierra o grava.

El sol empezó a descender en su camino hacia el horizonte y Alyssa no pudo evitar preguntarse qué estaría pasando en la capilla. ¿Por cuánto tiempo podría fingir la mujer? ¿Por qué la habían secuestrado y qué planeaban hacer con ella?

Verdonia tenía algunos problemas políticos en los que se había visto involucrada. ¿Qué habría hecho el príncipe Brandt al descubrir que le habían dado el cambiazo? Alyssa temía que la furia del príncipe recayera sobre su madre. Aunque no la había amenazado directamente, la advertencia había sido muy clara. Si no se casaba con él, su madre podría tener un «trágico accidente».

Cerró los ojos, tratando de reprimir las lágrimas. Tenía que hallar la manera de escapar, pero aunque lo consiguiera… ¿Cómo encontraría a su madre? No hacía más que darle vueltas a esa pregunta, y su miedo no dejaba de crecer.

Durante aquel viaje interminable, se fijó una meta y se aferró a ella con determinación. Tenía que huir y volver al palacio del príncipe Brandt al precio que fuera. ¿Pero cómo?

No tardó mucho en idear un plan. Estaba claro que su secuestrador se sentía atraído por ella, aunque tratara de resistirse. Ella había visto deseo en aquellos ojos extraordinarios; un deseo que apenas podía controlar. Ya que no había otra forma de escapar de allí y a pesar de

lo mucho que rechazaba la idea, trataría de seducirlo. Cuando encontrara la ocasión perfecta, escaparía y regresaría al palacio.

Alyssa se acomodó como pudo. El suelo del todo terreno era muy duro, así que trató de subirse al asiento. Cuando lo consiguió, se puso la manta detrás de la cabeza a modo de almohada y retiró con disimulo la cinta aislante que le cubría la boca. Tras recuperar el aliento reunió fuerzas para hablar.

—Tienes que llevarme de vuelta.

Merrick no parecía sorprendido de oírla hablar, pero lo cierto era que si hubiera querido impedírselo de verdad, le habría rodeado la cabeza con cinta aislante y no le habría atado las manos por delante.

—No vas a volver.

Ella se incorporó de golpe.

—¿Por qué no? ¿Por qué me has secuestrado?

—Túmbate —le dijo—. Túmbate de nuevo o te vuelvo a tapar la boca.

Alyssa se acostó en el asiento, temerosa de despertar la ira de Merrick. A esas horas de la tarde nadie la habría visto.

—No lo entiendes. Tengo que regresar. Es una cuestión de vida o muerte.

—Qué melodramático, princesa —cambió de sentido con brusquedad y estuvo a punto de hacerla caer de nuevo—. Pero mis razones son igual de urgentes.

—Por favor —le dijo en tono de súplica—. No quiero hacer un drama.

—Éste no es momento para discutirlo.

Entonces paró en seco y Alyssa se desplomó sobre manos y rodillas.

—Bienvenida a tu nueva casa.

Antes de que pudiera incorporarse, Merrick abrió la puerta y la sacó del coche. Ella se apartó el pelo de la cara y lo miró de frente. Estaba descalza y sólo llevaba la camisa que él le había dado, aparte del cancán. Nunca se había sentido tan vulnerable en toda su vida, pero eso no le impediría llevar a cabo suplan.

—Escúchame. Hay mucho más que un matrimonio en juego.

—Yo sé mucho mejor que tú lo que está en juego —le espetó sin soltarle el brazo—. Éste es mi país, princesa. Y tú no has hecho más que traer problemas. Todo lo que voy a hacer es poner las cosas en su sitio quitándote de en medio.

—Yo no elegí volver aquí. Y no me importan vuestras rencillas políticas. Sólo me importa…

Alyssa se detuvo al ver la expresión de su rostro. Si él no la hubiera agarrado con más fuerza, habría dado un paso atrás. A la luz del crepúsculo, una llamarada de furia encendió su mirada y sus

pupilas tomaron el color del oro. Entonces se inclinó hacia ella con un gesto diseñado para intimidar y le susurró algo al oído.

—Y si los problemas políticos de Verdonia te importan tan poco, ¿cómo es que quieres convertirte en la reina de este país? Bueno, en realidad no me sorprende. Las de tu clase hacéis lo que sea por tener fama y fortuna. Dinero y atenciones. Eso es todo lo que os importa. El trono, la corona, las joyas… —le tiró del pendiente, una joya exquisita con amatistas y diamantes—. No te importa la gente y sus problemas. Sólo te preocupas por ti misma.

Esos comentarios la hicieron montar en cólera. Aquello no tenía el más mínimo sentido, pero el instinto le decía que debía escuchar sin rechistar.

Merrick le soltó el brazo y la condujo hasta una pequeña casa al abrigo de un bosque de pinos. Se trataba de una bonita cabaña. El tejado y las ventanas estaban pintados de blanco brillante. El segundo piso tenía un balcón que sin duda ofrecería vistas espectaculares de los alrededores.

—¿Dónde estamos?

Él se detuvo ante la puerta principal y se sacó un manojo de llaves del bolsillo.

—En Avernos, junto a la frontera de Celestia.

La información no le fue de gran ayuda.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué me secuestraste? ¿Qué tienes pensado hacer conmigo?

Abrió la puerta y la empujó hacia dentro. Entonces encendió la luz y Alyssa miró a su alrededor. Justo delante de la puerta había una escalera de caracol que conducía al segundo piso. A la izquierda había un amplio salón con un hogar de piedra y estanterías repletas de libros. El comedor estaba a la derecha y al fondo se veía una puerta que conducía a la cocina.

Merrick señaló en esa dirección.

—Vamos a comer algo.

—No tengo apetito.

—¿No? —arqueó una ceja—. Podríamos retomar lo que empezamos hace un rato, si quieres.

Alyssa tuvo una visión fugaz de lo sucedido en el bosque; el tacto de sus labios, sus manos sobre ella. Se le secó la garganta y se humedeció los labios al recordar todo aquello. Aún podía sentir su sabor en la boca y lo peor era que estaba deseando volver a probarlo.

—No vale besar a los malos. ¿Recuerdas?

Los labios de Merrick dibujaron una mueca.

—¿Estás segura?

—Desde luego.

Alyssa tiró de la cinta que le ataba las manos. Estaba loca si creía

que podría seducir a un hombre como ése. Durante el viaje, la idea le había parecido buena, pero no se había parado a pensar cómo llevarlo a cabo. ¿Acaso debía tocarlo? ¿Rodearle el cuello con las manos atadas? No sabía si eso bastaría para despertar su pasión, o si por el contrario tendría que insinuarse un poco más.

No había reparado en ninguno de esos detalles al idear aquel estúpido plan. Y aunque lograra hacerle besarla, ¿cuál sería el siguiente paso? ¿Acaso lo dejaría quitarle la camisa que le había dado un rato antes? ¿Y desabrocharle el sujetador?

Alyssa se estremeció al pensar adonde la llevaría eso. ¿Estaba dispuesta a dejar que le hiciera el amor? Y si así fuera, ¿cómo iba a escapar…?

De pie delante de él, Alyssa se dio cuenta de que aquel plan no surtiría efecto. Por una parte, él no tardaría en descubrir lo que ella se traía entre manos. Además, él hubiera tenido más éxito que ella si se hubiera propuesto seducirla.

Alyssa se puso tensa. Aunque su cuerpo respondiera a él de esa manera inesperada, no tenía por qué ceder. Si el plan original no servía, tendría que pensar en otras posibilidades.

—Bueno, princesa, supongo que ese silencio significa que prefieres comer.

—Si la elección está entre la comida y retomar lo que empezamos en el bosque, entonces prefiero comer.

Merrick se rió al oírla hablar con tanta seriedad.

—Por lo menos podrías explicarme por qué haces esto.

El rechazó la pregunta encogiéndose de hombros. Le puso la mano en la espalda y la condujo en dirección a la cocina.

—Sabes por qué. No juegues conmigo, princesa.

—¿Jugar contigo? —Alyssa se dio la vuelta bruscamente—. Esto no es ningún juego para mí.

Ya en la cocina, Merrick señaló una de las sillas junto a la mesa. Alyssa miró por el ventanal que estaba a su derecha. Las sombras del atardecer sólo mostraban un jardín vallado lleno de flores y hierbajos. A un lado había un pequeño huerto de hortalizas.

—Siéntate, princesa. No tiene sentido seguir fingiendo.

—Ojalá estuviera fingiendo. Ojalá todo esto fuera mentira.

Merrick sacó la silla que le había indicado antes. Alyssa se sentó y juntó las rodillas sobre el pecho. Sus dedos magullados y sucios sobresalían por los agujeros de las medias.

Tenía que encontrar la manera de sacarle algo a Merrick. Si no hallaba respuestas, no dispondría de la información necesaria para planear la fuga.

—¿Por qué siguen llamándome princesa Alyssa? —le preguntó—. No soy una princesa.

Merrick se detuvo ante la nevera abierta, y se dio la vuelta.

—Eres la princesa Alyssa, duquesa de Celestia.

—No. Soy Alyssa Sutherland, futura asistente del vicedirector de relaciones públicas en el banco internacional.

Merrick hizo caso omiso de la broma.

—Tenías un año cuando dejaste Verdonia —puso algo de comida sobre la mesa—. Tu madre, una universitaria americana, conoció al príncipe en unas vacaciones. Se casaron y divorciaron en menos de dos años. En su época fue todo un escándalo. Por lo visto la vida de una princesa no era lo que ella esperaba. Después del divorcio, te llevó de vuelta a Estados Unidos, dejando atrás a tu hermano mayor.

Alyssa titubeó.

—Ella me lo contó hace años. Pero mi padre tenía de príncipe lo que yo tengo de princesa.

—Me parece que tu madre omitió algunos detalles importantes sobre tus raíces.

Por primera vez en su vida, la asaltaron las dudas. ¿Qué era lo que le había dicho su madre durante aquellos breves minutos? Sus palabras apenas tenían sentido. Con lágrimas en los ojos, se había disculpado por haberla hecho volver a Verdonia y también por no haberla advertido del lío en que la había metido.

También le había hablado de su huida del país veinte años atrás. Nunca se le había pasado por la cabeza que su hija fuera obligada a asumir las responsabilidades de un hermano que ni siquiera conocía. Lo único que Alyssa había entendido con claridad era que tenía que casarse con el príncipe Brandt para proteger a su madre.

—Todo el mundo piensa que soy una princesa. Yo te aseguro que no lo soy. Todo es un gran error.

Merrick esbozó una irónica sonrisa.

—¿Se supone que tengo que creerte y dejarte ir? Buen intento, pero no funciona.

—No. Pensé que te darías cuenta de que tienes a la persona equivocada, y que me ayudarías a averiguar qué está pasando. Te digo que ha habido algún error. Tengo tanto de princesa como de duquesa de Celdonia.

—Celestia. Verdonia es el país. Celestia es uno de los tres principados. Y no ha habido ningún error. Te lo advierto. Esta estrategia no va a funcionar.

—No es una estrategia. No sé lo que está pasando.

—¡Ya basta!

Alyssa tragó con dificultad.

—Vale… —esperó unos segundos y habló en un susurro—. Tiene a mi madre, Merrick. La tiene como rehén. Por eso accedí a casarme con él.

Él reprimió una exclamación. Más que sus palabras, fue su voz lo que lo hizo pararse en seco. Estaba llena de miedo y angustia. Había mencionado a su madre en el bosque, pero él había creído que se trataba de una treta para escapar. Se sentó a su lado sin perder el gesto inmutable, pero por dentro no hacía más que maldecir a von Folke.

—Qué pena.

—Tengo que saber qué está pasando. Por favor. ¿Por qué no me lo explicas?

—Come. Necesitas recuperar las fuerzas.

Merrick libró una batalla interior mientras trataba de averiguar si ella decía la verdad. También cabía la posibilidad de que estuviera compinchada con von Folke.

Fue al salón en busca de un mapa y lo extendió sobre la mesa. Entonces sacó un cuchillo de un cajón y cortó la cinta aislante que le ataba las muñecas.

—Esto es Verdonia —dijo siguiendo la línea de la frontera con la punta del cuchillo—. Está dividido en tres principados.

Alyssa miró el mapa con interés.

—¿Dónde estamos nosotros? —preguntó mientras se masajeaba las muñecas.

El sacudió la cabeza.

—Ni hablar, princesa.

—Dijiste que estábamos junto a la frontera de Celestia y… y…

Él señaló la parte superior el mapa.

—Estamos en Avernos, al lado de la frontera. Es una zona montañosa y está llena de minas de amatistas. Las piedras preciosas llevan el peso de la economía del país. Este principado está gobernado por von Folke —cortó un trozo de pan y se lo comió.

Entonces bajó el cuchillo hasta la zona inferior del mapa.

—El principado del sur es Verdón, el corazón financiero de Verdonia.

Ella lo miró fijamente.

—¿Y el principado central?

Merrick recorrió la frontera con el cuchillo.

—Celestia. Los joyeros que trabajan la amatista suelen venir de esta región. Tu hermano gobernaba esta zona hasta hace diez días.

Alyssa se inclinó hacia delante y se apartó los rizos de la cara para ver mejor. En unas pocas horas había pasado de princesa a seductora, pero las dos facetas lo atraían mucho más de lo que se atrevía a confesar. Él le ofreció un plato de queso y la dejó servirse en silencio. Ella empezó a comer con lentitud y al cabo de un rato abrió una de las botellas de agua. Entonces inclinó la cabeza hacia atrás para beber, dejando a la vista la blanca piel de su cuello.

Merrick volvió a recordar la escena del bosque.

Tumbada sobre una cama de hierba fresca y hojas secas, parecía una diosa de la antigüedad. El suave aroma de su piel se mezclaba con el olor a tierra fértil, y el misterio de la feminidad brillaba en sus ojos color aguamarina. Y él la había deseado con todas sus fuerzas; la había deseado más de lo que nunca había deseado a una mujer. Si no hubiera sido por las campanas de la iglesia… sus labios se pusieron rígidos. Había estado muy cerca de perder el honor y el sentido del deber en ese momento. Demasiado cerca.

—No me has explicado qué le ocurrió a mi hermano. ¿Cómo es que está implicado en todo esto? —preguntó ella.

—Mis fuentes me informaron de que von Folke le había pagado mucho dinero para que abdicara. Entonces el título recayó en ti. Si antes eras la princesa Alyssa, te convertiste en duquesa de Celestia. O por lo menos lo serás cuando el estado y la iglesia lo hagan oficial.

—Yo no quiero ese título —dijo ella, alarmada.

—¿Ah, no?

—Suponiendo que todo eso es verdad… ¿Por qué iba a pagarle dinero a mi hermano para hacerlo abdicar?

—Hace dos semanas murió el rey de Verdonia.

—Oh, lo siento. No quiero parecer interesada pero ¿qué tiene eso que ver con todo esto?

—Se convocan elecciones y el pueblo escoge al próximo rey entre todos los candidatos de sangre real.

—¿Y hay tres posibles sucesores?

—Había tres. Con la abdicación de tu hermano, sólo quedan dos. Está el príncipe Lander, duque de Verdón…

—Ése es el principado del sur. ¿No? El que controla las finanzas.

—Correcto. Y el otro candidato es von Folke. Si tuvieras veinticinco años el día de las elecciones también podrías aspirar al trono.

—Espera un momento. ¿Estás diciendo que si mi veinticinco cumpleaños hubiera sido unos minutos antes, también sería una candidata al trono? ¿Yo?

Si estaba fingiendo, era una actriz de primera.

—No. No, gracias. No tengo ningún interés en gobernar Verdonia.

Él le clavó la mirada.

—Qué curioso… casándote con von Folke conseguirías precisamente eso.

Ella lo miró fijamente durante un largo minuto.

—¿Cómo?

Merrick clavó el cuchillo en medio de Celestia.

—El voto popular. ¿Recuerdas?

Alyssa frunció el ceño.

—Si soy princesa y duquesa de Celestia, y me caso con el rey von

Folke… —se quedó sin aliento—. Él ganaría los votos de todo el país. ¿No es cierto?

—Sí. A decir verdad, es un plan brillante. El principado de Avernos, la gente de von Folke, votará por él. Si se casa con la princesa de Celestia, y ésa eres tú, consigue el voto de los ciudadanos de ese principado. El honor y la lealtad a su país los haría votar en su favor. Verdón votaría a Lander, pero no importaría porque von Folke se saldría con la suya al tener dos terceras partes de los votos.

—Y tú no quieres que eso ocurra. ¿Por qué? —no era una pregunta, más bien una acusación.

—Haré lo que sea necesario para tener unas elecciones justas. Es mi deber proteger a toda Verdonia, no sólo a los habitantes de un principado.

—Pero eso lo decide el pueblo. ¿Verdad?

El se acercó.

—Von Folke fue quien provocó esto. Él alteró el curso natural de las cosas, con tu ayuda. Yo estoy arreglando las cosas.

Una expresión de pánico cruzó el rostro de Alyssa.

—¿Librándote de mí?

Él sonrió sin ganas.

—Por así decir. Las elecciones son dentro de cuatro meses. Cuando terminen, podrás casarte con quien quieras.

A Alyssa le llevó un momento asimilar aquellas palabras y cuando por fin lo entendió sacudió la cabeza con decisión.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Cuatro meses? ¡No! No me retendrás aquí durante ese tiempo.

—¿Y cómo vas a impedírmelo?

—¡Así!

Tiró del cuchillo con ambas manos, lo sacó de la mesa y puso el filo contra la garganta de Merrick.

—Mi madre no dispone de cuatro meses. Vas a llevarme junto al príncipe Brandt ahora mismo.

Él se inclinó hacia ella, dejando que el cuchillo le cortara la piel.

—Escucha, princesa, nada de lo hagas o digas hará que te lleve de vuelta. Sólo hay un sitio a donde te llevaría.

Ella lo fulminó con la mirada y entonces bajó la vista. La visión de la sangre sobre su cuello la hizo estremecerse.

—¿Adónde?

—A la cama.

Con un movimiento ágil, le apartó la mano y el cuchillo dio contra la pared antes de caer al suelo con un gran estrépito. Entonces la tomó entre sus brazos y la sujetó con fuerza contra su pecho.

—Ésta será tu casa durante los próximos cuatro meses.

Capítulo Tres

Merrick no se sorprendió de verla luchar con tanto ahínco. Esa vez se resistía con todas sus fuerzas.

—Para, Alyssa. Sólo conseguirás hacerte daño. No puedes ganar esta batalla.

—No me importa. Lucharé hasta mi último aliento. No te dejaré hacer esto.

—Me temo que no puedes detenerme.

Merrick la tomó en brazos y subió las escaleras que conducían al dormitorio. La soltó un instante para abrir la puerta que estaba a un lado del rellano, y ella trató de escapar pero él la agarró con fuerza justo a tiempo.

—No quiero hacerte daño, princesa. Pero harás lo que digo, o te pasarás los próximos tres meses atada a la cabecera de la cama.

—No creerás que no voy a luchar, que voy a dejarte… —no terminó la frase. Era incapaz de pronunciar aquellas horribles palabras.

—Dormirás en mi cama durante todo el tiempo que pasemos aquí —le levantó la barbilla con una mano, obligándola a mirarlo a los ojos—. Déjame que haga hincapié en la palabra «dormir».

Ella lo miró sorprendida.

—No… no…

—No —repitió él con calma—. Sólo dormir. Mañana va a ser un día ajetreado. Quiero descansar y tengo que asegurarme de que no harás ninguna estupidez. Como escapar.

—¿Por qué me hiciste pensar que…? —su voz se quebró y agitó la mano en un gesto de impaciencia—. Ya sabes.

—Porque tenías un cuchillo contra mi cuello y estaba cabreado… pero no estaba mintiendo, Alyssa. Compartirás cama conmigo durante los próximos cuatro meses.

Merrick la puso de frente a la puerta y la invitó a entrar con un leve empujón.

Alyssa se encontró delante de un cuarto de baño.

—Lávate. Date una ducha si quieres. Puedes usar todo lo que hay en el baño. Hay una bata detrás de la puerta. Póntela antes de salir.

—¿Y si no lo hago?

Merrick esquivó la indirecta.

—Ven a la cama desnuda. No hay problema.

—Yo quería decir… ¿Qué pasa si no regreso a la cama? —su espíritu de lucha era incansable—. Dormiré en la bañera.

—Puedes intentarlo, pero como la puerta no tiene cerrojo, no te serviría de nada —miró el reloj—. Tienes media hora. Aprovéchala. Cuando se acabe el tiempo, voy a entrar a por ti.

—¡No lo harías! —Alyssa se dio cuenta de que la respuesta había sido instintiva y sacudió la cabeza—. Claro que lo harías. Pero entrar en el baño mientras me estoy dando una ducha no es nada comparado con lo que me has hecho ya. ¿No?

Merrick se limitó a mirarla fijamente. Rara vez le llevaban la contraria, y mucho menos una mujer. El constante desafío de Alyssa le había impresionado mucho.

Permaneció en silencio, y eso disparó la ira de Alyssa.

—¿Sabes una cosa, Merrick? Eres un bastardo.

—Sí. Créeme que lo sé.

Como máximo responsable de las fuerzas de seguridad tenía que tomar decisiones difíciles con repercusiones graves. No le cabía la menor duda de que lo ocurrido ese día le pasaría factura en el futuro.

Alyssa lo miró con desprecio, le dio la espalda y le cerró la puerta en las narices.

Treinta minutos después salió del baño y Merrick la estaba esperando en el pasillo. Llevaba puesto el albornoz y se había lavado el pelo y la cara. Sin el maquillaje hubiera parecido una niña de no haber sido por aquellas curvas, que convertían una simple bata en un instrumento de seducción.

Bajo la atenta mirada de Merrick, Alyssa fue hacia la habitación y se sentó en una esquina, tan lejos de él como fuera posible.

Él entró tras ella y cerró con llave la puerta de la habitación.

—Métete en la cama, Alyssa.

—No, gracias. Estoy bien aquí.

—Eso no puedo permitirlo. Necesito dormir, y no podré hacerlo si tengo que pasarme la noche vigilándote.

Alyssa se acurrucó en la silla.

—Tampoco dormirías mucho. Me muevo mucho cuando duermo.

—Me las arreglaré —señaló la cama—. Métete en la cama.

Ella respiró profundamente antes de obedecer. Entonces se aproximó a la cama con toda cautela y se detuvo un momento antes de acostarse. Merrick estaba a punto de obligarla a meterse en ella cuando Alyssa se decidió por fin. Apartó las mantas y se tumbó, haciéndose un ovillo tan cerca del borde como pudo.

Merrick fue hacia su lado de la cama. Se quitó la camiseta, las botas… y al oírlo bajar la cremallera de los pantalones Alyssa se encogió aún más.

Completamente desnudo excepto por los calzoncillos, Merrick se metió en la cama y la rodeó con el brazo, pegando el pecho a su espalda. Alyssa permaneció rígida.

Merrick cayó en la cuenta de que aquella mujer frágil y delicada se había convertido en un trozo de acero que no hacía más que clavar huesos en su musculatura.

—¿Tienes que tocarme? —susurró, incómoda—. ¿No basta con estar en la misma cama que tú?

—Es necesario —le explicó con paciencia—. De esta forma, si intentas escapar, lo sabré. Y te lo impediré.

—No intentaré escapar.

—Claro que sí. Crees que tu madre te necesita. Así que lo seguirás intentando y yo seguiré impidiéndotelo.

Alyssa se movió un poco y Merrick se llevó un buen golpe.

—No puedo evitarlo —dijo ella—. Te lo advertí. No estoy acostumbrada a dormir así.

—Esta noche habrías tenido que dormir con un hombre. Se trataba de von Folke o de mí. Pero con von Folke hubieras hecho mucho más que dormir y hablar. Él hubiera querido consumar la unión para que el matrimonio fuera legal. ¿O es que se te ha olvidado que ésta iba a ser tu noche de bodas?

—Se me había olvidado —prosiguió con un hilo de voz—. Estar con él… hubiera sido mucho peor.

Merrick no estaba dispuesto a darle un respiro.

—Si eso es lo que sientes, tendrías que haberlo rechazado. No creo que hubiera hecho daño a tu madre.

Alyssa le dio un codazo en el vientre y esa vez él sospechó que era intencionado.

—Tú no viste su cara. Yo sí. El príncipe Brandt hará lo que sea necesario por llevarme al altar.

—Si eso implica conseguir el trono, tienes razón. Dirá lo que haga falta para hacerte entrar en razón. Pero hay líneas que ni siquiera von Folke cruzaría. Creo que el asesinato es una de ellas.

—La gente cruza la línea todo el tiempo cuando está desesperada. Uno de mis padrastros era contable y yo trabajé para él un verano. Así empezaron a interesarme las finanzas. Tengo buen ojo para los fraudes. Casi se puede oler la desesperación de la gente. Si yo fuera el contable del príncipe Brandt, miraría con lupa sus cuentas.

—¿Me estás diciendo que está malversando fondos?

—No. Estoy diciendo que está desesperado. No sé por qué, pero se huele en el ambiente, aunque se esfuerce mucho en disimular. Si tiene algo que ver con el dinero, no lo sé.

Alyssa no dijo nada más y Merrick reflexionó sobre sus comentarios. Sin duda estaba ocurriendo algo que él desconocía.

Von Folke haría lo que fuera para hacerse con la corona. La avaricia, el poder… todos eran motivos más que suficientes. ¿Pero por qué estaría desesperado por ser rey? Quizá era hora de cavar más hondo.

Alyssa terminó quedándose quieta y Merrick respiró aliviado. La luz de la luna se coló por la puerta del balcón y los cubrió con un

manto de plata. La cabeza de ella descansaba justo debajo de su barbilla y podía aspirar el suave aroma de su cabello. Aquella fragancia natural inundó sus sentidos para siempre.

—Esa mujer que estaba contigo —dijo ella, tomándolo por sorpresa—. ¿Qué fue lo que hablasteis en la lengua de Verdonia?

Merrick se apoyó sobre el codo y la hizo girar hacia él para poder mirarla a los ojos. La luz de la luna había apagado el color de su rostro; sus ojos estaban velados. Las facciones de Alyssa habían tomado un tono nacarado que destacaba en la penumbra. Merrick la miró fijamente y masculló algo en la lengua de Verdonia.

Alyssa se sorprendió.

—Tú no hablas la lengua, ¿verdad? —Merrick sacudió la cabeza—. Vienes aquí para ser nuestra reina, ¿y ni siquiera sabes hablar la lengua de tu gente?

—¿Por qué debería? No sabía que era de aquí hasta hace dos semanas.

—Se me ocurrió que si querías gobernar un país, podrías querer comunicarte con tus súbditos. ¿Qué harías si no habláramos inglés?

—Si lo hubiera sabido, hubiera aprendido la lengua del país —le espetó con rabia—. ¿Qué fue lo que me dijiste? ¿Cómo sabes que no lo entendí? ¿Crees que finjo en todo lo demás?

—Porque mi comentario fue del todo grosero —no pudo resistirse más y deslizó un pulgar por su mejilla—. Si lo hubieras entendido, habrías reaccionado al instante.

—Oh —Alyssa se apartó de él—. Aún no has contestado a mi pregunta. ¿Qué te dijo para hacerte reír?

—Me dijo que era como un osezno. Eso también significa «peluche».

—¿Un oso de peluche?

—Sí.

Se hizo el silencio.

—Esa mujer ocupó mi lugar, ¿no?

—Ése era el plan.

—¿Quién es ella?

—Mi hermana, Miri.

Alyssa lo miró confundida.

—¿No te preocupa lo que hará el príncipe Brandt cuando descubra el engaño?

—Sí.

—¿Y entonces por qué le dejaste hacerlo?

Él no quería permitírselo bajo ningún concepto, pero ella había insistido, amenazándolo con destapar el plan si no la dejaba participar.

—Era necesario.

—Ella dijo que tenía sus razones —Alyssa se acostó boca arriba—. ¿Son las mismas razones que las tuyas? ¿Para garantizar unas elecciones limpias?

Merrick titubeó. En su momento había supuesto que así era, pero había algo extraño en la voz de Miri; algo que él desconocía.

—Lo que dijo Miri te preocupa. ¿Por qué?

Alyssa se encogió de hombros y la bata se le abrió un poco, dejando al descubierto la suave piel de sus hombros y cuello.

—Su comentario sonó… personal.

«Personal…». Cuanto más pensaba en ello, más claro quedaba. Alyssa tenía razón. Él había visto la desesperación en los ojos de su hermana al oír mencionar el nombre de von Folke en relación con Alyssa. ¿Cómo es que no lo había visto antes?

—Duérmete —le dijo—. Mañana va a ser un día difícil.

—¿Por qué?

Merrick suspiró.

—Haces muchas preguntas, princesa.

—Sí. Y ahí va otra —se dio la vuelta, poniéndose de frente a él—. ¿Seguro que quieres seguir adelante con esto?

—Está en juego el futuro de Verdonia.

Alyssa se humedeció los labios y eligió las palabras adecuadas.

—Al final te atraparán. Te das cuenta de eso, ¿no? ¿Y qué pasara cuando eso ocurra? ¿Te meterán en la cárcel?

—Quizá. O a lo mejor me destierran. Depende de quién me atrape.

—Pero si me mandas de vuelta…

—Basta, Alyssa. Ya sea la cárcel o el destierro, me ocuparé de ello cuando ocurra.

—¿Y qué pasa con el príncipe Brandt? ¿Qué va a hacerte? Tú dijiste que había líneas que nunca cruzaría. ¿Estás dispuesto a arriesgar tu vida por eso?

—No se alegrará mucho al saber que le he arrebatado su oportunidad para acceder al trono. Pero eso no me importa. Lo que tenga que pasar como consecuencia de mis actos es una sentencia justa.

—No puedes estar hablando en serio.

—Muy en serio —levantó una ceja—. No me digas que estás preocupada por mí.

—Por supuesto que no.

Merrick vio un destello en sus ojos que decía lo contrario. Entonces deslizó una mano por la curva de su mejilla, y siguió bajando por la línea del cuello.

Alyssa se estremeció.

—No —le susurró.

—El honor me obliga a proteger a mi país, de ti.

—¿Es que soy una amenaza?

—Una amenaza para Verdonia —esbozó una leve sonrisa—. Pero eres una amenaza mucho peor para mi honor.

Entonces se inclinó hacia ella y le dio un beso. Sus labios de miel eran tan suaves como recordaba.

Alyssa estuvo a punto de exclamar algo, pero aquel beso sofocó toda objeción.

¿Cómo es que ella había estado a punto de entregarse a von Folke? ¿Acaso no se daba cuenta de que hubiera sido un crimen peor que el secuestro que él mismo había perpetrado?

Merrick trató de decirle todo eso con besos desesperados y la tomó en sus brazos. Su cuerpo aterciopelado y suave no ofreció resistencia alguna. Cuando por fin se apartó de ella, Alyssa susurró su nombre y el eco de su voz desgarró el silencio de la noche.

—Me lo prometiste.

—¿Qué te prometí?

—Que no lo harías.

—Que no haría… ¿qué?

Alyssa agitó la cabeza sobre la almohada.

—No me acuerdo.

—Yo tampoco —dijo Merrick, que tampoco tenía ganas de acordarse.

Volvió a reclamar sus labios y se aferró a ellos hasta quedar sin aliento. El roce de su piel, el baile de manos… la habitación se llenó de dulces murmullos y palabras rotas.

Una llamarada de deseo corrió por las venas de Merrick hasta llegar a su corazón y hacerle perder la razón. Necesitaba mucho más de ella. Lo que más deseaba en el mundo era tenerla en sus brazos.

Encontró el cinturón de la bata que ocultaba su cuerpo de mujer y, tras no pocos esfuerzos, consiguió desatar el resistente nudo. Separó las dos partes de la prenda y descubrió su piel de seda, suave, fresca y ardiente.

—Te prometo que no te arrepentirás —le dijo.

En cuanto dijo esas palabras, supo que la había perdido. El cuerpo de Alyssa se puso tenso y sus ojos en llamas se apagaron. La princesa había despertado de su encantamiento y había descubierto que él no era ningún príncipe azul. Nada más lejos de la realidad…

Su respiración se hizo entrecortada.

—Quiero que pares ahora mismo.

Merrick tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para frenar aquel impulso irracional.

—Tranquila, princesa. Ya he parado.

Pero aquellas palabras no surtieron efecto. El pánico parecía haberse apoderado de ella.

—Dices que el honor te compromete a proteger a Verdonia. Supongo que eso me incluye a mí, ¿no? ¿O es que tu código de honor te permite violar a mujeres indefensas?

No podría haber elegido palabras más ofensivas. Merrick trató de controlar la ira sin mucho éxito.

—No sería una violación, y tú lo sabes muy bien.

—Quizá no, pero tampoco sería honorable. Me tienes prisionera y yo podría haberme rendido por miedo a las consecuencias. No puedes estar seguro de lo contrario.

Merrick masculló un juramento. Nadie había puesto nunca en duda su honor, pero él sabía que ella tenía razón y sus actos eran imperdonables. Si la situación no hubiera sido crítica, nunca se habría decidido a secuestrarla. Le había dicho que había líneas que un hombre no cruzaría, pero él acababa de pasar una de ellas.

El honor lo era todo para él; era su deber… acababa de echar por la borda toda una vida de entrenamiento y principios. No obstante, por muy bajo que cayera, nunca se le ocurriría forzar a una mujer.

Merrick le cerró la bata y anudó el cinturón.

—Date la vuelta —le ordenó—. Basta de charla.

Tenía que descansar un poco ya que la mañana podría traer toda clase de problemas.

Finalmente, sus predicciones resultaron ser correctas. Merrick se despertó al despuntar el alba… con una pistola apuntándole a la cabeza.

Capítulo Cuatro

Al despertarse, Alyssa cambió los sueños más dulces por la realidad. Abrió la boca para hablar, pero Merrick se lo impidió.

—No te muevas —le susurró al oído—. Yo te protegeré. Sólo tienes que hacer lo que te digo y… confiar en mí.

¿Confiar? Por supuesto que confiaba en él, pero no por ello dejaba de ser absurdo. Un segundo después Alyssa recordó quién era él y lo que le había hecho. Sus acciones habían puesto en peligro a su madre, que siempre le había dicho que no confiara en los hombres.

—Apriétame la mano si estás lista.

Sin otra elección, Alyssa obedeció y él la levantó en brazos, como si se tratara de dos amantes. Un minuto más tarde, Alyssa se encontró rodeada de almohadas, con la cara pegada a la espalda de Merrick.

Parecía que había crecido durante la noche, volviéndose una pared humana. Aquélla era la única explicación para el aumento inesperado de su altura y volumen. Los músculos de su espalda se habían vuelto cables de acero que se contraían para prepararse para… Alyssa no estaba segura, pero no cabía duda de que sería algo violento. Asomó la cabeza por detrás de su protector y contuvo la respiración.

Había seis hombres. Todos iban vestidos de negro y apuntaban a la cabeza de Merrick con rifles de asalto.

Alyssa se estremeció al darse cuenta de que estaban en problemas. Merrick estaba impaciente por actuar, pero eso sólo traería consecuencias fatídicas. Ella tenía que terminar con aquello antes de que las cosas fueran a más. Sin pensárselo dos veces, se apartó de su escudo humano y fue hacia el otro lado del colchón.

Uno de los pistoleros la agarró de los hombros y la sacó de la cama a rastras.

—¡Ah! Déjame. Me estoy rindiendo, idiota. ¿Lo ves?

Extendió las palmas de las manos.

—Esto significa que me rindo.

Merrick no se movió de la cama, pero siguió a aquel hombre con la vista.

—Quítale las manos de encima —dijo.

Aquella orden no fue más que un susurro, pero había algo aterrador en su tono de voz. Todos se quedaron de piedra y el hombre que la tenía sujeta la soltó enseguida. Entonces el líder del grupo gritó algo y volvieron a agarrarla con manos de hierro.

Mientras tanto, el jefe le dio un puñetazo a Merrick. Alyssa gritó con todas sus fuerzas, pero ninguno le hizo caso. Hicieron falta cuatro para reducirlo, pero finalmente consiguieron sacarlo de la cama. Si no hubieran tenido armas, Merrick hubiera podido con ellos.

Él se quedó inmóvil a unos metros de ella. Les sacaba unos cuantos centímetros de altura a sus captores y parecía todo un «salvaje noble» semidesnudo. Entonces se dirigió al líder de la banda en la lengua local y Alyssa no tardó en reconocer a este último. Se trataba de Tolken, la mano derecha de von Folke.

La joven tembló al darse cuenta de que aquellos hombres venían a rescatarla.

—Sí, amigo mío. Sé lo que está en juego —respondió Tolken en inglés—. Y ésa es la única razón por la que continúas con vida.

Los ojos de Merrick se llenaron de furia y decisión.

—Esto está mal, Tolk. Tú lo sabes. Nuestra gente debería elegir a su rey libremente. ¿Cuántas veces hemos hablado de esto cuando íbamos a la universidad?

—¡Silencio! —ordenó uno de los hombres que sujetaban a Merrick antes de asestarle un puñetazo en el estómago.

Alyssa reprimió un grito al ver que el golpe no le había hecho gran cosa. Tolken masculló una reprimenda y el hombre que había golpeado a Merrick retrocedió con gesto malhumorado.

—Tendrás que disculparlo —dijo Tolken—. Está muy enfadado. Te llevaste algo que no era tuyo y tienes que pagar un precio por ello. Esos golpes son un adelanto.

Alyssa no pudo contenerse más y empezó a forcejear con el hombre que la sujetaba.

—No está armado. No tenéis derecho a golpearlo —dijo ella.

Era inútil resistirse, pero a Alyssa no le importaba. Ni siquiera se le pasó por la cabeza preguntarse por qué trataba de proteger a su secuestrador. Lo único que sabía era que no quería que le hicieran daño, así que empezó a dar patadas a su captor y le clavó las uñas en la piel. El hombre la agarró de las muñecas con una mano y levantó la otra con intención de abofetearla.

—¡Detente, imbécil! —exclamó Tolken, furioso—. ¿Es que has perdido el juicio? Es la princesa Alyssa, duquesa de Celestia.

Merrick no esperó a ver si cumplían la orden, y aunque estaba maniatado, logró asestar una patada al hombre que lo sujetaba y lo hizo caer. Su rebeldía le hizo ganarse otro puñetazo. Cayó de rodillas y clavó los ojos en Tolken.

—Si tu hombre vuelve a tocarla, o si intenta volver a hacerlo, es hombre muerto —dijo en un susurro que ponía los pelos de punta.

Aquellas palabras tuvieron un efecto inmediato en el equipo de rescate. Todos se pusieron tensos, incluyendo a Tolken.

—Y si no consigo matarlo, lo hará von Folke —añadió tan pronto como tuvo su atención.

Tolken vaciló un instante. Por la expresión de su rostro, era evidente que estaba librando una batalla interior. Un parte de él

quería desafiar a Merrick y enseñarle quién estaba al mando, pero por otro lado sabía que aquellas amenazas iban en serio. Entonces masculló un juramento y dio otra orden en su idioma natal.

Entonces el hombre que sujetaba a Alyssa abandonó la habitación. No debían de considerarla una amenaza porque nadie más intentó agarrarla.

Merrick no le quitaba ojo de encima a Tolken.

—No se irá contigo a menos que sepa que su madre se encuentra bien.

—El tiene razón. No me iré hasta hablar con ella.

Tolken le contestó sin siquiera mirarla de frente.

—Se irá cuando se lo digamos. En cuanto a su madre, el príncipe Brandt le permitirá hablar con ella cuando lo estime conveniente.

—Su Alteza —respondió Alyssa con frialdad.

Tolken frunció el ceño.

—Se dirigirá a mí como «Su Alteza», o «señorita». Pero nunca vuelva a hablarme en ese tono. No si le tiene aprecio a su puesto.

Tolken recibió el impacto de aquellas palabras y se puso rojo. Entonces cerró los puños.

Alyssa miró a Merrick de reojo y éste asintió con disimulo.

—Comunícame con mi madre. Ahora.

—No puedo hacerlo, Su Alteza —dijo Tolken entre dientes.

Alyssa se cruzó de brazos y se sentó en la cama.

—Entonces no voy a ninguna parte.

Uno de los hombres dio un paso en su dirección y ella lo frenó con la mirada.

—Ni se te ocurra. Puede que ahora no pueda detenerte, pero cuando sea la esposa del príncipe Brandt, voy a tener muy buena memoria. Si vuelves a ponerme las manos encima, te haré pagar por ello. Y me aseguraré de que sea algo creativo y doloroso.

Sorprendentemente, el hombre la creyó. Se detuvo en seco y miró a Tolken.

Hubo un momento de incertidumbre y Tolken terminó cediendo. Se sacó un teléfono móvil del bolsillo y marcó el número. Alyssa estaba segura de que hablaba directamente con el príncipe Brandt. Conversaron durante unos minutos en verdonio y entonces le entregó el teléfono.

—¿Ally? Cariño, ¿eres tú?

Alyssa reconoció la voz de su madre y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Hola, mamá. ¿Estás bien?

—¿Qué está pasando? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué está todo el mundo tan enfadado? ¿Dónde estás?

—Todo está bien, mamá —trató de tranquilizarla—. Pronto estaré

ahí. Te lo prometo.

Antes de que pudiera decir más, Tolken le arrebató el móvil.

—¡No había terminado!

—No tiente a la suerte, Su Alteza. Hemos hecho lo que nos había pedido. Ahora vendrá con nosotros sin más discusión.

Se puso el teléfono al oído y habló un poco más antes de colgar. Después se dirigió a sus hombres.

—Nuestra máxima prioridad es custodiar a la princesa y llevarla de vuelta sana y salva.

Alyssa trató de mantener la compostura mientras los oía hablar. Se referían a ella como si fuera un paquete, una propiedad. En eso se había convertido al pisar ese país por primera vez, y ya estaba cansada de ello.

—¿Y qué pasa con el comandante? —preguntó uno de los hombres, mirando a Merrick.

Alyssa se incorporo de golpe. ¿Comandante?

Por desgracia no tuvo oportunidad de preguntar y en cambio miró a Merrick con ojos temerosos. Él no parecía muy preocupado. Había algo implacable en su manera de ser; acechaba atentamente antes de emprender el ataque más mortífero. Sus ojos relampaguearon con determinación. Lo supieran o no, esos hombres tenían la batalla perdida. A pesar del peligro y los obstáculos, un hombre como él nunca fallaba.

Alyssa se llenó de orgullo con esos pensamientos, pero no tardó ni un segundo en darse cuenta de que la victoria de Merrick sería su perdición. Él le impediría regresar junto a su madre de todas las maneras posibles. ¿Pero por qué su intuición la hacía confiar en él pese a poner a su madre en peligro? Por muchos esfuerzos que hiciera para verlo como a un enemigo, lo único que le venía a la mente era su abrazo fuerte, y el tacto de sus manos y labios por todo el cuerpo.

«Confía en mí», le había dicho. Y ella quería hacerlo. De hecho, lo haría de no ser por su madre.

Tolken había tomado una decisión y se enfrentó a Merrick.

—Te conozco, amigo mío. Es muy arriesgado llevarte con nosotros en el helicóptero. Te dejaremos aquí —señaló a tres de los guardias—. Os quedaréis aquí para vigilarlo. Podemos llevarlo más tarde. No lo dejéis escapar. Su Alteza se sentirá defraudada si falláis.

—Te vas a llevar una decepción —dijo Merrick—. No estaré aquí cuando regreses.

Uno de los hombres que sujetaba a Merrick alzó la mano, pero una simple mirada en dirección a la princesa lo hizo detenerse. No obstante, ella se puso en pie de un salto.

—¡Basta! No dejaré que peguen a un hombre en mi presencia. Es más, no le pondréis una mano encima hasta que sea llevado ante el

príncipe Brandt. ¿Está claro? —no esperó a obtener respuesta pues no sabía cuánto tiempo duraría aquel farol. Se volvió hacia Tolken—. Necesito ropa, y zapatos.

—Por supuesto, Su Alteza —parecía avergonzado.

—En el armario y en la cómoda —dijo Merrick—. Ahí encontraréis todo lo que necesitáis.

Tolken hizo señas a sus hombres para que ataran a Merrick antes de marcharse. Alyssa se impacientó y avanzó hacia Tolken, pero no tardó en darse cuenta de lo inapropiado que era su comportamiento. Entonces miró a Merrick con ojos aturdidos e impotentes, pero él le transmitió confianza y tranquilidad. Un pequeño amago de sonrisa curvaba la comisura de sus labios. Aquella cicatriz le daba un aspecto malvado que nada tenía que ver con su naturaleza guerrera.

Alyssa no lo entendía. Iban a llevárselo en ese momento. Cuando ella estuviera de camino al palacio, lo atarían de pies a cabeza para poder sacarlo de allí. Alyssa se dio cuenta que lo esperaba un castigo severo… pero no podía hacer nada. Tenía que proteger a su madre.

Debería haberlo odiado por lo que le había hecho, pero no podía. Por alguna extraña razón, quería protegerlo tanto como a su madre. ¿Cómo era eso posible? Él la había secuestrado, desnudado y maniatado. Y por si fuera poco, pensaba que era una aprovechada ambiciosa. La había tomado de rehén y obligado a dormir en su cama…

Pero también la había tomado en sus brazos, y la había besado hasta hacerle perder la razón. Sus manos la habían tocado como nadie lo había hecho antes…

Tendría que haber estado agradecida a Tolken y su equipo, pero en cambio deseaba perderlos de vista.

El hombre que había salido un rato antes regresó.

—Señor, el helicóptero ha llegado. Podemos salir cuando quiera.

Tolken se volvió hacia Merrick.

—Lleváoslo. Id a ver si hay sótano y encerradlo ahí. Los demás, esperadme en el coche.

Sin más, los hombres lo sacaron de la habitación, y Tolken se quedó a solas con Alyssa. Entonces él abrió la puerta del armario y sacó unos pantalones y una blusa.

—Esperaré fuera mientras se viste —dijo y le lanzó la ropa a la joven—. Y creo que esto es suyo. Fue un regalo de bodas de Su Alteza, ¿no?

Abrió la mano y le enseñó unos pendientes de amatistas y diamantes que el príncipe Brandt le había dado un día antes. ¿Sólo había pasado un día? Apenas recordaba el momento en que los había dejado en el baño después de ducharse.

Alyssa se sonrojó al oír el tono de Tolken, pero ¿qué esperaba?

¿Quería que los llevara en la cama… con Merrick? La situación le pareció graciosa y estuvo a punto de echarse a reír.

Pero finalmente levantó la barbilla y lo miró con tanta dignidad como pudo.

—Gracias —tomó los pendientes y se los puso ante la atenta mirada de Tolken.

Entonces él asintió con la cabeza y salió al pasillo. En cuanto la puerta se cerró, Alyssa fue hacia la cómoda y miró en todos los cajones.

Allí encontró ropa interior con la etiqueta puesta. La blusa le quedaba bien y el color era su preferido, pero los pantalones le quedaban un poco sueltos en la cintura. Alyssa se imaginó que habían elegido prendas corrientes y sencillas para hacerla pasar desapercibida. Finalmente encontró un par de sandalias en el armario.

Alyssa se miró en el espejo y reprimió una exclamación. No era de extrañar que Tolken la hubiera tratado con tan poco respeto. Parecía que acababa de acostarse tras una noche de fiesta. En un cajón encontró un peine y pasó el tiempo que quedaba domesticando sus rizos rebeldes. Eso era lo que pasaba al acostarse con el pelo mojado.

Cuanto terminó abrió la puerta. Tolken había sido relevado por uno de los hombres.

—¿Dónde está tu jefe?

—Yo voy a acompañarla hasta el helicóptero.

—¿Y qué pasa con Merrick?

No lo contestó y miró hacia la escalera. Alyssa bajó por delante y se detuvo junto a la puerta principal. Antes de salir, echó un vistazo a la cocina y el salón, pero no había nadie. Quizá habían encontrado el sótano del que había hablado Tolken y estaban atando a Merrick.

Fuera los esperaban más hombres. Tan pronto como entró en el coche, partieron hacia un estrecho valle entre las montañas. En medio de la hondonada había un enorme helicóptero negro. A un lado esperaba un grupo de hombres, mientras que otros seis montaban guardia con las armas listas.

Alyssa no tuvo tiempo que examinar el contingente ya que la hicieron entrar en el helicóptero inmediatamente. No obstante, se dio cuenta de que Tolken había traído una buena cantidad de hombres. Estaba claro que el príncipe Brandt no quería correr ningún riesgo. Quería llevarla de vuelta y estaba dispuesto a poner todos los medios a su alcance para lograrlo.

Alyssa miró al hombre que la había ayudado a entrar en el helicóptero para darle las gracias.

Merrick…

—¿Qué?… ¿Cómo…?

Él sonrió, disfrutando de la sorpresa.

—Tenía gente alrededor de la casa. Ellos me soltaron.

—Pero eso significa que… ¿Sabías que Tolken me encontraría?

—Se me pasó por la cabeza, así que coloqué a mis hombres por todo el perímetro de la casa.

—¿Todo fue una trampa? ¿Sabías de antemano que Tolken y sus hombres atacarían la casa?

Merrick asintió con la cabeza y Alyssa sintió una embestida de rabia.

—¿Cómo te arriesgas así? ¡Sí uno de esos tíos hubiera apretado el gatillo, podrías haber muerto! ¿Cómo puedes ser tan idiota?

Él la miró extrañado.

—Y tú también. También te puse en peligro.

—Ellos no me hubieran hecho daño. El príncipe Brandt habría pedido sus cabezas si hubieran atentado contra mí. Pero tú… Maldita sea, Merrick. Estoy segura de que no te consideraban indispensable. Esos hombres no se andan con chiquitas, e iban a por ti. Ellos… —se le quebró la voz—. Te golpearon.

Merrick se encogió de hombros, restándole importancia.

—Por suerte para nosotros, Tolken los tenía bajo control. Y yo contaba con eso porque nos ha entrenado el mismo hombre… un hombre que odiaba el derramamiento de sangre innecesario —extendió una mano—. Ahora, si no te importa, dame los pendientes.

—¿Por qué?

—Tolken te encontró gracias a ellos —Merrick titubeó—. Te gustará saber que también han servido para probar tu inocencia.

Habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo. Alyssa ya no entendía nada.

Cuando Merrick se le acercó, ella levantó las manos.

—Para. Para un momento y explícamelo con monosílabos cortos y fáciles de entender.

Él la hizo tomar asiento. Le apartó el pelo de la cara y empezó a quitarle los pendientes.

—¿Te los dio von Folke? —le preguntó.

Ella asintió.

—Como regalo de boda.

—Tienen un dispositivo de rastreo… eso confirma la historia que me has contado. No te hubiera puesto este chisme si tú hubieras elegido casarte con él por voluntad propia. Sólo hubiera sido necesario si hubiera creído que podías escapar.

Alyssa montó en cólera.

—¿Es así como nos encontró? ¿Me… estaba siguiendo el rastro?

—Sí.

—¿Y tú sabías que vendrían a por mí?

Él se encogió de hombros.

—Lo sospechaba, lo esperaba —fue hacia la puerta abierta del helicóptero y le dio los pendientes a uno de sus hombres—. Si Tolk venía a por ti, yo podía retenerlo el tiempo suficiente para poder escapar. Y funcionó. Ahora tú y yo nos iremos de aquí y Tolken volverá al palacio con las manos vacías.

—¿Pero no es éste su helicóptero?

Merrick esbozó una sonrisa picara.

—Es muy amable de su parte prestárnoslo. ¿No crees?

—Pero… ¿No podrán rastrearlo? Quizá tenga otro dispositivo de rastreo.

—Por supuesto. Es una pena que esté averiado —se volvió e hizo señas al piloto—. Ahora, abróchese el cinturón, princesa. Vamos a despegar.

Las aspas comenzaron a girar.

—Por favor, no lo hagas —gritó Alyssa en medio de aquel estruendo —. Por favor, déjame ir con Tolken.

—Lo siento, princesa. No puedo. Me temo que tendrás que quedarte conmigo por el momento.

El ruido se hizo ensordecedor y el helicóptero se elevó en cuestión de minutos. Sobrevolaron la cordillera que separaba Avernos de Celestia y no les llevó mucho tiempo cruzar la frontera. Extasiada ante la belleza del paisaje, Alyssa contempló las verdes llanuras que se extendían a sus pies. Los nubarrones se disiparon y los rayos del sol dibujaron un arco iris en el horizonte.

Ella había nacido en ese lugar…

Aterrizaron sobre una planicie rodeada de un camino rural. En tierra los esperaba un coche. En cuanto Merrick y ella bajaron, el helicóptero emprendió el camino de vuelta.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

—Mi trabajo consiste en planear las cosas hasta el último detalle.

Alyssa le cerró el paso al hombre que la había secuestrado dos veces en dos días y le plantó cara.

—¿Quién eres, en realidad?

—Nunca nos han presentado formalmente, ¿no?

Alyssa se cruzó de brazos.

—No. Éste es un buen momento.

Él le hizo una elegante reverencia.

—Merrick Montgomery. A su servicio, princesa.

—Esto es ridículo —murmuró Alyssa.

Merrick asintió con la cabeza.

—De lo más absurdo.

—Aún no me has dicho a qué te dedicas. ¿Cómo terminaste en este lío?

—Soy el comandante en jefe de las fuerzas de seguridad de la Casa Real de Verdonia.

Alyssa lo miró estupefacta y Merrick especificó un poco más.

—Es un cuerpo de seguridad para todo el país, no sólo para un principado.

—¿Como el ejército, o algo así?

—O algo así. Son fuerzas armadas especializadas.

Aquello explicaba la condescendencia de Tolken y sus hombres hacia Merrick, y también el temor que habían demostrado en su presencia.

Alyssa se dio cuenta del lío en que estaba metida.

—Bueno, comandante, ¿te importaría explicarme cómo es que secuestrar a una mujer inocente es parte de tu trabajo?

—Es parte de mi trabajo velar por mi país y sus ciudadanos. Eso te incluye a ti y a tu madre. Y me voy a ocupar de eso muy pronto.

Se dirigió hacia el coche. Ni siquiera se molestó en mirar atrás, sabiendo que Alyssa no podía ir a ninguna parte.

—Ahora, empecemos por el principio, Alyssa. ¿Cómo y por qué viniste a Verdonia?

Su inglés era casi perfecto, a no ser por un ligero deje que se hacía evidente cuando pronunciaba su nombre.

—Acababa de conseguir otro trabajo.

Él asintió.

—Asistente del vicedirector de relaciones públicas en el banco internacional.

—¿Es que te lo dije o me investigaste?

—Ambas cosas.

¿Acaso tenían un dossier sobre ella? La idea era inquietante. ¿Conocía todos los trabajos que había hecho? En ese caso, sabría que se había pasado los últimos años dando tumbos de un sitio a otro, en busca del trabajo perfecto.

—Mi madre, Ángela Barstow, me mandó una carta urgente. Se trataba de una nota en la que me pedía ayuda para salir de un problema. También había un billete de avión —Alyssa se encogió de hombros—. ¿Qué podía hacer? Subí a ese avión y fui en su ayuda.

—Ese problema, como tú lo llamas… ¿Qué era?

Alyssa frunció el ceño.

—No me lo dijo. Ella acababa de romper con mi padrastro y suele largarse después de… —se detuvo, consciente de haber hablado más de la cuenta—. Pensó que un viaje por Europa la ayudaría a superarlo. No sé por qué regresó a Verdonia. A lo mejor le dio por visitar a mi hermano por algún motivo. O quizá quería visitar la tumba de mi padre.

Merrick se volvió hacia ella.

—¿Sería posible que te hubiera tendido una trampa? ¿Podría estar confabulada con von Folke?

Capítulo Cinco

Alyssa lo miró con chispas en los ojos.

—¿Mi madre, cómplice de von Folke? Imposible —dijo sin vacilar—. Ella es la persona con menos malicia que conozco. Y… está indefensa. Por eso tengo que volver con ella lo más pronto posible.

Merrick asintió sin darle garantías de nada. Se acercó al sedán blanco aparcado junto al camino y le abrió la puerta del pasajero.

—Eso no va a ocurrir, princesa. Tendrás que creerme cuando digo que von Folke no le hará daño.

En lugar en subir al coche, Alyssa dio un portazo.

—¿Y se supone que tengo que confiar en ti? ¿Cómo te atreves siquiera a pedírmelo? ¿Qué has hecho tú para ganarte mi confianza?

—Nada de nada —Merrick le puso las manos sobre los hombros—. Como no me conoces desde hace mucho, piensa en esto… Tolken y sus hombres saben que te he llevado contra tu voluntad. Se lo dejé bien claro. También saben que estás dispuesta a volver con von Folke. Bueno, lo estás deseando. Que no hayas podido no es tu culpa y todo el mundo lo entenderá. No ganan nada haciendo daño a tu madre. No les serviría de nada.

—No puedes estar seguro. No del todo.

—Sí que puedo, y sí lo estoy. Ahora mismo von Folke cuenta con la solidaridad de todos. Alguien ha raptado a su futura esposa, y eso le hará ganar votos, suponiendo que lo haga público. Seguro que lo mantiene en secreto de momento. Hay muchas variables que escapan a su control y no querrá arriesgarse a anunciarlo públicamente.

—¿Qué variables?

—Si sale a la luz que te obligó a casarte, su credibilidad sufrirá un duro golpe… o si hacemos público que von Folke retiene a tu madre para que no te eches atrás… o si hacemos hincapié en que quería ganar el trono obligándote a casarse con él. No puede controlar todas estas variables y le suponen un riesgo importante. No… seguro que mantendrá silencio, y mandará a sus hombres a buscarte sin provocar un escándalo.

—¿Y eso no te preocupa?

—Tenemos algunas cosas a nuestro favor. Tolken es… —frunció el ceño, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Tenéis fuerzas de seguridad en vuestro país, ¿verdad?

—Sí. La policía local, la nacional.

—Tolken es así. Como mano derecha de von Folke, mantiene la paz dentro del principado de Avernos. ¿También tenéis fuerzas de seguridad por encima del estado?

—Claro. El FBI.

—Yo soy el equivalente aquí. Todo el mundo desaprobaría que Tolken entrara en Celestia y tratara de hacer cumplir la ley. Cuando llegue, y sin duda llegará, será por la puerta de atrás, mientras que yo sólo entro por la puerta de atrás si me conviene.

—Vale. Lo entiendo. El comandante en jefe está por encima de la policía del principado —Alyssa volvió al tema que más le preocupaba —. Pero ¿cómo garantiza eso la seguridad de mi madre?

—Von Folke sólo gana si estás dispuesta a casarte con él. Si vuelves y descubres que le han hecho daño a tu madre, no creo que quieras cooperar. Le conviene proteger a tu madre.

—¿Y qué pasa si decide que el plan no sirve? —dijo Alyssa—. ¿No crees que querrá deshacerse de todos lo que sepan lo que hizo?

—¿Incluyéndome a ti y a mí? —Merrick se lo pensó bien—. Más razones para mantenerte alejada de él hasta después de las elecciones.

—Y así puede volcar toda su furia sobre mi madre.

Merrick trató de mantener la calma.

—Encontraré una manera para liberar a tu madre.

—¿Cómo?

—De nuevo, tendrás que confiar en mí.

Alyssa quería hacerlo. Toda su intuición le decía que debía dejarle hacerse cargo de la situación, pero no se atrevía.

—No puedo —dijo finalmente.

—¿Por qué?

—Me he pasado la vida viendo huir a mí madre. Cada vez que confiaba en un hombre, se rendía a sus pies y dejaba que controlara su vida. Todos la traicionaron y la dejaron peor de lo que estaba.

—Vaya, princesa —Merrick se quedó impactado—. ¿Cuántos padrastros has tenido?

Alyssa sacudió la cabeza, negándose a revelar cosas de su madre.

—Lo que importa es que hace tiempo juré que no cometería los mismos errores que ella. Yo tengo los pies en la tierra y controlo mi propia vida, tomo mis propias decisiones. Y la decisión más importante es que nunca permitiré que un hombre me diga lo que tengo que hacer o cómo vivir mi vida.

—Y ahora estás con un hombre que está haciendo justo eso —soltó el aliento—. Qué faena.

—Sí. Hasta ahora —se alejó del coche y miró hacia las montañas que bordeaban el principado de Brandt von Folke—. Hasta ahora he vivido la vida a mi manera. No he dejado que ningún hombre me controlara. De un modo u otro, voy a volver a tomar el control, para decidir mi propio destino.

—Bien por ti. Dentro de cuatro meses podrás volver a hacerlo.

Alyssa se volvió hacia Merrick.

—No dentro de cuatro meses. Voy a encontrar la manera de rescatar a mi madre. Puedes ayudarme, o apartarte de mi camino, pero no voy a pasar todo ese tiempo escondida, dejando a mi madre a merced del príncipe Brandt. No puedes vigilarme todo el tiempo. Tarde o temprano, hallaré una oportunidad para escapar y voy a aprovecharla al máximo.

—Gracias por la advertencia. Voy a asegurarme de no darte esa oportunidad —abrió la puerta del coche—. Por favor, entra en el coche —esperó a que ella subiera al vehículo y entonces le abrochó el cinturón—. Por si no se te ha ocurrido, si te hubieras casado con von Folke, podrías controlar mucho menos de lo que controlas conmigo. Él se habría asegurado de eso. Puede que esta opción no sea mucho mejor, pero sí es algo mejor.

Alyssa lo miró un instante y apartó la vista.

—¿Adónde vamos?

—Pasaremos la noche en un sitio cerca de aquí. Podemos quedarnos más de un día. Tolken podría averiguar nuestro paradero —hizo una mueca—. No sé si tendrá buena memoria.

—¿Qué sitio es?

—Es una granja que pertenece a mis abuelos. La casa está vacía porque han ido a ver a mi hermano a Mount Roche. Es la capital de Verdonia.

—Entonces tienes un hermano y una hermana, Miri. ¿Cómo se llama tu hermano?

Merrick titubeó. ¿Acaso podría reconocerlo? No podía correr ese riesgo.

—No importa —sin darle tiempo a contestar, cambió de tema—. Esto no te va a gustar.

—¿En serio? —arqueó una ceja—. ¿Y qué me ha gustado hasta ahora?

—Durante el tiempo que permanezcamos juntos, compartiremos cama, como anoche.

—No. No puedo hacerlo. De nuevo no.

—¿Por qué?

Merrick no tendría que haber hecho esa pregunta pues la respuesta era obvia. No había logrado mantener las manos quietas ni un segundo durante la noche.

—¿Es por lo del beso?

Ella entreabrió la boca y Merrick pudo oír los acelerados latidos de su corazón. Entonces él se inclinó, atraído por esos labios carnosos y frescos. Nunca había probado nada tan adictivo y embriagador. Quería más. Quería llenarse de ella hasta sentir su sabor por todas partes.

Quería recorrer su cuerpo con las manos hasta conocerlo mejor

que el suyo propio, hasta llenarse los pulmones con su fragancia y oír sólo el sonido de su voz.

El interior del coche pareció encoger alrededor de ellos y Merrick puso las manos sobre sus mejillas. Entonces la besó por fin con pasión y delirio. Sus labios chocaron y se separaron un instante antes de volver a fundirse en otro beso. Alyssa gimió de placer, incapaz de contener la emoción. Ella ni siquiera se había dado cuenta, y Merrick perdió el control.

Alyssa le puso las manos en el pecho y le agarró la camisa. Entonces se relajó en sus brazos y apoyó la cabeza sobre su hombro. De pronto le soltó la camisa y lo abrazó con fervor. Merrick podía sentir el deseo de ella, que alimentaba al suyo propio.

Sus besos estaban llenos de pasión desesperada, como si estuviera sedienta antes de una sequía. Alyssa se dejó llevar, bebiendo todo lo que él le daba, y eso disparó la pasión de Merrick. La explosión fue tan violenta como repentina. Una llamarada de fuego lo recorrió por dentro y encendió la chispa del desenfreno. Tenía que hacerla suya de todas las maneras posibles.

La empujó contra la portezuela del coche y le dio un beso hambriento.

Aquello estaba mal, pero no le importaba. De no haber sido por la incomodidad del vehículo, le habría hecho el amor allí mismo sin tener en cuenta las consecuencias.

La única cosa que lo detuvo fue la expresión de los ojos de Alyssa. A través de su mirada pudo ver la dura batalla que estaba librando en su interior. Allí luchaba el deseo contra la razón…

Merrick no supo cuánto tiempo permanecieron al filo de la navaja, atrapados al borde de un precipicio de locura. Él podría haberla hecho suya. Podría haber tomado su cuerpo hasta saciar su sed de ella, pero sabía que eso no sería suficiente. No sólo deseaba su cuerpo, sino mucho más, y no se daifa por satisfecho hasta conseguirlo todo de ella. Aquel secuestro se había convertido en algo distinto y tenía que convencerla de ello.

Merrick frenó sus impulsos y se echó hacia atrás.

Ella aprovechó la oportunidad y luchó por recobrar el aliento.

—¿Por qué sigue pasando esto?

—¿Porque soy irresistible? —bromeó Merrick.

Ella trató de zafarse de él.

—Tienes que dejar de tratar de seducirme. No es justo. Se supone que tiene que ser al revés. No de esta…. No así.

El comentario lo dejó intrigado.

—¿Quieres decir que está bien si eres tú la que trata de seducirme? —sólo había una razón por la que ella quisiera hacer eso.

Las comisuras de los labios de Merrick dibujaron una mueca

irónica.

—¿Crees que seducirme te dará una oportunidad para escapar?

—Si es necesario, sí —le espetó ella—. Pero parece que no habría tenido éxito.

—Puede que sí —abrió los brazos—. Estoy dispuesto a dejarte intentarlo si quieres.

—Oh, ja ja. Muy gracioso. Pero ya lo he pensado muy bien. No funcionaría.

—¿Por qué no? —preguntó él por pura curiosidad.

—Muy sencillo. ¿Qué pasa si lo consigo?

—¿Me quedo tonto perdido?

Alyssa no pudo contener la sonrisa.

—Si creyera eso, estaría dispuesta a intentarlo. La única forma en que podría darte esquinazo es dejarte tonto perdido. E incluso así, tendría que llevarte una ventaja de tres días.

Merrick enredó un dedo en los rizos de Alyssa y la hizo mirarlo a los ojos.

—Si alguna vez nos acostamos en serio, si alguna vez hacemos el amor, de verdad, nunca te dejaré marchar, princesa. Te tendría tan cerca que no sabrías dónde terminas tú y dónde empiezo yo.

Alyssa se echó hacia atrás con brusquedad y el miedo se apoderó de ella. Sin embargo, por mucho que huyera, no lograba apartarse de él. Merrick deseaba hacerla suya con todo su ser… en ese momento. Quería crear un lazo para siempre antes de que ella escapara.

Alyssa notó esos sentimientos y se aferró a la manivela de la puerta como si le fuera la vida en ello.

—Creo que deberíamos irnos —su tono autoritario sonaba poco convincente, así que lo intentó de nuevo—. Pero voy a poner una condición antes de seguir adelante.

Merrick reprimió una sonrisa pues ya sabía de qué se trataba.

—¿Y es…?

—No vuelvas a besarme, ni tocarme. No quiero más arrebatos de pasión ni nada por el estilo. Quiero sentirme segura.

Merrick se llenó de arrepentimiento. ¿Era eso lo que le había hecho? ¿Hacerla sentir insegura?

De pronto cayó en la cuenta de que no podía ser de otra manera. La había secuestrado, maniatado y había intentado propasarse, aunque ella le hubiera respondido con una pasión perturbadora. Y por si fuera poco, había ignorado el asunto de su madre, que tanta preocupación le causaba.

—Estás segura. Tienes mi palabra.

—Bien. Entonces podemos irnos.

Merrick arrancó el coche y salió pitando rumbo a la granja. Ya se había hecho de noche cuando entraron en la cocina para cenar algo.

—¿Quién cuida de la granja mientras tus abuelos están fuera? —preguntó Alyssa mientras cenaban.

¿Acaso esperaba obtener ayuda por esa vía? Si ése era el caso, se iba a llevar una gran decepción.

—Los vigilantes no viven lejos. No nos molestarán —le dijo él—. Les dije que vendría a pasar la noche.

Ella asintió estoicamente.

—Me pregunto… ¿Qué pasará con Celestia cuando regrese a casa? ¿Quién lo heredará después de mí?

—Nadie.

—¿Mi padre no tenía más parientes? La sucesión no puede terminar con mi hermano.

—No… Sí que termina contigo.

—Y entonces… ¿qué pasará con Celestia?

—Según la ley, ha de ser dividida y absorbida por los otros dos principados. Una parte será para Avernos, y la otra para Verdón. Está en tu poder evitarlo.

Alyssa empezó a sacudir la cabeza antes de oír el final de la frase.

—No puedo. Mi hogar está en Nueva York. Mi casa está allí, y mis responsabilidades. Empiezo en un nuevo trabajo dentro de dos…

Merrick hizo una mueca al verla detenerse. Ella se había dado cuenta de que pasar cuatro meses en Verdonia pondría otras cosas en peligro, aparte de la vida de su madre. Sin duda perdería su trabajo. La habían empujado a una situación que no había elegido, y su vida estaba patas arriba gracias a la crisis política del principado, pero él no podía hacer nada para cambiar eso, no hasta que descubriera qué estaba detrás de las desesperadas medidas de von Folke.

Por mucho que lamentara los sacrificios que ella había tenido que hacer, se alegró de tenerla a su lado. La conocía desde hacía unos días, pero ese tiempo había sido suficiente para hacerle ver que ella pertenecía a ese lugar… y que su corazón le pertenecía a ella… Tan sólo tenía que encontrar la manera de hacerla quedarse.

—Creo que es hora de irse a dormir —le dijo ella con mucha sutileza.

Él estuvo a punto de ir tras ella, pero la joven lo detuvo con un gesto.

—¿Me das unos minutos? Necesito algo de tiempo para pensar. Prometo que no trataré de escapar.

—Claro. Iré a por las maletas.

—¿Tenemos maletas? —dijo Alyssa entre risas—. Sí que lo planeas todo, por lo menos todo lo que puedes.

Ella salió de la cocina y unos minutos más tarde Merrick la oyó entrar en el dormitorio. La puerta se cerró suavemente y él masculló un juramento.

Nunca había querido que ocurriera eso. Aquella decisión le había parecido correcta una semana antes, pero las cosas no habían salido como esperaba. Lo que necesitaba era tiempo para pensar.

Merrick sacó el equipaje del coche y, tras llevárselo a Alyssa, volvió a la cocina. Se sentó en una de las viejas sillas y recordó los veranos que él y su hermano habían pasado en esa casa. Todo seguía igual… la mesa de roble de la cocina con una vieja quemadura… Había sido su abuelo con uno de sus puros. Todavía recordaba a su abuela echándole la bronca por ser tan despistado, y también cómo su abuelo le había arrancado una sonrisa con un simple beso. El suelo seguía impecable, y también las blancas paredes. Todos los muebles relucían como si estuvieran recién pulidos.

Se sirvió una copa de vino y salió al porche para sentarse en el sillón de su abuelo, o la «silla del pensador», como él mismo solía llamarla. Embriagado por el vino, Merrick dejó pasar el tiempo. Las consecuencias de sus actos pesaban sobre él, y los posibles desenlaces lo atormentaban. Había abandonado todo aquello que amaba, toda una vida de logros… ¿Había tomado la decisión correcta, o había dejado que su ambición personal guiara su capacidad de elección?

Después de dos horas de meditación turbulenta, Merrick aún no había encontrado una respuesta, así que volvió al dormitorio, abriéndose paso en la oscuridad. Se dio una ducha y se acostó junto a Alyssa. Si hubiera sido un caballero, la habría dejado en paz, pero no podía. La necesitaba demasiado. Deslizó el brazo por debajo de ella y la atrajo hacia él. Entonces la oyó suspirar y acomodarse en su abrazo.

—Lo siento —murmuró Merrick—. No quería que perdieras tu trabajo, ni tampoco poner en peligro a tu madre. Si pudiera remediarlo, lo haría.

—Puedes remediarlo. Pero has elegido no hacerlo.

—Verdad. ¿Te guardarán el trabajo?

—No lo creo. No durante cuatro meses —dijo Alyssa, desanimada.

—El resultado hubiera sido el mismo aunque no te hubiera secuestrado. Eres consciente de eso, ¿no?

La joven se quedó quieta. Al parecer, no había caído en la cuenta.

—Si yo no hubiera interferido, ahora estarías casada con von Folke y hubieras tenido que sacrificar tu trabajo de todos modos. De esta forma sabes que serás libre dentro de cuatro meses, libre para regresar a tu casa y seguir con tu carrera. Sospecho que von Folke te hubiera obligado a permanecer a su lado durante un par de años. O quizá durante más tiempo.

—Eso… no se me había ocurrido —guardó silencio durante unos segundos—. No sé qué voy a hacer… después.

—Podrías quedarte en Verdonia.

—¿Para fingir que soy la princesa Alyssa, duquesa de Celestia? —Alyssa rió amargamente.

—Eres la princesa Alyssa, duquesa de Celestia. Tus estudios te hacen idónea para el cargo.

—Yo no pertenezco a este lugar.

—Pero podrías.

Hubo un profundo silencio.

—¿Era amigo tuyo?

Aquel cambio de tema pilló a Merrick por sorpresa.

—¿Quién?

—Tolken. Parecía que… —Alyssa se detuvo un momento—. Parecía que tenías mucha confianza con él. Bueno, parecíais amigos. No. Más bien parecíais amigos que se han vuelto enemigos.

—Sí. Era mi amigo. Era mi mejor amigo.

—¿Hasta ayer?

—Hasta que te puse las manos encima —Merrick suspiró—. La amistad terminó en ese momento.

—Cuántos sacrificios.

—Duerme un poco, princesa. Mañana será un día duro.

—¿Adónde vamos?

—Tenemos que seguir moviéndonos. Por lo menos conocerás un poco tu país.

Alyssa se revolvió un poco.

—No es mi país.

—Puedes negarlo cuantas veces quieras, pero tú perteneces a Celestia tanto como ella a ti.

—¿Ya quién perteneces tú?

—A nadie. Ni a nada. Ya no.

Aquélla era una dolorosa verdad. Aunque sus raíces estaban en Verdonia, no eran lo suficientemente profundas como para sobrevivir a algo así. Von Folke se aseguraría de hacérselo pagar muy caro.

Cuando menos, sería desterrado de Verdonia, pero lo más probable era que lo encarcelaran.

—¿Qué vas a hacer?

—Terminar lo que he empecé.

—¿Y después?

—Asumir las consecuencias.

Después de todo no tenía elección. Ya no…

Al día siguiente, puso rumbo al sur en dirección a Glynith, la capital de Celestia. Tuvo que esforzarse mucho por pasar desapercibido. Era una figura pública y lo podían reconocer fácilmente, pero Alyssa no parecía advertir la deferencia con que lo trataban, o bien debía de achacarla a su cargo como jefe de las fuerzas de seguridad.

Había preparado varios alojamientos y el primero al que se dirigieron se encontraba cerca de la capital. Habría preferido quedarse en la cabaña que había alquilado en medio de las montañas, pero finalmente se decantó por un lugar que ofreciera más vías de escape ante una posible emboscada de von Folke.

Pronto descubrió que la peor parte de aquel secuestro no eran los días, sino las noches interminables. En ese momento le resultaba increíble que alguna vez hubiera pensado en dormir al lado de Alyssa durante cuatro meses, sintiendo la cercanía de su cuerpo sobre sus músculos de acero. Aquella agonía de deseo lo tenía exhausto, y sólo había pasado una semana.

En cuanto se acostó a su lado, Alyssa se durmió, abandonándose en sus brazos como si ése fuera el único lugar donde debiera estar. Era como si fueran las dos partes de un todo que sólo se unía por la noche. Bajo el aterciopelado manto de la oscuridad, eran libres para expresar emociones que mantenían en secreto durante el día.

Merrick sintió un gran alivio al ver que Alyssa no había llevado a cabo el plan de huir al primer descuido. Pero él tampoco le ofreció muchas oportunidades. La vigilaba las veinticuatro horas del día y al cabo de la octava jornada estaba harto de mirar aquellas cuatro paredes mientras trataba de mantener las manos lejos de ella. Tenían muchas semanas por delante y la resistencia se le hacía cada día más difícil.

Alyssa debía de sentir lo mismo, porque cuando le sugirió dar una vuelta por la ciudad, aceptó enseguida y se deshizo en promesas con tal de salir al exterior. Mientras conducía por las concurridas calles de Glynith, Merrick le enseñó los principales monumentos, incluyendo el palacio real.

—No es tan suntuoso como los de Avernos y Verdón, pero cumple su función.

—Es enorme —dijo Alyssa, extasiada—. Es tan extraño pensar que mi madre vivía aquí…

Merrick la miró perplejo.

—Tú también.

—Y tenía un padre y un hermano de los que casi no me acuerdo —se volvió hacia Merrick—. ¿Tú los conociste? ¿Cómo eran?

—No conocí a tu padre, pero todos lo consideraban un buen hombre, entregado a Celestia y a su gente. Se crió en una granja, como mis abuelos, y amaba la tierra.

Emociones agridulces velaron el rostro de Alyssa.

—¿Y mi hermano?

—También era un buen hombre. Me cuesta creer que haya aceptado un soborno para abdicar. A lo mejor von Folke lo amenazó con otra cosa.

—No puedo imaginarme cómo sería pasarse la vida entera en un sitio.

A pesar de aquellas palabras, Merrick notó una profunda añoranza en su voz.

¿Cómo hubiera sido su vida si hubiera crecido allí, si hubiera echado raíces en ese lugar?

—¿Y qué pasa con Miri? ¿Has tenido noticias de ella?

—No. Tolk no la tiene. De lo contrario me habría dicho algo cuando nos encontró.

—Pero no puedes estar seguro.

—Él no le haría daño. Pero las veces que he llamado a casa, me han dicho que no saben nada de ella.

El miedo y la preocupación lo mantenían en vilo. ¿Qué era lo que había dicho Alyssa respecto al sacrificio de tanta gente? Ése había sido otro sacrificio. De pronto sus intenciones nobles dejaron de parecer loables. Tenía que proteger a tantos, y había tanto en juego. Más allá de la seguridad de Miri y Ángela Barstow… más allá de su propio futuro y el de Alyssa, tenía que velar por el país que lo había visto nacer.

Tenía que anteponer la seguridad de la nación a cualquier otra cosa hasta descubrir lo que escondía von Folke. Había iniciado una investigación, pero sus hombres no habían hallado nada significativo hasta ese momento. Ninguno tenía ganas de volver a casa después del paseo, y Merrick se arriesgó un poco más para dar una vuelta por una zona comercial cercana. El escaparate de una joyería llamó la atención de Alyssa.

—Mi favorito es éste —señaló una amatista violácea con reflejos rojos.

Merrick sonrió.

—Tienes un gusto excelente. Esa piedra en particular es una Verdonia Real. El color es típico de nuestro país y muy raro de encontrar. Es como una amatista de Siberia, pero tiene más azul que rojo. Las más comunes son éstas —le indicó una piedra de color rosado—. Ésa es la amatista Celestia. Fuera de Verdonia, este color se suele llamar «Rose de France», pero nuestro nombre tiene un significado histórico, así que no solemos llamarla como el resto del mundo.

—¿Y este anillo? —señaló el anillo principal del escaparate.

El propietario les estaba haciendo señas desde dentro para que entrasen, y antes de que pudiera detenerla, Alyssa abrió la puerta y entró en la tienda. Merrick masculló un juramento, pero no tuvo más remedio que ponerse las gafas de sol y la gorra de béisbol que se había comprado. Con un poco de suerte, podría pasar por un turista como Alyssa. Que el dependiente no lo reconociera era demasiado

pedir, pero en cuanto se dio cuenta, Merrick hizo un gesto disimulado. El joyero, un hombre llamado Marston, asintió en silencio, claramente dispuesto a cooperar si Merrick deseaba permanecer en el anonimato.

Más tranquilo, se apoyó sobre el mostrador mientras Alyssa hablaba con el dependiente.

—De vez en cuando, la mina nos da unas cuantas Verdonias Reales —le explicó Marston mientras le ponía el anillo—. Son piedras muy valoradas y sólo se ponen en las mejores joyas, como este anillo.

—Es precioso. ¿Es de oro blanco o de platino? —preguntó ella.

—Platino —el joyero miró a Merrick de reojo y en cuanto éste le hizo un gesto de aprobación, continuó con la descripción—. Este anillo es una reliquia de la época del rey Eduardo, con una Verdonia Real de tres quilates en el centro. A los lados lleva dos diamantes azules y dos amatistas Celestia. Cada piedra es de 2.1 quilates. Toda la banda del anillo lleva una hilera de diamantes europeos de 0.44 quilates, y este calado tan detallado le da una elegancia inigualable —miró a Alyssa a través de unas gafas con gruesos cristales—. ¿Quiere saber lo que dice el anillo?

Alyssa levantó las cejas.

—¿El anillo significa algo? Cuéntemelo. Me encantaría saberlo.

—Nuestras mejores piezas siempre son diseñadas para expresar un sentimiento en particular. En este caso, la Verdonia Real simboliza la unión de dos almas gemelas. Por eso es tan valorada. Se considera que da mala suerte dar o aceptar una si no es por amor verdadero. Pero este anillo también tiene un diamante y una amatista Celestia. El diamante puede representar muchas cosas, pero sobre todo se trata de fuerza, amor y eternidad. En cuanto a la amatista Celestia, antaño se solía usar mucho para zanjar acuerdos y contratos —señaló el labrado del anillo—. Y, ¿ve esto?

Alyssa examinó la banda atentamente.

—¿Por qué me suena esa forma?

Merrick echó un vistazo y sonrió.

—Porque es la forma de Celestia. Históricamente, Celestia siempre ha sido el engrudo entre Verdón y Avernos. Unificaba dos fuerzas opuestas formando un país.

—Entonces este labrado representa la unión de tres piedras en una. ¿No?

Marston asintió.

—Eso es. El diseñador lo llamó Cuento de hadas porque eso es lo que es el anillo. Es un cuento de hadas con un final feliz. Dos almas gemelas, unidas por un lazo de amor eterno. Eso es lo que significa.

—Es una joya increíble —dijo Alyssa, maravillada—. Creo que nunca he visto nada parecido.

Marston hizo una mueca.

—Desafortunadamente llevamos años sin poder comprar piedras como ésta. Incluso las amatistas Celestia son una rareza. El problema ha ido a peor durante los últimos meses. Dicen por ahí que se está agotando la fuente de amatistas —miró a Merrick con esperanza—. Quizá usted pueda aclarar el origen del problema. ¿Se han agotado las minas, como han sugerido muchos? ¿O se trata de una estrategia para subir el precio a nivel nacional provocando una escasez artificial?

Merrick sacudió la cabeza.

—No puedo responder a eso. Ojalá pudiera. Pero le puedo asegurar que somos conscientes del problema y estamos tratando de solucionarlo.

Oyeron un ruido proveniente de la parte de atrás de la joyería. Boquiabierta, una mujer miraba a Merrick desde la puerta trasera.

—Su Alteza —dijo sofocando un grito de asombro.

Entonces le hizo una sentida reverencia.

—Es un honor tenerlo en nuestra tienda.

Alyssa se quedó de piedra.

—¿Su Alteza? —repitió alarmada.

La mujer le ofreció una sonrisa cordial.

—Por su acento sé que es usted americana, así que tal vez no reconozca a Su Alteza. Él es el príncipe Merrick.

—No —Alyssa dio un rápido paso atrás—. Es el comandante en jefe de las fuerzas de seguridad.

La mujer asintió.

—Eso es. El comandante es el príncipe Merrick Montgomery. Su hermano mayor, el príncipe Lander, podría convertirse en el nuevo rey —la señora miró a uno y a otro, y su voz se llenó de incertidumbre—. Lo siento. ¿He dicho algo indebido?

—Creo que Su Alteza está de incógnito, cariño —explicó Marston con dulzura.

La señora no había acabado de balbucear una disculpa cuando Alyssa se quitó el anillo, dio media vuelta y salió de la tienda a toda prisa.

Capítulo Seis

Alyssa salió corriendo calle abajo y se adentró en la zona comercial. La guiaba el instinto y estaba decidida a alejarse de Merrick tan pronto como fuera posible. Sólo quería perderse en aquella maraña de avenidas que iban en todas las direcciones.

La habían traicionado. Merrick la había engañado…

El eco de la verdad le recorrió el cuerpo y aquella mentira le hizo un doloroso tatuaje en el corazón.

Esa mujer le había llamado «Su Alteza». Había dicho que Merrick era un Montgomery, y que él y el príncipe Lander eran hermanos. ¿Y quién era el máximo rival del príncipe Brandt von Folke para acceder al trono de Verdonia?

El príncipe Lander.

Todo lo que le había dicho acerca de querer lo mejor para su país no era más que una mentira. Todo lo había hecho para beneficiar a su hermano. Desde el principio tenía un motivo oculto para impedir su matrimonio con von Folke. Si ella hubiera seguido adelante con la boda, Celestia y Avernos habrían votado por el príncipe Brandt, que se habría convertido en rey. Impidiendo la ceremonia, el hermano de Merrick aún tenía una oportunidad para hacerse con el poder.

Alyssa mantuvo un buen ritmo y giró por calles aleatorias, pero finalmente tuvo que aminorar la velocidad pues le empezaba a doler un costado. Se había quedado sin aliento…

¿Cómo había sido tan estúpida como para no darse cuenta? Todo el mundo trataba a Merrick con gran respeto, y él mismo se refería al príncipe Brandt con mucha familiaridad.

Además, esos aires de autoridad… la reacción de los hombres de von Folke… simplemente había pensado que se trataba de un trato deferente hacia el comandante de las fuerzas de seguridad.

Pero en ese momento era consciente de todo, y tenía que escapar….

A unos metros de distancia divisó un agente uniformado. ¿Sería un representante de la autoridad local? Si era así, tal vez podría ayudarla a llegar a la embajada americana. Se disponía a dar un paso en esa dirección cuando alguien la agarró de la cintura con mucha fuerza, tirando de ella hacia atrás. Aquellos brazos eran demasiado familiares…

Al mismo tiempo, le taparon la boca con una mano y sofocaron el comienzo de un grito.

—Ni una palabra —le susurró Merrick al oído.

La hizo retroceder hacia un callejón oscuro. Más adelante, el agente se paró a hablar con alguien, y cuando el extraño se volvió hacia la luz de una farola, Alyssa vio que se trataba de Tolken.

Entonces se puso rígida.

—Ya veo que reconoces a tu viejo amigo —la voz de Merrick no era más que un susurro—. Parece que Tolk ha dejado de jugar al escondite y se ha decantado por una búsqueda más agresiva. Es hora de buscar otro refugio —la agarró con firmeza—. Presta atención, princesa. Cuando te diga que te muevas, te mueves. Asiente con la cabeza si me entiendes y estás de acuerdo.

Una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla de la joven y cayó sobre la mano que le cerraba la boca. Su reacción fue sutil, pero al tenerlo tan cerca, Alyssa lo sintió ponerse tenso y oyó su respiración entrecortada... que casi sonaba como un suspiro de arrepentimiento...

En cuando la idea pasó por su cabeza, Alyssa la desechó. No... Eso no era posible. Personas tan crueles como Merrick Montgomery no experimentaban ese sentimiento.

—No has contestado, princesa. No quisiera tener que hacerlo por las malas. Bueno, ¿vas a hacer lo que te digo?

La joven asintió rápidamente, pero él no aflojó sus manos de acero ni por un momento, sino que comenzó a retroceder, adentrándose en el callejón. Alyssa no sabía cómo podía ver a sus espaldas, pero de alguna manera logró salvar los obstáculos que le impedían el paso y pronto llegaron a la otra salida de la callejuela, que daba a una calle menos iluminada.

—Voy a quitarte la mano de la boca. Si haces el más mínimo ruido, juro que te arrepentirás. Cuando te suelte, vamos a volver a donde he aparcado el coche. Tenemos que apretar el paso, pero sin correr. Dos amantes ansiosos por llegar a casa. ¿Está claro?

Alyssa asintió una vez más y, sin bajar la guardia, él le quitó la mano de la cara. Tal vez tendría que silenciarla de nuevo.

La joven se quedó inmóvil. Mientras, él le metió el pelo por dentro de la ropa y le subió el cuello de la blusa. Entonces deslizó una mano por su cintura hasta agarrarla del hombro y la atrajo hacia él para protegerla de miradas indiscretas.

Así, echaron a andar por la acera y Merrick trató de seguir por calles secundarias hasta terminar muy cerca de la joyería. Desde ahí, recorrieron otra manzana para llegar al aparcamiento donde habían dejado el coche.

Alyssa permaneció en silencio durante todo el camino, pero en cuanto entró en el vehículo, se volvió hacia él.

—Me mentiste. ¡Maldito seas! No me dijiste que eras el hermano del príncipe Lander.

Sin decir ni una palabra Merrick metió la llave en el contacto y arrancó el coche.

—¿No tienes nada que decir?

—Ahora no.

Pasaron por delante del apartamento a toda pastilla y Alyssa se volvió en el asiento al verlo volar por la ventanilla.

—¿Adonde… adónde vamos? ¿Por qué no volvemos al apartamento?

—Es demasiado arriesgado. Seguimos adelante. Tengo otra casa muy cerca de aquí donde podemos estar seguros. Pasaremos la noche ahí antes de adentrarnos en la montaña.

—Pero nuestra ropa…

—No tiene importancia. Llevo conmigo todo lo que necesito.

Alyssa se quedó callada ante eso y se dedicó a mirar por la ventanilla. Estaba demasiado enfadada y exhausta como para enzarzarse en una discusión. Hubiera querido decir muchas cosas, pero las palabras no le salían. Además, si trataba de hablar con él de nuevo, seguramente terminaría llorando.

El camino era interminable y no hacían más que zigzaguear por calles sinuosas, retroceder y dar vueltas. Después de una hora, Merrick se dio por satisfecho al comprobar que nadie los había seguido y subió por un camino escarpado. En lo alto de la colina había una casa enorme desde la que se veía toda la ciudad.

En cuanto entraron en el domicilio, Merrick comprobó todas las puertas y ventanas y Alyssa supuso que estaba trazando rutas de escape. Aquella casa era bastante lujosa, muy distinta del apartamento que habían compartido.

—¿De quién es esta casa?

—Es de alguien que no me conoce. Tolk no podría seguirle la pista hasta mí.

—Nos encontró antes de lo que esperabas, ¿no?

—Sí.

Alyssa sabía que eso le preocupaba.

Volvieron al salón y Merrick fue hacia el bar.

—Tenemos que hablar —anunció mientras servía unas bebidas.

—¿Para qué? Me mentiste. Fin de la discusión.

—Te mereces una explicación —le dio una copa de coñac medio llena—. Toma. Parece que te hace falta.

Alyssa aceptó la bebida y aspiró el suave aroma afrutado, mirándolo por encima del borde de la copa.

—¿Es que el coñac es el antídoto contra la traición? —le preguntó.

—Dímelo tú.

—En ese caso… por la confianza —dijo y levantó la copa antes de darle un trago.

—Te pido disculpas, Alyssa. Debía decirte quién era.

Ella sonrió con ironía.

—¿Y quién eres exactamente?

—Soy el que dijo la esposa de Marston. Merrick Montgomery.

—¿No querrás decir el príncipe Merrick, hermano pequeño del príncipe Lander, duque de Verdón? —levantó una ceja—. ¿Lo entendí bien?

—Sí.

—¿El mismo príncipe Lander que lucha por el trono con el príncipe Brandt?

Merrick empezó a impacientarse.

—Sí.

—Parece que tu antídoto no está funcionando —agitó la copa de coñac—. Todavía me siento engañada.

—Lo siento.

—Yo creía en ti —susurró.

Merrick permaneció en silencio. Alyssa bebió un poco más de coñac y sintió el agrio escozor del alcohol en la base de la garganta.

—De hecho creía que estabas haciendo esto por motivos altruistas. Y resulta que todo lo hiciste para asegurarle el trono a tu hermano. Qué idiota he sido. Debería haber aprendido algo de los errores de mi madre. Nunca confíes en un hombre, sobre todo en uno con agenda.

Un destello de furia encendió la mirada de Merrick y Alyssa retrocedió.

—¿Crees que no he cuestionado mis razones? —agitó su copa de coñac mucho mejor que Alyssa—. ¿Crees que no me preocupa que no sean las mejores?

Alyssa le dio la espalda. Abrió las puertas del balcón de par en par y salió fuera. A sus pies se extendía la ciudad de Glynith y las luces de los edificios resplandecían en la oscuridad. Aquel lugar parecía la tierra de las hadas y le hacía sentir una profunda añoranza que no comprendía.

De pronto lo sintió acercarse por detrás y habló sin darse la vuelta.

—Puede que hayas cuestionado tus motivos, pero eso no te impidió secuestrarme.

—No, no me lo impidió —él dejó la copa en una mesa del balcón—. Porque todo se reduce a una cosa. Lo que es mejor para Verdonia.

—Y tu hermano es la mejor opción, ¿no?

—No.

Ella se volvió y se sobresaltó al comprobar lo cerca que estaba. Trató de ocultar sus emociones, pero todo en él la hacía estremecerse: su voz grave, su aroma de almizcle… incluso la forma de sus manos le hacía perder la cabeza. La mirada de Alyssa se detuvo sobre la sensual curva de sus labios. Aquella cicatriz le partía el labio en una media sonrisa. Todavía recordada el tacto de esa marca bajo la boca…

Alyssa respiró hondo y ahuyentó esos pensamientos.

—Si tu hermano no es la mejor opción, ¿por qué me secuestraste?

Merrick le quitó la copa de la mano y la puso sobre la mesa, junto a la suya.

—La mejor opción es la que escoja la gente de Verdonia en las próximas elecciones. Pero ellos deciden, y no von Folke o Lander. Ni tampoco tú o yo. Verdonia tiene que decidir. Yo lucho por eso.

Alyssa no tuvo más remedio que reconocer que sus palabras la habían conmovido. Él representaba a una comunidad de individuos unidos en pos de una causa. Eso era lo que ella había buscado toda su vida.

—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar? ¿Seguimos nuestro periplo de cuatro meses?

—Eso ya no es posible. La confianza es cosa de dos. Ninguno de nosotros confía en el otro. Así que es hora de tomar medidas más drásticas.

Alyssa tragó con dificultad y echó de menos el coñac.

—Me da miedo preguntar a qué te refieres.

—Siempre tengo un plan B. Sólo espero no tener que usarlo, pero… —esbozó una sonrisa irónica—. Vamos a casarnos.

Alyssa tardó en recuperar el aliento pasa poder hablar.

—Que vamos a hacer… ¿Qué?

—A casarnos.

Ella sacudió la cabeza.

—Has perdido el juicio.

—Piénsalo, Alyssa. Si me caso contigo, von Folke no podrá hacerlo.

—Has dado con la solución perfecta. El remedio perfecto —dijo con sarcasmo antes de estallar—. ¡La forma perfecta de hacer que maten a mi madre!

—Si nos casamos, no podrá utilizarte. Serás libre. Esperaremos un tiempo prudencial y entonces nos divorciaremos. En cuanto a tu madre —se tocó la barbilla—. Si te casas conmigo, iré a rescatarla después de la boda.

Aquello hizo efecto.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio.

—¿Tú… tú harías eso?

—Lo habría hecho ya si creyera que está en peligro —levantó una ceja—. ¿Hay trato? ¿Te casarás conmigo?

Ojalá hubiera tenido más tiempo para reflexionar, pero era imposible. Alyssa respiró hondo y tomó una decisión.

—Sí. Me casaré contigo.

—Estupendo.

Su alegre respuesta escondía algo más personal.

—Entonces sugiero que zanjemos la cuestión cuanto antes.

Aquellas palabras quedaron en el aire durante un buen rato. El corazón de Alyssa tronaba con cada latido.

Merrick avanzó hacia ella con decisión. Sus cuerpos encajaban a la perfección y él sabía cómo hacerla vibrar con cada roce, con cada beso. Merrick le hacía perder la razón, le robaba los pensamientos y le hacía desearlo con todas sus fuerzas. La pasión se encendió entre ellos, y Alyssa tuvo un arranque de lujuria insatisfecha, dejando que él la besara con toda la dulzura del mundo.

La joven se rindió sin vacilar. Se trataba de una batalla de amor en la que se entregaban el uno al otro. Sus labios se unieron en un juego de placer y las manos de Merrick recorrieron la espalda de Alyssa hasta llegar a la curva de sus nalgas. Entonces la levantó del suelo y la apretó contra la pared.

Ella podía sentir la excitación de Merrick sobre el abdomen y el ímpetu de ese deseo prendió una chispa en lo profundo de su ser.

Alyssa enredó los dedos en su cabello de oro y le ladeó un poco la cabeza. Entonces le mordió el labio inferior y tiró de él, antes de volver a sucumbir a sus besos. En ese instante, el tiempo y el espacio se desvanecieron y todo lo que quedó fue el sonido de su respiración entrecortada, el roce de la ropa, el susurro de piel contra piel…

Lo que más deseaba Alyssa era que le arrancara la ropa y le hiciera el amor, aliviando así aquella ansia incontrolable.

Hasta ese momento ella había vivido una vida de soledad, llena de días interminables y noches vacías. Los años pasaban, pero ella no hacía nada más que huir hacia ninguna parte. Ya era hora de dejar de correr. Tenía que llenar ese vacío de la manera más básica e instintiva. Si hubiera podido hablar, se lo habría pedido… se lo habría rogado.

Y fue precisamente esa imagen la que la hizo recapacitar. Verse suplicándole que la hiciera suya en el balcón de un extraño fue como un jarro de agua fría.

Alyssa tembló de miedo. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿Cómo podía ser tan estúpida? ¿Acaso no había aprendido nada de los errores de su madre, y del engaño de Merrick?

Presa de esos pensamientos, lo empujó con brusquedad, no sin antes darle un último beso.

—Ya basta. Esto es un error y ya he cometido bastantes en mi vida.

Durante un instante, él se debatió entre aprovecharse de su momento de debilidad o dejarla tranquila, pero finalmente se decidió por la segunda opción. La volvió a besar y la soltó de inmediato.

—Nuestro acuerdo está zanjado.

Alyssa se humedeció los labios, saboreando el vestigio de sus besos.

—Respecto a eso…

Merrick levantó una ceja.

—¿Es que ya vas a romper tu palabra?

Alyssa se sintió tentada de hacerlo. Se había metido en una situación peligrosa, y en lugar de huir a la primera oportunidad, había obedecido en todo con tal de salvar a su madre. Se dio cuenta de que acababa de hacer un pacto con el diablo, y no había las más mínima duda de que él le haría cumplir su parte.

—No te preocupes. Mantengo mi palabra. Sólo quería asegurarme de que sigues las reglas de ahora en adelante.

La sarcástica mueca de Merrick desgarró la oscuridad.

—No estoy aquí para seguir las reglas, princesa. Mi trabajo es inventarlas sobre la marcha.

Aquel comentario la dejó desarmada y no tuvo más remedio que emprender la retirada.

Sin más le dio la espalda y abandonó la habitación.

Las risas de Merrick la siguieron hasta el salón y la hicieron estremecerse como nunca antes lo había hecho. Él despertaba emociones que llevaban muertas mucho tiempo.

Le llevó unos minutos recordar dónde estaba el dormitorio y una vez lo encontró, se encerró con la esperanza de que él la dejara en paz durante un rato. Desesperada, cerró los ojos y se apoyó contra la puerta.

No tenía más remedio que admitir la verdad. Lo único que quería era dejarse llevar por sus caricias y perderse en el placer de sus besos; hundirse en un sopor de deseo y dejar que le hiciera el amor hasta llegar al más puro éxtasis. ¿Por qué?

¿Por qué reaccionaba así ante él? ¿Por qué ese hombre en particular?

Atrapada en un remolino de emociones, deambuló por la habitación en penumbra durante unos minutos y finalmente se detuvo junto a la enorme cama de matrimonio. Entonces tuvo una visión.

Él y ella… oscuridad y luz, entrelazadas en un lecho de seda. El primer contacto… tierno y suave. Gemidos de placer… el tira y afloja del amor.

Alyssa se alejó de la cama, y salió de aquella ensoñación. Por un lado estaba el sexo, y el amor no tenía nada que ver. Podía disfrutar del primero sin encerrarse en la prisión del segundo. Bajó la vista y respiró profundamente, tratando de recuperar el control.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Merrick arrugó la frente y dejó entrar a Lander.

—No sé de qué estás hablando —dijo sin pensar. Ésa era la mejor respuesta hasta averiguar cuánto sabía su hermano mayor.

—Estoy hablando del secuestro de la princesa Alyssa Sutherland.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Miri —Lander pasó por delante y comenzó a andar por el salón.

Seguía siendo el vivo retrato de su apodo: «el León de Mount Roche», agresivo y grande.

—Está en el Caribe, en la isla de Mazoné. Seguramente se ha ido porque sabe que mamá le retorcerá el pescuezo cuando averigüe lo que os traíais entre manos.

—Por suerte está…

«A salvo». Merrick se detuvo a tiempo.

—Yo me ocuparé de mamá —dijo.

—Buena suerte —se puso de frente a Merrick y cruzó los brazos—. Bueno… ¿Dónde está la princesa? Va a volver a Avernos ahora mismo, aunque tenga que llevarla yo mismo.

Merrick masculló un juramento.

—Está dormida y no va a ninguna parte. De hecho, no te conviene que vaya a ninguna parte. Si se la devuelves a von Folke, perderás las elecciones.

Lander lo hizo callar con un gesto.

—Entonces perderé las elecciones.

—No te metas en esto —le advirtió Merrick—. Alyssa y yo nos vamos a casar. No hay más que hablar. Eso acabará con los planes de von Folke y las elecciones estarán basadas en el mérito y no en regionalismos.

Lander lo miró con escepticismo.

—No me puedo creer que la princesa Alyssa esté dispuesta a hacer algo así.

—Confía en mí. Cuando todo se reduce a elegir entre von Folke y yo, está dispuesta.

—¿Me juras que está de acuerdo? No la estarás obligando como hizo Brandt.

Merrick trató de reprimir la indignación que sentía.

—¡Claro que no! No la estoy obligando. Yo no soy von Folke. Llegamos a un acuerdo. Va a casarse conmigo a cambio de que rescate a su madre.

—Ese hijo de… ha sido von Folke, ¿no?

—Sí —Merrick dio un paso hacia la puerta—. Tienes que irte. No quiero que nadie averigüe que hemos estado en contacto.

Lander se pasó la mano por el cabello y fulminó a su hermano con la mirada.

—No lograré impedir que cometas esta locura, ¿verdad?

Merrick sacudió la cabeza.

—Ni hablar.

—¿Te das cuenta de todo lo que vas a sacrificar? No tienes por qué hacerlo. No por mí.

—Sí. Sé exactamente lo que estoy sacrificando. Y, sí. Tengo que

hacerlo. Mañana será un hecho —sonrió con picardía—. Para que lo sepas, creo que merece la pena.

Lander carraspeó.

—Gracias.

Merrick hizo una ligera reverencia.

—Es un placer cumplir con mi deber, Su Alteza.

—Oh, déjalo ya. Tengo algo para ti —le entregó un CD—. Pediste una serie de planos del palacio de von Folke y yo hice de mensajero.

Merrick frunció el ceño.

—No tenías que haberlos traído y tampoco deberías estar aquí. Estoy tratando de mantenerte al margen. No quiero comprometer tu reputación.

—Debes de estar de broma si crees que eso es posible. Eres mi hermano y todos darán por sentado que estoy implicado en el secuestro y en cualquier otra cosa que hagas a partir de ahora —puso una expresión seria—. Y no es que me importe. No fuimos nosotros los que empezamos el juego. Von Folke se las verá negras para denunciar el juego sucio si se descubre que ha estado haciendo trampas desde el principio. ¿De verdad la había obligado a casarse con él? ¿Estás seguro?

—Totalmente. Cuando Alyssa se enteró de que tenía a su madre sintió que no tenía elección y aceptó casarse con él. Si yo no hubiera intervenido, ahora estarían casados —Merrick señaló un pequeño estudio contiguo al salón—. Vamos. Ahí hay un ordenador. A ver qué hay en el disco.

Lander fue tras él y se inclinó ante el escritorio para mirar la pantalla.

—He estado repasando la situación desde que me enteré de los planes de von Folke —dijo mientras esperaban a que el ordenador se iniciase—. No entiendo cómo es que ha montado toda esta farsa. No es propio de él.

—Tengo la sensación de que tiene algo que ver con la escasez de amatistas. No puedo evitar preguntarme si ha pasado algo en las minas.

Lander sacudió la cabeza.

—¿Y por qué lo mantendría en secreto si fuera un problema con las minas?

Merrick valoró varias posibilidades.

—No estoy seguro. ¿Para sacar ventaja política? Si von Folke no hubiera prevenido al país y se llegara a saber que las minas se han agotado, el asunto le pasaría factura en las elecciones —insertó el CD y desplegó el menú—. Vale. A ver si buscamos una forma de entrar en el palacio, encontrar a la madre de Alyssa y salir con vida.

Lander deslizó el dedo por un pasaje subterráneo que iba del patio

interior a la capilla.

—¿Qué tal si tomas esta ruta? Podrías acceder desde el bosque cercano a la capilla, y entonces tendrías que ir por el subterráneo hasta llegar al palacio. Los pillarías desprevenidos.

—Suponiendo que no haya bloqueado ese acceso.

—Mm. Si lo ha hecho, tendrás que acceder por este lado —Lander señaló la entrada sur—. Es más difícil.

Merrick empezó a tomar notas.

—Mandaré a uno de mis hombres esta noche para que compruebe cuál es la mejor vía de entrada.

Lander se incorporó.

—Bueno, ¿cuándo es la boda?

—¿Qué? Oh, mañana.

—Podríamos… hacerla desaparecer durante unos meses. No tienes que llegar al extremo de casarte con ella.

Merrick soltó el bolígrafo y se puso en pie.

—Es demasiado arriesgado. Podría escapar y von Folke la encontraría. Las variables son interminables. El matrimonio es la única forma de impedir que llegue hasta ella y termine lo que empezó.

Lander lo miró fijamente.

—¿Sabe que el matrimonio ha de ser consumado para que sea legal en Verdonia?

—El tema todavía no ha surgido —contestó Merrick sin más.

—No vas a decírselo, ¿verdad?

—No será problema.

Lander lo miró extrañado.

—¿Es que ya te has acostado con ella?

—Eso no es asunto tuyo.

—Ya lo creo que sí. ¡Maldita sea! No hace falta que te diga lo mal que está eso. ¿Es que sientes algo por esa mujer? No estarás pensando en hacer que el matrimonio sea real.

—Qué estupidez —dijo Merrick—. Mi preocupación, mi única preocupación, es Verdonia. Alyssa es un medio para conseguir un fin. Nada más.

Los ojos de Lander echaron chispas.

—Eso es la cosa más estúpida que he oído en toda mi vida. Puedes mirarme a los ojos y decirme que no te importa esa mujer, pero soy tu hermano. Sé cuándo estás mintiendo… incluso cuándo te mientes a ti mismo.

Merrick se puso furioso.

—Hay más que una relación en juego. Más que unas elecciones. Tras la abdicación de Erik, el hermano de Alyssa, el principado necesita a su princesa. Si Alyssa se marcha, será el fin de Celestia. Yo

voy a impedir que eso pase.
—O quizá estés buscando una excusa para llevártela a la cama —sugirió Lander en un tono cortante.

Merrick no tenía respuesta para eso. Por más que quisiera negarlo, no podía. Lander tenía razón. Para que el matrimonio fuera considerado legal, tenía que ser consumado. Si von Folke llegaba a sospechar lo contrario, tendrían más problemas.

Además, aquel matrimonio le daba la excusa perfecta para hacerle el amor a Alyssa. Cuando fueran marido y mujer, no tendría otra opción sino hacerla suya para que la ceremonia fuera legal. Y ella tampoco tendría elección.

No obstante, Merrick aún albergaba la esperanza de que ella eligiera quedarse en Verdonia y aceptara el cargo. Celestia la necesitaba. No sobreviviría sin ella.

Capítulo Siete

Un sol radiante y cálido brillaba en el cielo el día de la boda. El aroma a primavera auguraba la pronta llegada del verano. La ceremonia tendría lugar a primera hora de la tarde, cuando la iglesia quedara cerrada al público.

Alyssa no pudo evitar recordar una escena similar dos semanas antes. En aquella ocasión estaba aterrorizada y sola. Tenía miedo de su prometido y estaba preocupada por su madre, pero no sabía cómo salir del apuro.

No obstante, las cosas habían cambiado mucho en catorce días. En ese momento sentía algo muy distinto. Debería haber odiado a Merrick por haberla convencido de que se casara con él. Después de todo, no era mucho mejor que el príncipe Brandt.

Y sin embargo, por más que lo intentaba, Alyssa no podía creerse que fueran iguales. Merrick no era Brandt y nunca lo sería. Aunque sus motivos no fueran puros, sí que eran nobles.

En cuanto hizo públicas sus intenciones, las cosas se precipitaron en una vorágine de acontecimientos. Él mismo escogió el lugar e hizo que uno de sus hombres le llevara un vestido de novia y zapatos. Incluso había preparado un juego de alianzas.

Alyssa no tuvo ningún inconveniente en dejarlo hacer y deshacer. ¿Cómo podría? Hubiera sido como tratar de hacer descarrilar un tren con un palillo.

En cuanto empezó a atardecer, se puso el vestido de seda blanca que él había elegido. La larga mantilla realzaba la sencillez del traje, pero Alyssa decidió llevarla en las manos hasta la iglesia para no dañarla durante el viaje. La capilla era espectacular, pequeña y muy íntima. El suelo era de mármol y las vidrieras de las ventanas iluminaban el interior con el fulgor de un arco iris. Los bancos y el altar brillaban como si estuvieran recién pulidos, y había un ligero aroma a cera y limón.

Una vez más Alyssa notó lo distinto que era todo y los nervios se apoderaron de ella. Las mariposas no hacían más que aletear dentro de su vientre.

No era miedo. Esa sensación era muy distinta. ¿Acaso podría ser… esperanza?

Sacudió la cabeza con fuerza y se dijo a sí misma que era imposible. Ella no quería casarse con Merrick. Había accedido sólo para salvar a su madre. Era un simple trato que tenía que cumplir a toda costa, pero no lo deseaba de ninguna manera.

—Esto es para ti —uno de los hombres de Merrick le entregó un ramo de noria—. Es el ramo tradicional. Las hierbas alejan a los

malos espíritus y dan fertilidad a la novia. Las ramitas de abedul protegen y dan sabiduría, y las ramas de acebo representan la santidad. La hiedra garantiza la fidelidad.

Alyssa pasó el dedo por las ramitas de lavanda.

—¿Y esto?

—Es la flor nacional. Es para que el matrimonio tenga suerte y amor.

Aquél había sido todo un gesto, aunque no tuviera ningún sentido. Cuando lo vio delante del altar, la joven experimentó emociones que sabía no debería sentir. Los últimos rayos del sol calentaban la capilla, y la llenaban de colores tan suaves como el susurro de un rezo.

Merrick le agarró ambas manos y le dio un beso.

—Todo saldrá bien —le dijo al oído—. Lo prometo.

Esas palabras le llegaron al corazón, aunque ella no se atreviera a admitirlo. ¿Qué habría pasado si se hubieran conocido en otras circunstancias, si ella hubiera crecido ahí y se hubieran conocido mientras cumplían con los deberes reales?

Tal vez se habría enamorado de él y hubieran celebrado un matrimonio de verdad en lugar de aquella farsa… O a lo mejor habrían vivido una intensa historia de amor antes de separarse para siempre.

Pero Alyssa no tenía respuestas para esas preguntas y por eso tenía los nervios a flor de piel.

Después no fue capaz de recordar gran cosa. En el momento en que Merrick la tocó y la miró a los ojos, el tiempo se detuvo. No recordaba haber apartado la vista ni un segundo.

Hubo un instante que quedó grabado en su memoria para siempre: el momento en que él hizo sus votos matrimoniales y le puso el anillo.

Alyssa se quedó sin respiración al contemplar la belleza de aquella sortija de platino. Verdonias Reales, Amatistas Celestia y flamantes diamantes se alternaban alrededor de toda la banda. Antes de que pudiera decir nada, Merrick le dio un beso interminable.

Y fue en ese preciso instante intemporal que Alyssa se dio cuenta de que sus sentimientos por Merrick habían dado un giro radical…

Alyssa no fue capaz de recordar lo que había ocurrido después de la ceremonia. Una parte de ella estaba ausente, incapaz de asumir aquella revelación. De alguna forma había bajado la guardia y él había llegado a su corazón.

No sabía cuándo o cómo había ocurrido. Ni siquiera sabía cómo era posible después de todo lo que habían pasado, pero se sentía feliz, tranquila. Por fin había entregado el corazón… Aquella pasión desenfrenada corría por sus venas como nunca, y ardía hasta consumirla por dentro.

La joven huyó de esas sensaciones y se negó a lidiar con sus consecuencias.

Finalmente regresaron a la casa situada en las colinas de Glynith, donde ella había accedido a casarse con él. El silencio reinaba en el lugar.

Alyssa entró en la casa en penumbra y se detuvo en medio del salón, todavía vestida con el traje de novia. Se quitó el velo, lo dobló con cuidado, y lo puso sobre el respaldo de un butacón. Y entonces la invadieron las dudas.

—¿Qué hemos hecho? —murmuró.

—¿Y ahora te lo preguntas?

Le lanzó una mirada fugaz y descubrió que se estaba quitando el esmoquin.

—¿Qué estás haciendo?

—Poniéndome cómodo —dejó a un lado la chaqueta y se acercó a ella—. ¿Necesitas ayuda para quitarte el traje de novia?

Alyssa retrocedió.

—¿Y después qué?

No podía creerse que le hubiera hecho esa pregunta.

—Quiero decir…

—Sé lo que quieres decir —contestó él tranquilamente.

—Lo siento —dijo Alyssa.

Merrick mantuvo las distancias, pero estaba demasiado cerca. Su presencia era turbadora y Alyssa podía sentir el peligro.

—Creo que no estoy asimilando esto de la mejor manera.

Merrick la miró intrigado.

—Pues me parece que vas a asimilar peor lo próximo —puso una sonrisa depredadora—. Después de quitarnos la ropa, tengo intención de hacerte mi esposa en todos los sentidos de la palabra, aunque sólo sea por una noche.

Alyssa se quedó estupefacta. Había dicho las temidas palabras…

Una parte de ella se echó a temblar, presa de la incertidumbre, y la otra se llenó de miedo.

—Ni hablar —la segunda emoción ganó la batalla.

—Creo que no es así. Tú me deseas tanto como yo a ti —se acercó demasiado—. Hemos compartido cama durante dos semanas y ha sido una auténtica tortura. ¿Es que vas a negarlo?

—Nos sentimos atraídos el uno por el otro… —comenzó a decir Alyssa, pero la dura expresión del rostro de Merrick la hizo vacilar—. Vale, te deseo. ¿Satisfecho?

Quizá fuera ésa la respuesta a las sensaciones que había experimentado durante la ceremonia. Puro deseo… y no amor.

No había ningún vínculo emocional. Sólo se trataba de lujuria.

—Sólo hay un modo de satisfacer nuestros deseos, y tú lo sabes muy

bien. ¿O es que tienes miedo? —la miró con ojos inquisitivos—. ¿Tengo razón, princesa? ¿Te da miedo dar el paso final? ¿Te da miedo lo que puede ocurrir si lo haces?

Alyssa levantó la barbilla con soberbia.

—¿Dónde quieres hacerlo? ¿Aquí? ¿O tal vez en esa mesa de allí? —dio un golpe sobre la alfombra—. Esto parece suave. A lo mejor lo prefieres en el suelo.

Alyssa no tardó en darse cuenta de que le había provocado demasiado, pero ya era tarde. La expresión de calma en el rostro de Merrick se quebró y su autocontrol se hizo añicos.

La joven se tambaleó al dar un paso atrás, pero él se abalanzó sobre ella y la agarró con fuerza.

—Personalmente, prefiero la comodidad de una cama.

—Merrick, espera.

—Ya he esperado bastante. Esta noche vamos a terminar lo que empezamos.

Sin más, la llevó en brazos hasta el dormitorio. Entonces se detuvo en medio de la penumbra y la soltó por fin.

Desesperada, Alyssa miró a su alrededor. Aunque no pudiera verlo con claridad, sabía que aquel dormitorio era el de un hombre.

Ella, en cambio, hubiera querido luz y romance, una fantasía que suavizara la cruda realidad. Aquel lugar era el reflejo de Merrick: puro vigor masculino, potencia desenfrenada, peligroso y oscuro.

Entonces giró sobre sí misma, decidida a escapar, pero se dio de bruces con su pecho musculoso.

—Shh —le dijo mientras le daba un abrazo—. Tranquila.

—He cambiado de idea. No puedo —miró hacia la cama con ojos temerosos—. Simplemente no puedo.

—A ver si puedo ayudarte con eso —la agarró de la mano izquierda y acarició el anillo con el pulgar.

La sortija emitió un destello en la penumbra.

—Esta noche hemos prometido algo. ¿Lo recuerdas?

—Prometí… —a Alyssa le temblaba la voz—. Prometí amarte y respetarte…

—Y yo también —la voz de Merrick se hizo grave y profunda—. ¿No lo entiendes? Este anillo es el primer capítulo de un libro que has rechazado antes de empezar a leerlo. No dejes de leerlo. Lo que ha pasado hasta ahora no es más que el prólogo. ¿Y entonces qué, princesa? ¿Adónde nos lleva la historia?

Alyssa respiraba con dificultad.

—A ninguna parte.

—Eso no es cierto y tú lo sabes. Puede llevarnos adonde tú quieras. Nosotros escribimos la historia, decidimos el rumbo. Incluso podemos empezar de cero si así lo deseas. Podemos volver a escribir el

principio —le levantó la mano y besó el anillo—. O podríamos ir en otra dirección. Pasar página y empezar de nuevo. Tú eliges.

—¿Y qué pasa contigo? —entrelazó sus dedos con los de Merrick, y se puso de frente a la luz de la luna.

El anillo de Merrick brilló con el resplandor de sus rayos, emitiendo destellos de oro y plata.

—¿Qué pasará contigo cuando todo haya terminado?

Merrick dudó un instante.

—Mis opciones son más limitadas.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo hay un final para mí. Von Folke se ocupará de eso.

Los ojos de Alyssa se nublaron.

—¿Te refieres a la cárcel?

—Seguramente —le acarició la mejilla con el pulgar, borrando las lágrimas que ella no podía reprimir.

En ese momento la luna se escondió tras una nube y los dejó en sombras.

—Mírame, Alyssa.

Ella obedeció y vio la certeza en sus ojos.

—No tengo miedo de hacerte el amor —dijo ella sin reservas—. Tengo miedo de lo que ocurrirá después. Tengo miedo de que cambien nuestros sentimientos.

—Confía en mí.

Esas dos palabras se quedaron en el aire. Las nubes se disiparon y los rayos de luna iluminaron la penumbra, tiñendo de plata la habitación. Merrick se apartó de ella. Su rostro reflejaba la pálida luz de la luna.

Sin decir una palabra, se quitó la camisa. Entonces, sin dejar de mirarla a los ojos, se desabrochó los pantalones. El sonido metálico de la cremallera acentuó el silencio. Alyssa se quedó en blanco. No podía pensar con el corazón desbocado. En poco tiempo se quedó completamente desnudo. Una escultura de plata…

Tenía el físico más impresionante que Alyssa había visto en toda su vida. Sus hombros y brazos eran poderosamente masculinos, capaces de soportar un gran peso. Sin embargo, también hubieran podido sostener a un recién nacido con la mayor delicadeza. Alyssa siguió su silueta con la mirada. Tenía el pecho ligeramente cubierto por un vello fino y castaño que le recorría el abdomen en una delgada línea hasta llegar al bajo vientre. Estaba muy excitado, pero no hacía ningún esfuerzo por satisfacer su deseo.

—¿Por qué haces esto? —susurró Alyssa.

—Para que veas que no hay nada que temer —la miró con ternura —. Lo que quieras, es tuyo.

—Sólo esta noche —Alyssa se ahogó en sus palabras—. Sólo puede

ser por una noche. Lo sabes, ¿verdad?

—Entonces sólo será por esta noche —se adentró en la oscuridad, que la envolvía con su manto—. Pero cuando llegue mañana podrías descubrir que una noche no es suficiente.

—El mañana no nos pertenece. Ya me lo has advertido. Von Folke…

—Nos ocuparemos de él. Y… ¿Quién sabe? A lo mejor sale bien —se detuvo y abrió los brazos con un gesto protector.

Su corazón y su alma pertenecían a Verdonia, y Alyssa hubiera deseado ser como él.

—Ven conmigo. Quédate conmigo. Dame una oportunidad.

Sus palabras, llenas de esperanza, obraron el encantamiento y Alyssa sucumbió a su poder. La joven se arrojó a sus brazos y salió de su refugio de penumbra.

Deslizó las manos por su pecho fuerte, anticipando la danza del placer. Durante unos instantes no hicieron más que tocarse tímidamente. El susurro de un beso… el roce de los labios que se unen, se separan, vuelven a unirse… El hálito del deseo sobre la piel en llamas.

Esa vez era ella la que llevaba demasiada ropa, y tuvo que aguantar la impaciencia. No quería que nada los separara; quería sentirlo piel contra piel. Y sin embargo, no era el momento para tener prisa. Alyssa quería tomarse su tiempo para explorar cada rincón de su cuerpo, y así recordarlo en el futuro.

Merrick encontró los botones del traje y los desabrochó uno a uno. Le levantó los brazos y disfrutó del tacto de la seda caliente sobre su piel antes de sacarle el vestido. Después le quitó la combinación, que se deslizó por las caderas de Alyssa antes de caer al suelo.

Él se puso de rodillas. Ella no llevaba más que un sujetador y unas braguitas.

Entonces él deslizó las manos por sus muslos y la sujetó mientras recorría sus piernas con besos sutiles hasta llegar al triángulo del placer.

Su aliento cálido llegó a lo más profundo de su ser a través de aquel pedacito de seda. Merrick metió los dedos por dentro de la banda elástica y tiró hacia abajo. Las braguitas se deslizaron por las piernas de Alyssa como por arte de magia.

Entonces, él la besó en el lugar más íntimo. Alyssa echó la cabeza hacia atrás y lo agarró del pelo.

—Tranquila, princesa —murmuró Merrick—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Vale. Bien. Es que… —se estremeció—. Tengo que quitarme el resto de la ropa. Tengo que quitármela ya. Y después te necesito dentro de mí. No importa cómo.

Alyssa sintió su sonrisa sobre el vientre.

—Creo que puedo hacer algo al respecto.

De pronto, Alyssa quiso vivir al límite cada instante y aferrarse a él como si fuera la última vez. Quería consumirse en una hoguera de pasión… a toda prisa.

—Date prisa.

Merrick deslizó las manos por sus muslos hasta llegar al centro de su feminidad.

—No, lo digo en serio —insistió Alyssa—. ¡Deprisa!

Pero Merrick no tenía ninguna prisa. Separó sus labios secretos con las puntas de los pulgares y sopló con suavidad… un susurro de sensaciones que la hicieran estremecerse de pies a cabeza.

Alyssa se derritió por dentro y dejó escapar un grito de placer.

Se agarró a él con todas sus fuerzas y dejó que la llevara al paraíso hasta que finalmente le cedieron las rodillas y cayó en los brazos de Merrick.

Él la levantó y recostó sobre la cama.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Él no trató de disimular.

—Te he dado placer —deslizó las manos por detrás de su espalda y le soltó el sujetador—. Y esto me ha dado placer a mí.

—En ese caso, prepárate —le advirtió Alyssa—. Estás a punto de tocar el cielo. Yo voy a ocuparme de eso.

La joven se puso de rodillas y, tras rodearle el cuello con los brazos, empezó a besarlo con frenesí. Entonces volvió a sentir la avalancha del deseo. Era como si ésa fuera la primera vez que se tocaban, la primera vez que se besaban… la primera vez que compartían un momento de intimidad. Alyssa se pegó a él y lo envolvió con su propio cuerpo. Era como adentrarse en un océano de calor.

Merrick gimió.

—Me vas a matar, princesa.

—No quiero matarte, a menos que sea de amor.

Merrick la hizo tumbarse sobre la espalda.

—Creo que puedo vivir con ello.

Alyssa se rió y el sonido de su voz le guió hasta sus labios. Entonces se fundieron en un apasionado beso y él se bebió todo el placer que le ofrecía aquella boca, primero con un sediento desenfreno, y después con ternura y suavidad.

Merrick le dio un rápido beso antes de probar aquel festín de feminidad y sensualidad. Sus hombros… su cuello… sus pezones.

Ignorando las súplicas de Alyssa, besó y jugó con sus pechos turgentes, mientras exploraba el resto de su cuerpo con manos desesperadas, disfrutando de aquel banquete sexual.

La tensión creció en el interior de la joven hasta hacerla desesperar

una vez más. Se avecinaba otra erupción de placer…
Alyssa le tiró del pelo y lo obligó a besarla en los labios. Entonces deslizó las manos entre sus cuerpos y encontró su potente miembro erecto de terciopelo.

Separó las piernas y le mostró el camino, engulléndolo por completo, amándolo con toda su alma.

Él llegó al epicentro de su feminidad con una poderosa embestida. Alyssa lo sintió en su interior, tratando de suavizar el ritmo, y arqueó la espalda.

—No pares —el aire le quemaba los pulmones en un jadeo incesante—. Aunque me mates. Aunque te mates. Simplemente… no pares.

Entonces Merrick empezó a bailar la danza del deseo, al ritmo de los latidos de sus corazones. Todo estalló en llamas a su alrededor, quemándoles la piel y abrasándoles las venas.

Alyssa veía fuegos artificiales en torno a sus cuerpos, fuegos que chisporroteaban y explotaban en su interior.

Un grito incipiente se gestó en su garganta… Estaba a las puertas del más puro éxtasis, más poderoso que todas las sensaciones que había experimentado en toda su vida.

Y entonces ocurrió… Un torrente de placer arrasó todos los rincones de su cuerpo, rompiendo en mil pedazos muros y barreras. Alyssa se hizo añicos, se desintegró en pedazos tan pequeños que nunca podrían volver a recomponerla. Entonces oyó una voz, la voz de su alma gemela.

—Alyssa… —un simple susurro al aire. Y sin embargo, aquella palabra obró un milagro: la hizo volver a casa…

Merrick se despertó en mitad de la noche, sin saber qué lo había sobresaltado, pero sólo le llevó un instante descubrir lo que había pasado. Estaba solo y la cama vacía. Se incorporó de golpe y empezó a buscarla en la penumbra.

La brisa nocturna agito las cortinas del salón y Merrick se levantó de la cama. La puerta del balcón estaba abierta de par en par, así que caminó hasta el umbral y salió al exterior.

Alyssa estaba allí, inclinada sobre el pasamanos. La fina bata que llevaba puesta ondeaba en el viento. Estaba contemplando la ciudad a la luz de la luna. Un baño de plata vestía de gala la tierra de Celestia.

Ella no tardó en advertir su presencia y se deshizo de la bata. Entonces él se acercó por detrás y le rodeó la cintura con los brazos, piel contra piel, suave y cálida.

Alyssa se revolvió en sus brazos y lo agarró de los hombros.

Entonces él la sujetó de las nalgas y, levantándola en el aire, se hundió en su sexo caliente. Se dio la vuelta y la apoyó contra las

puertas del balcón. Y así empezó a moverse muy lentamente, al ritmo de la música que sólo ellos podían oír. Alyssa arqueó la espalda y puso las manos de Merrick sobre sus pechos. Apoyó la cabeza sobre el frío cristal y disfrutó de un momento de placer en silencio. Su piel iridiscente reflejaba los rayos de luna, haciéndola resplandecer como si no fuera de este mundo.

Merrick se consumió en aquella pasión que amenazaba con destruirlo.

Se aferraron el uno al otro y corrieron juntos hacia el borde del precipicio. Ahí se detuvieron un instante, tambaleándose junto al abismo, y finalmente cayeron al vacío interminable.

Alyssa se inclinó y le susurró algo al oído.

—Tenías razón. Una noche no es suficiente.

Y entonces explotó en sus brazos.

Capítulo Ocho

Merrick se despertó al despuntar el alba. Los tímidos rayos del sol envolvían a su esposa en un halo resplandeciente.

Su esposa…

Aquel simple pensamiento lo llenaba de orgullo. Alyssa era suya de todas las maneras posibles. Cuando le había propuesto matrimonio lo había hecho con la idea de formar una alianza, zanjar un acuerdo, pero no podía negar que la deseaba. En aquel momento no había sentido más que puro instinto animal, un deseo irrefrenable de hacerle el amor. Sin embargo, ya no estaba tan seguro de sus motivaciones.

Cerró los ojos y masculló un juramento. ¿Qué podría hacer? Aquella relación no tenía esperanza. Había demasiadas cosas en juego. Para empezar, ella vivía en otro país, y además, él la había secuestrado, poniendo en peligro la vida de su madre.

Él terminaría en la cárcel por ello y ella volvería a Nueva York. Aquélla no era forma de empezar una vida juntos.

La luz de la mañana inundó la habitación. El tiempo pasaba deprisa y por mucho que le doliera, tenía que marcharse. Le había prometido que rescataría a su madre y, pasara lo que pasara, tenía que mantener su palabra.

A pesar de la urgencia, se concedió unos minutos para contemplar a su esposa. Siempre la había encontrado increíblemente hermosa, pero llegar a conocerla le había hecho darse cuenta de que era aún más bella por dentro.

Se inclinó sobre ella y le dio un beso dulce y lento. Alyssa gimió y le devolvió el beso desde el sueño. Entonces abrió los ojos y el azul de su mirada reflejó aquel cálido cielo de verano.

—Buenos días —le dijo somnolienta—. Te has despertado pronto.

—Buenos días, esposa mía —sonrió—. Bienvenida a nuestro primer día de matrimonio.

Incapaz de resistirse, volvió a besarla. La agarró del cuello y la abrazó con todas sus fuerzas. Alyssa lo rodeó con los brazos y el tiempo se detuvo.

Entonces se apartó un poco y lo miró a los ojos. El creyó que ella iba a decir algo, pero en lugar de eso la joven enredó los dedos en su cabello y lo atrajo hacia ella.

Merrick no necesitó más. Se rindió a sus caricias y se entregó en cuerpo y alma. No obstante, tenía obligaciones que no podía posponer.

—Tengo que irme —dijo mientras le apartaba los rizos de la cara.

—¿Irte? —Alyssa despertó de golpe—. ¿Adónde vamos?

—A Avernos.

—¿Avernos?

Merrick no sabía si reír o llorar al ver su rostro perplejo. Seguramente lo habría olvidado y él no hubiera querido recordárselo después de una noche de pasión, pero era hora de volver a la realidad.

—Tu madre, ¿recuerdas?

Ella no parecía entender nada.

—Nuestro trato.

—Nuestro… Oh, ¡Dios mío! —Alyssa se ruborizó de inmediato y lo miró con ojos tristes—. Sólo me has dado un beso y ya me has dejado en blanco.

—Lo he arreglado todo para que te quedes con algunos de mis hombres. Ellos te protegerán mientras esté fuera.

Alyssa tardó un momento en asimilar aquellas palabras. Dejó caer la sábana que la cubría, y entonces volvió a taparse con ella sujetándola bajo los brazos.

—¿Vas a irte sin mí? Ni hablar. Yo voy contigo.

Merrick sacudió la cabeza sin dejarla terminar.

—Es demasiado arriesgado. Será más fácil y rápido si estoy solo.

—Ella no se irá contigo a menos que yo esté presente. Me necesitas para convencerla.

—La convenceré de la misma manera que te convencí a ti.

Tendría que haber elegido una forma más diplomática de decir las cosas. Alyssa echó chispas por los ojos.

—¿Vas a secuestrar a mi madre? ¿Vas a aterrorizarla como hiciste conmigo? Es genial. Un plan brillante, príncipe azul.

Merrick apretó los dientes.

—Puede que no tenga elección.

—No puedes hacer eso. Ella no es como yo. No se enfada en situaciones de riesgo, sino que se muere de miedo.

—Sólo será hasta que la saque de allí. Entonces se lo explicaré todo.

—Por favor, Merrick. No lo hagas. Tú eres uno solo contra todos los secuaces de von Folke, que resulta ser el rey de Avernos. Y se supone que vas a secuestrar a una mujer contra su voluntad, que va a empezar a gritar a la primera de cambio. No creo que vaya a funcionar, a menos que… vayas a rescatarla a punta de pistola —Alyssa lo miró alarmada—. Oh, Dios mío. ¿Es eso lo que vas a hacer? ¿Amenazarla con un arma?

—Claro que no. Si así estás más tranquila, me llevaré a algunos de mis hombres, pero no me puedo arriesgar a llevarte.

—No puedes arriesgarte… ¿Y qué se supone que tengo que hacer cuando te capturen? ¿Pasar el resto de mi vida escondida con tus

hombres?

La mañana avanzaba implacable y un chorro de luz se colaba por la ventana. De pronto un rayo incidió en el anillo de Alyssa, refractándose en un arco iris de color.

Merrick sintió un dulce dolor. Aquel anillo era una declaración de su amor, una promesa de futuro que harían realidad a toda costa.

Alyssa se puso de pie y trató de envolverse en la sábana.

—Lo único que tiene sentido es que me lleves contigo—. Merrick sacó unos vaqueros de una bolsa.

—A lo mejor tiene sentido para ti, pero para mí no.

—Pero estamos casados —se apartó los rizos de la cara—. El príncipe Brandt ya no puede hacer nada. Tú se lo has impedido.

—Tú no lo conoces. Hay muchas cosas que puede hacer… y las hará.

Alyssa se cruzó de brazos.

—Entonces lo hará de igual modo, esté contigo o no.

—No puedo arriesgarme a eso. No puedo arriesgar tu vida.

—Lo mismo te digo, esposo mío —dijo Alyssa con algo de ironía.

«Esposo…». Le había llamado «esposo»… Merrick agarró las puntas de la sábana y se la ató a la espalda.

—Alyssa. Princesa… —sonrió—. Esposa mía, tienes que confiar en mí.

—Y confío. Es sólo que…

—No. Es sólo que nada. Basta de discusiones —puso las manos sobre sus mejillas y le hizo mirarlo a los ojos—. ¿Sí o no? ¿Confías en mí?

—No tienes ni idea de lo que me estás preguntando.

—Sé perfectamente lo que te estoy preguntando. Y no has contestado a mi pregunta —le dio un beso—. Escucha a tu corazón. ¿Qué te dice?

La respuesta que Merrick buscaba transformó la expresión de Alyssa. La vida la había obligado a levantar muros de defensa y a sospechar de todo el mundo. Pero esas barreras ya se tambaleaban y él sabía que estaba a punto de echarlas abajo.

—Merrick…

Entonces sonó el teléfono móvil y él se sintió tentado de dejarlo sonar hasta que ella contestara a su pregunta, pero sabía que debía de tratarse de una emergencia. Cruzó la habitación y respondió.

—Montgomery.

—Lo han encontrado —lo informó uno de sus hombres—. Tolken está de camino al piso franco. Por favor, Su Alteza, tiene que marcharse inmediatamente.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Alyssa, alarmada.

—Tolken. Viene de camino —Merrick agarró la bolsa de ropa y

vertió el contenido sobre la cama—. Vístete. Rápido.

Ella no perdió tiempo hablando. Se quitó la sábana y se puso la ropa rápidamente. En menos de un minuto estaba lista para irse. Merrick se tomó la molestia de doblar el traje de novia y meterlo en la bolsa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella—. Tenemos que darnos prisa.

—No vamos a dejar tu traje de novia.

—¿Te da pena?

Merrick la miró fugazmente.

—No te pongas sentimental conmigo. No quiero dejar pistas. No tiene sentido darles ventaja.

Alyssa lo miró estupefacta.

—Vale. A lo mejor me da un poco de pena —prosiguió Merrick al verle la cara—. Agarra el velo y ve al coche. Tengo que limpiar el estudio.

En menos de cinco minutos huían de Glynith a toda velocidad. Merrick se dirigió al norte, en dirección a Avernos, con la esperanza de engañar a Tolken, quien sin duda esperaba que se dirigieran a Verdón.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alyssa.

—Veré a uno de mis hombres para recoger el equipo necesario. Él te llevará a otro piso franco. Con un poco de suerte, tu madre y yo te veremos allí en menos de veinticuatro horas.

—Déjame ir contigo —dijo Alyssa en tono de súplica—. Puedo ayudar.

—No, no puedes.

Merrick la miró un instante y vio lágrimas en sus ojos.

—Ahora estamos casados, Merrick. Si nos presentamos ante Brandt, quizá nos entregue a mi madre sin más problemas.

—No tengo intención de acercarme a von Folke, y mucho menos de enfrentarme a él por nuestro matrimonio. Si pudiera hacer mi voluntad, no nos acercaríamos a menos de doscientos kilómetros de él —la miró con ojos preocupados—. Si pudiera, te dejaría a mil kilómetros de distancia.

Alyssa esbozó una triste sonrisa y guardó silencio.

Dos horas más tarde llegaron al punto de encuentro. Por desgracia, el hombre de Merrick no estaba allí ni tampoco contestaba al teléfono. Esperaron durante tres horas pero nadie apareció por allí. Finalmente Merrick arrancó el coche.

—Cambio de planes, princesa.

—¿Voy contigo?

—Vienes conmigo.

—¿Y qué pasa con el equipo que necesitas?

—Conozco un lugar donde puedo conseguirlo, pero eso me preocupa.

Cruzaron la frontera entre Celestia y Avernos a primera hora de la mañana. Merrick aparcó cerca del lugar donde unas semanas antes la había secuestrado. En cuanto dejó el coche en un lugar seguro, sacó las cosas del maletero. Entonces la ayudó a ponerse unas gafas de visión nocturna y le dio instrucciones. Después, emprendieron el camino hacia la capilla a través del bosque.

Cuando estaban a punto de salir de la espesura, Merrick la agarró del brazo y la hizo detenerse.

—No creo que haya nadie por aquí a esta hora, pero no quiero arriesgarme, así que nada de charla cuando salgamos del bosque. Vamos a entrar con sigilo y mucho cuidado. Yo voy delante y tú me sigues. ¿Entendido?

Alyssa asintió.

—Hay un pasaje subterráneo cerca de la capilla que conduce al patio interior. ¿Lo conoces?

—Sí. Está rodeado por las habitaciones del palacio. Tienen a mi madre en uno de los dormitorios que dan al patio.

—¿Sabes cuál es?

Alyssa frunció el ceño.

—Podría averiguarlo cuando entremos, suponiendo que no la hayan movido. Nos tuvieron separadas casi todo el tiempo. Sólo pude verla una vez. Teniendo en cuenta lo enfadada que estaba… —guardó silencio y se mordió el labio.

Merrick la rodeó con el brazo y le dio un alentador abrazo.

—No te preocupes. La encontraremos.

Por supuesto que lo harían, y después tendrían que huir una vez más; correr hacia el coche y salir a toda pastilla rumbo a la frontera.

—De acuerdo. Vamos. Cuando lleguemos al patio del palacio, necesito que me digas cuál es la habitación.

Al principio todo fue como la seda. La capilla estaba desierta y encontraron la puerta de acceso al subterráneo sin problemas. Estaba cerrada, pero no tenía ningún sistema de alarma ni detectores de movimiento, y el cerrojo no resultó ser un obstáculo. No obstante, la segunda fase de la operación sería mucho más difícil.

Entraron por el costado del palacio. Merrick le hizo señas a Alyssa para que se detuviera mientras comprobaba la salida. No había rastro de sistemas de alarmas y eso le preocupaba más de lo que se atrevía a confesar. Su instinto le decía que el acceso había sido demasiado fácil, que aquello era una trampa. Más que nada, deseaba darse la vuelta y sacar a Alyssa de allí, pero sabía que la única forma de hacerla marcharse sin su madre sería por la fuerza.

La estructura del patio ofrecía infinidad de recovecos en los que

esconderse. Había gran cantidad de árboles y arbustos. Merrick inspeccionó el terreno y se familiarizó con el lugar.

Había dos puertas que daban acceso al edificio y ahí fue donde encontró el primer sistema de alarma. Lo examinó con cuidado y empezó a sospechar lo peor.

No era propio de Tolken usar algo que se pudiera desconectar con unas pinzas y un dispositivo de control remoto. Ambos habían recibido un entrenamiento superior.

Merrick regresó al pasaje.

—¿Qué pasa? —susurró Alyssa.

—Es una trampa.

—¿Dónde? ¿Por qué?

—El sistema de alarma es de hace mil años. Podría desactivarlo en un instante.

—Pero eso es bueno.

Merrick suspiró.

—Saben que venimos y nos están esperando. Deberíamos irnos.

—No sin mi madre. Me lo prometiste. Me diste tu palabra.

—Lo hice, y la mantengo, pero no quiero ponerte en peligro.

—¿Quieres que vuelva al coche?

—Y que te marches si no regreso en menos de treinta minutos.

Alyssa se negó.

—Buen intento, pero me quedo.

—Alyssa…

—Estamos perdiendo tiempo, Merrick. Entremos ahí, busquemos a mi madre y salgamos pitando antes de que nos pillen.

Merrick podía sentir su ansiedad. Alyssa estaba al límite. Si aún tenían alguna oportunidad, tenían que ponerse en marcha. La tomó de la mano y besó su anillo de casada. La sortija lanzó un destello en la penumbra, un alegre arco iris de luz que le llevó el recuerdo de la noche de bodas. Aquello lo hizo decidirse.

—Vale, princesa. Escucha. Cuando entremos en el patio, voy a darte un momento para pensar. Hay dos puertas. La que está a la izquierda y la que está justo delante. A ver si puedes recordar cuál es la más cercana a la habitación de tu madre. ¿Lista?

Alyssa asintió y juntos abandonaron el pasaje subterráneo, adentrándose en las sombras de un enorme ciruelo situado al lado de un estanque. Alyssa miró a su alrededor y señaló la puerta izquierda. Merrick desactivó la alarma en un segundo y entró sin bajar la guardia. El pasillo estaba desierto y eso no era una buena señal.

Merrick empezó a inquietarse y tuvo un presentimiento. Aquello no iba a terminar bien. Lo peor era poner en peligro a Alyssa, y por eso había dejado el arma en el coche. Si ocurría algo, se rendiría inmediatamente y trataría de negociar una solución razonable si la

situación empeoraba.

Alyssa le tiró del brazo y señaló una habitación al fondo del corredor. Entonces Merrick se dirigió hacia allí seguido de la joven. Con sumo cuidado, trató de girar el picaporte, pero no cedía y perdió un tiempo precioso forzando el cerrojo. El pestillo saltó y la puerta de abrió de par en par. La habitación estaba a oscuras, pero gracias a las gafas de visión nocturna pudo ver a una mujer, de pie en mitad del dormitorio.

Antes de que pudiera detenerla, Alyssa corrió hacia ella.

—¡Mamá!

Merrick masculló un juramento al tiempo que encendían las luces. Cegado, se quitó las gafas de visión nocturna, pero no sirvió de nada. Se había quedado sin visión y todo lo que podía hacer era prepararse para lo inevitable. Lo redujeron con violencia.

Esa vez no estaban dispuestos a tentar a la suerte. Había una docena de hombres y sus movimientos revelaban que estaban muy bien coordinados. La emboscada había sido preparada y llevada a cabo minuciosamente.

Merrick no se resistió. No tenía sentido hacerlo. Finalmente lo hicieron ponerse en pie y le ataron las manos a la espalda.

Tolken estaba junto a las dos mujeres.

—Ésta es la segunda estupidez que comete, Su Alteza —dijo con sarcasmo.

—¿Y la primera?

—Secuestrar a la princesa Alyssa, por supuesto.

Merrick supo que echaría de menos la amistad de Tolk al oír sus palabras.

—No estoy de acuerdo en eso —trató de sonreír, pero se encogió de dolor al sentir el escozor de un labio roto—. Eso ha sido lo más inteligente que he hecho.

—Cambiarás de idea cuando el príncipe Brandt termine contigo.

Merrick se puso serio.

—O quizá lo haga él cuando termine con él.

Tolken los llevó a una lujosa oficina. Von Folke estaba sentado tras el escritorio, tomándose una copa. Se puso de pie cuando entraron en la habitación y los miró fijamente uno por uno.

Finalmente fijó su atención en Alyssa.

—¿Te encuentras bien, querida? ¿Te ha hecho daño Montgomery?

Tanta efusividad y preocupación la pilló por sorpresa. ¿Qué estaba pasando?

—Estoy bien, gracias —respondió ella con cautela.

Entonces von Folke se volvió hacia Merrick y toda la ternura que albergaba en su rostro se desvaneció. Una furia incontrolable encendió su oscura mirada.

—Te has llevado a mi esposa, maldito hijo de perra.

Alyssa se estremeció. Sólo una vez había oído un tono de voz similar y, curiosamente, lo había usado Merrick.

Aquella mañana en que Tolken había irrumpido en la habitación a punta de pistola, él le había hablado de esa manera al hombre que había intentado golpearla.

—Me llevé a tu prometida —dijo Merrick—. Hay una diferencia.

Brandt se abalanzó sobre Merrick, lo agarró del cuello y lo empujó contra la pared.

—No es sólo mi prometida, maldito bastardo. Es mi esposa. ¿Te atreves a negarlo?

—¿Tu esposa? Bueno, pues sí. Lo niego.

Alyssa sintió un gran alivio al ver que Merrick no se resistía.

—¿De qué estás hablando? Irrumpiste en mi casa en mitad de la noche y te la llevaste a la fuerza. Estaba contigo cuando mis hombres la encontraron. En tu cama —a Brandt von Folke lo consumía la ira —. Puedes haberte aprovechado de ella, pero eso no cambia el hecho de que es mi esposa. Le pusiste las manos encima a mi mujer, y voy a hacerte arder en el infierno por ello.

—Sí. La secuestré, pero, no en mitad de la noche —Merrick habló alto y claro. Sus palabras contenían una pizca de arrogancia—. Y, para que lo sepas… no es tu esposa.

Brandt cerró el puño y Alyssa tuvo la certeza de que iba a estrellarlo contra el rostro de Merrick, pero afortunadamente mantuvo la compostura y soltó a Merrick.

Entonces dio un paso atrás, respirando entrecortadamente. Sus esfuerzos por recuperar el control eran un espectáculo digno de ver. Poco a poco se calmó y contuvo la furia que se había apoderado de él.

—No sabía que fueras capaz de mentir así, Merrick —dijo unos minutos después—. Por la amistad que nos unía y también por respeto a la lealtad que has demostrado hacia tu país, te daré una oportunidad para justificar tus acciones. Después, te prometo que la vida se volverá dolorosa para ti.

—En primer lugar, no te casaste con Alyssa Sutherland. No puedo decirlo más claro. En cuanto a justificar mis acciones, sabes muy bien por qué me la llevé. Las gentes de Verdonia se merecen unas elecciones justas que no estén amañadas por ti. Mi deber era detenerte y lo hice. Fin de la historia.

—No tengo intención de hablar de política contigo. Eso puede esperar. En este momento lo único que importa es el daño que le has hecho a mi esposa y las mentiras que has dicho sobre ella —Brandt se paró al lado de la joven—. Me casé con esta mujer hace dos semanas y un día. El obispo Varney ofició la ceremonia. Después ella se retiró

a sus aposentos y allí permaneció… acompañada en todo momento.

—¿Quieres decir bajo custodia?

Esa indirecta oscureció la mirada de von Folke.

—Estuve con ella esa noche. Sé con quién me casé —tomó la mano de Alyssa—. Incluso lleva mi anillo.

Ella levantó la mano para que todo el mundo viera el anillo. La sortija de amatistas y diamantes brillaba en la penumbra.

—Estás equivocado, príncipe Brandt.

Von Folke le agarró los dedos con violencia.

—¿Qué has hecho con el anillo que te di?

—Nunca me lo diste.

—¡Explícate!

—Merrick tiene razón. Nunca llegué a esa ceremonia. Él me secuestró… es decir, yo escapé con él antes de la boda.

—Eso no es posible. Tú estabas allí, en la ceremonia. Hicimos nuestros votos matrimoniales.

Ella lo negó con un gesto.

—No estaba allí. Nunca me casé contigo.

—Los pendientes. El dispositivo de rastreo —sus palabras zozobraban como un barco a la deriva—. Así te encontramos después del secuestro.

—Tú me diste los pendientes antes de la boda. Haz memoria. ¿Los volví a llevar después de aquel día? ¿O durante la ceremonia? ¿O después? ¿Cuándo estuvimos juntos la noche de bodas?

Von Folke sacudió la cabeza, negándolo.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo?

—No tengo forma de probar lo que he dicho, si es eso lo que quieres decir. Pero te aseguro que no estoy mintiendo. Sólo me he casado con un hombre en toda mi vida y no eres tú.

—¿Quién? —Von Folke la miró con ojos iracundos—. ¿Montgomery? ¿Te casaste con él?

Merrick aprovechó la oportunidad para deshacerse de los guardias que lo sujetaban.

—Sí. Se casó conmigo. ¡Y ahora quítale las manos de encima a mi esposa!

Brandt se quedó de piedra.

—Todo el mundo fuera —le hizo señas a los guardias—. Acompañen a la señora Barstow a sus aposentos. La princesa Alyssa se queda.

—¡No! —gritó Ángela—. Quiero estar con mi hija.

Brandt le puso la mano en el hombro.

—Sólo será un momento.

Alyssa no salió de su sorpresa al comprobar que las maneras del príncipe von Folke se habían suavizado en su ausencia.

—Por favor, no se preocupe —le dijo—. Esto acabará pronto y entonces podrá volver a casa.

—¿Me da su palabra?

Él inclinó la cabeza.

—La tiene.

Entonces miró a Tolken.

—Tú y el príncipe Merrick también os quedáis.

Esperaron a que saliera todo el mundo y de pronto se hizo el silencio.

—Sujétalo —le dijo a Tolken.

En cuanto éste último agarró a Merrick, Brandt se volvió hacia Alyssa.

—Te pido disculpas por adelantado, princesa, pero tengo que comprobarlo.

Merrick y Alyssa se miraron alarmados.

—¿Cómo?

Brandt le señaló los vaqueros.

—Quítatelos —dijo von Folke.

Alyssa se quedó perpleja y el grito de Merrick le puso los pelos de punta. Él empezó a luchar con Tolken, revolviéndose como un salvaje. Aquello dejó aterrada a la joven y Tolken tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para reducirlo. Si no hubiera sido por las esposas, no lo habría conseguido.

—¡Basta! —gritó Alyssa—. Merrick, para de una vez. No merece la pena.

Él la miró enloquecido. Sus pupilas de oro ardían en llamas, y dolía mirarlo a los ojos.

—Von Folke, juro por Dios que si la tocas, te mataré.

—No va a tocarme, porque no lo dejaré.

Alyssa se desabrochó el botón de los pantalones y bajó la cremallera. Entonces fulminó a Brandt con la mirada.

—Bueno, ya está. Ahora, ¿qué quieres?

Él se paró delante de ella, impidiendo que los otros la vieran.

—Enséñame la cadera izquierda. La mujer con la que me casé tenía un tatuaje ahí.

Alyssa obedeció, bajando un poco la cintura de los vaqueros.

—¿Satisfecho? —le preguntó.

—La otra cadera, por favor —en cuanto Alyssa hizo lo que le pedía, Brandt retrocedió con gesto pensativo.

—Hay tatuajes temporales. ¿No?

—Sí —reconoció Alyssa mientras se abrochaba los vaqueros.

—Entonces no hay forma de saber si el tuyo era temporal, a menos que… —se volvió hacia ella decidido—. Tengo que disculparme una vez más, Alyssa. Si hubiera otra manera, la elegiría.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

Una leve sonrisa suavizó las aristas de sus rasgos masculinos.

—Voy a hacer que tu esposo, suponiendo que lo sea, monte en cólera.

Ella levantó la barbilla.

—Sospecho que a mí también.

Él inclinó la cabeza.

—Y a ti también.

Sin darle tiempo a retroceder, se inclinó hacia ella, le puso las manos sobre las mejillas y, haciendo oídos sordos a los insultos y juramentos de Merrick, le dio un beso. Von Folke se tomó su tiempo. Siguió la línea de los labios de Alyssa con los suyos propios, primero con una caricia, y después con un atisbo de pasión. Ella se quedó quieta y soportó el mal trago, sin dejar de rezar porque Tolken fuera más fuerte que Merrick.

Después de aquel beso interminable, Brandt se puso erguido, dio un paso atrás, y le hizo frente a Merrick.

—Parece que tu esposa dice la verdad. No es la mujer con la que me casé —se volvió hacia Tolken—. Tus hombres me deben una explicación.

—Sí, Su Alteza. Averiguaré qué ha pasado tan pronto como terminemos aquí.

—Cuéntamelo, Montgomery —ordenó Brandt—. Cuándo, dónde y cómo.

—Muy bien —Merrick logró zafarse de Tolken—. El veinte de mayo, a la una y media. Me adentré en el bosque que rodea a la capilla. Tu prometida y uno de los guardaespaldas fueron hacia el jardín. Yo lo reduje y… —una sonrisa fiera tiraba de la cicatriz que le cortaba el labio. La rabia casi había desaparecido de su rostro, pero aún se podía oír un vestigio de furia en su voz—. Y liberé a tu futura esposa.

—Yo cooperé en todo momento —dijo Alyssa.

Brandt levantó la mano.

—Buen intento. Pero considerando que tu madre era mi invitada… no creo que hubieras accedido a marcharte sin ella.

—Merrick insistió en que no le harías daño.

—¿En serio? —dijo con sarcasmo—. ¿Y tú lo creíste?

—Sí.

—Increíble —con un gesto lo hizo proseguir—. Continúa, Merrick. Olvidaste hablarme de los hombres que te acompañaban.

—Lo hice por mi cuenta.

—Mentira. Pero es comprensible dadas las circunstancias —se dirigió a Tolken, sin molestarse en ocultar el disgusto—. Está claro que uno de tus hombres olvidó informar de esto. Averiguarás quién

fue y te ocuparás de ello.

—Usé un dardo tranquilizante —dijo Merrick—. El sujeto se queda inconsciente durante un corto período de tiempo. Creería que se había desmayado, o que había perdido el conocimiento durante un instante, y como tu prometida seguía estando presente cuando recuperó la consciencia, le dio vergüenza informar de ello. Yo me llevé a Alyssa a la casa donde nos encontrasteis la mañana siguiente.

—Y en ese momento… ¿Cómo lo dijiste? Ah, sí. Liberaste mi helicóptero y huiste a Celestia.

Merrick inclinó la cabeza.

—Te agradecí mucho el préstamo —dijo Merrick con ironía.

Alyssa contuvo el aliento.

—Por favor, ¿es que tienes que provocarlo todo el tiempo? —dijo ella.

—¿Cuándo os casasteis? —preguntó Brandt.

—Hace dos días.

—Supongo que podéis demostrar que es legal.

—Yo puedo.

—En ese caso, sólo me queda una pregunta.

Merrick esbozó una sonrisa burlona.

—Siempre es un placer ayudar.

—Por curiosidad… —Brandt se le acercó y la expresión de sus ojos hizo temblar a Alyssa—. ¿Con quién me casé?

Capítulo Nueve

Merrick se encogió de hombros.

—Una mujer que recogí por ahí. Ni siquiera me acuerdo de su nombre.

—Inténtalo.

Él fingió hacer memoria.

—Lo siento. No me viene a la mente.

Merrick se preparó para recibir un golpe.

—No estés tan seguro.

Brandt se paró delante de él.

—Yo me casé con esa mujer a la que recogiste creyendo que era Alyssa. La metí en mi cama y le hice el amor —levantó una ceja—. Ahora sí que reaccionas. Interesante. Así que sí la conoces. Y por alguna razón no te importa que hayamos intimado. Creería que es una antigua amante tuya, de no ser por un pequeño detalle.

—¿Qué? —dijo Merrick entre dientes.

—Mi prometida misteriosa era virgen.

La furia de Merrick volvió a estallar.

—¿Cómo te atreviste a ponerle las manos encima? No tenías ningún derecho.

—Tenía todo el derecho del mundo. Ella es mi esposa —se acercó un poco y le habló con una voz intensa y grave—. ¿Crees que la obligué? Si es así, piénsalo un poco. Ahora dime quién es y por qué la proteges.

Merrick recuperó el control.

—Es mi trabajo. Yo la metí en esta situación. Es mi responsabilidad garantizar su seguridad.

—Entonces no deberías haberla puesto en peligro —Brandt retrocedió e hizo señas a Tolken—. Llévate al príncipe Merrick y a su esposa a la Suite Amatista. Y… Tolken… Asegúrate de que esta vez no haya salida. No quiero más sorpresas.

Merrick se detuvo junto a la puerta, decidido a decir la última palabra.

—Ella te dejó, Brandt —dijo por encima del hombro—. Tu esposa podría haberse quedado, pero no lo hizo. Deberías pensar en ello.

—Y tú deberías pensar en cómo despedirte de tu esposa. Porque me voy a asegurar de que ésta sea la última noche que pases con ella en mucho, mucho tiempo.

Alyssa y Merrick fueron escoltados a su habitación. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Alyssa se arrojó a los brazos de su esposo.

—Todo es culpa mía.

—No —dijo él—. Es culpa de von Folke.

—Tú me advertiste que era una trampa. Tendría que haberte escuchado.

—Vale. Es verdad.

Alyssa sacudió la cabeza.

—Increíble. Aquí estamos. Atrapados en una habitación. Y tú podrías acabar en la cárcel. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Y qué quieres que haga?

—Abrázame.

Merrick la recibió en sus brazos.

—Tenías razón en una cosa —prosiguió ella.

—Tengo razón en casi todo —le dijo bromeando—. ¿A qué te referías en particular?

—¿Viste cómo trató a mi madre? Fue tan… amable con ella. Tan delicado. Ella suele hacer ese efecto en la gente, pero yo no creo que Brandt le hubiera hecho daño. Tú me dijiste que no lo haría, pero no te creí.

—No podías arriesgarte. Y lo entiendo.

—Lo siento tanto, Merrick —le rodeó el cuello con los brazos—. No puedo soportar la idea de que termines en la cárcel por mi culpa. ¿Qué vamos a hacer?

—Darle tiempo a von Folke para que asimile lo que ha pasado —Merrick suspiró—. Y así yo también tendré tiempo de asimilarlo.

—Eso no será fácil —Alyssa vaciló—. ¿Y qué pasa con Miri? —dijo en un murmullo.

—No vamos a mencionarla. ¿Me estás escuchando, Alyssa? Ni una palabra a von Folke.

Ella frunció el ceño.

—¿No vas a decirle con quién se casó?

—Ni hablar. No quiero que se acerque a mi hermana tanto como no quiero que se acerque a ti.

Alyssa dudó un instante, y Merrick supo que estaba reconduciendo el asunto.

—Ella estuvo con él, Merrick. Si el príncipe Brandt dice la verdad, ella eligió acostarse con él. ¿Le dijiste que lo hiciera?

Merrick se echó hacia atrás como si lo hubieran golpeado.

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes insinuar algo así?

—Yo no he dicho que lo hicieras. Pero el caso es que pasó. Ella no se hubiera acostado con él, para darnos más ventaja, ¿verdad?

—No.

Alyssa puso las manos sobre los hombros de Merrick y masajeó sus músculos tensos.

—¿Significa eso que esperas que no porque de lo contrario no podrías soportar la culpa? ¿O es que no la crees capaz de hacer algo así? Odio tener que preguntarlo, pero… ¿Tiene Miri un sentido del

deber tan fuerte como el tuyo? ¿Se habría acostado con el príncipe Brandt por su país?

Merrick masculló un juramento.

—Sí. Ella tiene un profundo sentido del deber, pero no. No creo que hiciera una cosa tan estúpida para darnos más tiempo para escapar, o mucho peor, por obligación.

Merrick no se atrevió a considerar la posibilidad de que hubiera otra razón. Sin embargo, recordaba bien la conversación que había mantenido con Alyssa la noche del secuestro. Ella había insistido en que los motivos de Miri parecían personales.

—Y… ¿ahora qué? —dijo Alyssa.

—Ahora vamos a hacer lo que dice von Folke. Vamos a aprovechar el tiempo que nos queda.

—No digas eso. No vas a ir a la cárcel. No si tengo algo que decir al respecto. Negaré que me secuestraste. No pueden probar que no me fui contigo voluntariamente.

—Esto no es Estados Unidos. A pesar de que eres la princesa Alyssa, duquesa de Celestia, von Folke gobierna esta parte de Verdonia. Su palabra es la ley. Puede meterme en la cárcel si lo desea y no hay mucho que uno pueda hacer al respecto. Yo creo que dejará que me pudra en la cárcel durante un tiempo antes de desterrarme para siempre.

—Pero sólo de Avernos, ¿verdad? Seguro que no puede desterrarte del país entero.

—Puede hacerlo y lo hará si accede al trono.

—¡No! Yo no dejaré que eso pase.

Merrick la miró con tristeza.

—No podrás impedirlo —le dio un beso en la frente—. Como no sabemos qué traerá el mañana, no tiene sentido preocuparse ahora. Todavía tenemos esta noche. No desperdiciemos las horas que nos quedan.

Los ojos de Alyssa se llenaron de lágrimas.

—¿Y qué pasa si quiero algo más que una noche?

—Sabíamos que nuestra relación no podría ser permanente. Ése fue nuestro acuerdo. ¿Recuerdas? ¿O es que ha cambiado?

—¿Y… si es así? —Alyssa levantó la barbilla y lo desafió con la mirada—. ¿Y qué pasa si quiero algo más que algo pasajero?

—¿Cuánto más?

Alyssa respiró hondo.

—¿Qué pasa si te digo que quiero que nuestro matrimonio sea real? ¿Qué me dirías?

Merrick se puso una dura coraza al ver la expresión de sus ojos.

—Diría que eso no es suficiente. Yo quiero más de mi esposa, que es la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alyssa.

—Entonces… ¿Qué pasaría si te dijera que te amo? ¿Qué pasaría si te dijera que te amo más de lo que se puede llegar a amar?

Merrick cerró los ojos.

—¿Es una pregunta, o me lo estás diciendo?

—Te quiero, Merrick —dijo sin dudarlo ni un instante.

—Eso es todo lo que necesito oír —puso sus manos sobre las mejillas de Alyssa—. Yo también te quiero, princesa. Tú lo eres todo para mí y quiero pasar el resto de mis días contigo.

Merrick se inclinó sobre ella y le dio un tórrido beso que quitaba el sentido. Alyssa le quitó la camiseta de un tirón y tocó su piel ardiente.

Su desesperación cayó sobre él como una ola de calor. Ella lo necesitaba con todo su ser y había perdido el control. Quería perderse en él.

Merrick le quitó la camiseta y la tiró a un lado. Alyssa estaba preciosa desnuda. Sus pechos inmaculados culminaban en unas apetecibles frambuesas dulces. Merrick le mordisqueó un pezón y ella se quedó inmóvil en sus brazos. Ahogó un grito y se estremeció desenfrenada. Entonces él deslizó las manos sobre su piel hasta topar con el botón de sus vaqueros.

—Nunca he deseado a un hombre como te deseo a ti —Alyssa deslizó una mano por su pecho hasta llegar a la abultada bragueta—. No puedo evitarlo. No tengo bastante y quiero más.

Merrick buscó su sexo ardiente.

—No hay problema. A ti te daré todo lo que desees —le dijo.

—No —inquieta, Alyssa movía la cabeza hacia delante y hacia atrás —. No sólo se trata de sexo. Eso no sería suficiente para mí.

—¿De verdad? Yo pensaba que estaba muy bien.

Ella lo miró fijamente.

—El sexo… lo puede hacer cualquiera en cualquier lugar. Eso es fácil. Yo nunca he aceptado las cosas fáciles. Siempre he querido más.

Merrick se quedó quieto, mientras asimilaba lo que quería decir.

—Pero has tenido miedo de querer más, ¿verdad, princesa?

Ella hizo un esfuerzo por abrir su corazón.

—Me he pasado toda la vida corriendo. Mi madre me enseñó esa lección muy bien —Alyssa hizo una larga pausa y cuando por fin le salieron las palabras, estaban llenas de dolor—. Tengo miedo de parar.

—Entonces haz una pausa. Descansa durante una noche —le dio un beso—. Disfruta del momento. Siempre puedes volver a correr mañana.

—No lo entiendes porque siempre lo has tenido todo. Un hogar. Raíces. Seguridad —se apoyó en su pecho y cerró los ojos—. Yo no

pertenezco a ninguna parte. Nunca he pertenecido.

—¿Es eso, o es que has huido de lo que más deseabas porque tenías miedo de arriesgarte? Dime si tengo razón.

Las lágrimas cayeron de sus párpados cerrados.

—Tengo miedo —susurró—. Quiero pertenecer, pero no puedo arriesgarme, así que me digo a mí misma que no puede ser, que no lo deseo.

Merrick sabía que la respuesta era muy simple.

—Pero ya es tuyo, mi amor. Sí que perteneces a un lugar. Tu lugar está a mi lado por y para siempre.

Merrick enredó los dedos en su cabello y la besó en los labios. Aquellos labios hermosos y tristes… Con sus besos borró las líneas de dolor que surcaban su piel, y le acaricio la nuca, aliviando la tensión allí acumulada. Finalmente probó las frambuesas que coronaban sus pechos y recorrió sus brazos con las manos hasta llegar a sus hombros. Entonces vio cómo se le endurecían los pezones y se estremecía de deseo.

El tacto de Merrick desencadenaba una reacción inmediata. Suspirando, Alyssa se abrió a él y se entregó sin vacilar. Merrick tomó lo que le ofrecía. Se inclinó una vez más y puso sus labios sobre los de ella en un beso sutil.

Al momento esa suavidad se hizo más apasionada y sedienta. Entonces el deseo escapó al autocontrol y, sin dejar de besarla, Merrick la levantó en el aire. Alyssa le rodeó la cintura con las piernas. El cálido tacto de su ropa era extraordinariamente turbador, y sus movimientos la llevaron a la locura. Alyssa empezó a mecerse contra él a un ritmo frenético que la hizo disfrutar de un momento del más puro éxtasis.

—Por favor —lo agarró con fuerza—. Voy a perderlo.

Merrick deslizó las puntas de los dedos por sus pezones excitados.

—Espero que esta suite tenga un dormitorio.

Alyssa tragó con dificultad, tratando de mantener el control. Estaba tan cerca del precipicio que cualquier movimiento le haría perder la razón.

—Encuéntrala. Deprisa. O será demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde. Lo haremos aquí y ahora.

Merrick estrelló sus labios contra los de ella y la hizo tumbarse en el suelo. Entonces empezó a forcejear con la bragueta de sus pantalones mientras ella hacía lo mismo con los suyos.

Se deshicieron de la ropa a toda prisa y quedaron desnudos en cuerpo y alma. Más allá del estruendo dentro de sus oídos, Merrick la oyó gemir suplicante.

Entonces respiró hondo y se llenó de su aroma dulce y cálido, alcanzando así la cima del deseo. Ella estaba lista, húmeda y caliente,

así que se abrió camino dentro de su sexo en una embestida feroz. Alyssa se deslizó hacia atrás con el ímpetu motriz de su fuerza masculina, y entonces volvió a gritar de placer al tiempo que él volvía a empujar, llevando consigo el poder y el placer.

Pero nunca había sido así. Nunca.

—¡Más, más, más! —Alyssa le arrancó aquellas palabras.

Se trataba de un rezo desesperado, de una melodía que recorría sus cuerpos antes de perderse en el silencio.

Alyssa soltó el aliento y lo miró fijamente.

—Ha sido… Ha sido… —se estremeció entre sus brazos—. No tengo ni idea de lo que fue, pero más te vale volver a repetirlo.

—Sí. A lo mejor. Si viviera para ello.

Por fin encontraron la cama y se tumbaron exhaustos. Alyssa se aferró a Merrick y él captó el mensaje silencioso. Estaba aterrorizada. A cada minuto esperaba que Tolken irrumpiera en la habitación y se lo llevara a la fuerza.

Él sólo podía consolarla con sus caricias. La luz rebotó sobre su anillo de casado y Alyssa vio el destello.

—Tú eres mi esposo —dijo con decisión.

—Por el tiempo que quieras.

Ella exploró su rostro con las puntas de los dedos antes de acariciarle el cabello.

—Vendrán por ti muy pronto.

—Todavía tenemos algo de tiempo.

—No creo que pueda soportarlo cuando te lleven de mi lado. Quiero que sigas a mi lado. Más que nada, te necesito.

—Yo puedo darte lo que necesitas. No hay duda —dijo él para tranquilizarla.

Alyssa sonrió y se echó a llorar.

—Tú no sabes lo que yo necesito o quiero. Crees que sí, pero no.

Merrick rodó sobre sí mismo y la miró de frente.

—Entonces dímelo. Quiero saberlo.

—Si fueras listo, me dejarías ir. No soy de las que se quedan.

—No puedo y no lo haré. Dices que me quieres, que quieres estar conmigo. Tienes un hogar en Celestia. Tu gente te adora y necesitan que te quedes, así que… quédate.

Alyssa se puso tensa y lo miró con ojos serios.

—¿Es así como negocias? ¿Usando todas tus armas para conseguir lo que quieres?

—Sí —sonrió—. Pero si te hace sentir mejor, sólo uso mis armas sexuales contigo.

Alyssa resopló y se tumbó boca arriba.

—Claro. Después de todo, ha funcionado como un hechizo hasta ahora, ¿verdad? Se frotó la cara con ambas manos como si despertara

de un sueño—. ¿Qué estoy pensando? Yo no soy de las que se quedan. No puedo ni creerme que esté considerando la posibilidad.

Merrick le dio una última caricia que la hizo temblar.

—¿Qué es lo que ella te hizo, Alyssa?

—No es culpa de mi madre. No todo es culpa de ella. Yo podría haber elegido otro camino en lugar de seguir sus pasos.

—Explícamelo.

—No has visto sus manos, ¿verdad? —Alyssa negó con la cabeza antes de que Merrick pudiera contestar—. No, no hubieras podido. No has tenido ni una oportunidad.

Merrick frunció el ceño y trató de recordar a Ángela. La había observado durante un instante, quedándose con los rasgos más destacados.

Era esbelta y rubia como su hija, pero parecía más frágil y pálida. Sus ojos eran tan azules como los de Alyssa, pero sus rasgos no eran tan suaves.

—No. No me di cuenta. ¿Qué pasa con sus manos?

—Se las rompieron cuando era una niña. Deliberadamente. Dedo a dedo.

—Oh, Dios mío.

—Digamos que sufrió todos los abusos que te puedas imaginar.

Merrick sintió una profunda rabia, seguida de impotencia ante la crueldad de algunos seres humanos.

—¿Le quitaron la custodia a sus padres?

—Sí. Pasó por unas cuantas casas de acogida. No creo que abusarán de ella allí. Por lo menos, nunca me habló de nada parecido. El problema es que no la ayudaron en absoluto. Cuando cumplió dieciséis, se largó para siempre.

Merrick cerró los ojos.

—Y así empezó la huida.

—Exacto. Se ha pasado la vida buscando amor, pero nunca lo ha encontrado. Siempre ha creído que la salvación estaba a la vuelta de la esquina —Alyssa hizo una mueca—. O al lado de un hombre. La mayoría de sus maridos han sido mucho mayores que ella. Yo me imagino que buscaba una figura paternal.

—Como el príncipe Frederick.

Alyssa lo miró sorprendida.

—¿Era mayor que mi madre?

—Veinte años. Veinticinco años mayor.

—Entonces mi hermano también tiene que ser mayor.

—Por lo menos tiene cuarenta y cinco años.

—No me había dado cuenta —Alyssa suspiró—. Ya seguía el mismo patrón por entonces.

—Por lo visto —Merrick se tomó un tiempo para asimilarlo todo

antes de hacer la próxima pregunta—. Vale. Entiendo los motivos de tu madre. ¿Pero cómo encajas tú en todo esto?

—Yo la quiero. He sido la única que ha permanecido a su lado. Llevamos huyendo desde que nací. Ha sido un vuelo continuo con pequeñas escalas. Somos un par de optimistas en busca de un arco iris de felicidad. Por lo menos, eso es lo que ella me decía.

—Entonces también se trata de honor y deber. Por no hablar de proteger a los tuyos —dijo Merrick.

A juzgar por su expresión perpleja, ella nunca lo había visto así.

—¿Y ahora qué? ¿Adónde iréis a partir de ahora?

—Estoy tan cansada, Merrick… —dijo en un susurro que desgarró el corazón de Merrick—. Me gustaría parar y quedarme en un sitio durante un tiempo.

Merrick le apartó los rizos de la cara.

—Quizá podrías quedarte algo más que un tiempo —le dijo con ternura—. ¿Qué te parece para siempre?

—Sería una posibilidad, de no ser por un pequeño problema —Alyssa se esforzó por sonreír—. La única persona por la que estaría dispuesta a quedarme no estará aquí, no si el príncipe Brandt lo encierra en la cárcel. ¿Qué te parece eso?

—Entonces quizá pueda darte algo para que me recuerdes.

Volvió a donde había dejado los pantalones y sacó una cajita forrada en terciopelo de uno de los bolsillos. Entonces regresó a la cama, tomó la mano de Alyssa y le puso un anillo.

—Esto es para ti.

La luz incidió sobre Cuento de hadas, la sortija que habían visto en el escaparate de la tienda de Marston. Ese anillo simbolizaba la unión eterna de almas gemelas. Alyssa no pudo contener la emoción y se arrojó a sus brazos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Una sonrisa iluminó el rostro de Merrick.

—¿Por qué? Porque era para ti y sólo para ti. El cómo y el cuándo fueron un poco más difíciles, pero encontré la manera. Tenía planeado encontrar el momento perfecto para dártelo, pero ya no voy a poder hacerlo.

Alyssa puso las manos sobre su rostro y lo besó en los labios.

—Entonces haremos que éste sea el momento perfecto. Aquí y ahora.

Y así pasaron sus últimos minutos juntos, los minutos más maravillosos de toda su vida.

El príncipe Brandt llamó a Alyssa a primera hora de la mañana y una vez más la escoltaron hasta su oficina. Ella no sabía qué esperar, pero más o menos se imaginaba lo que quería.

—Por favor, siéntate —le ofreció una silla—. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Primero, quiero disculparme. Te involucré en una situación que no tenía nada que ver contigo. Fue un error por mi parte.

—Trataste de obligarme a casarte contigo. Y utilizaste a mi madre para que aceptara. No fue un error. Fue una injusticia.

—Tenía mis razones. Razones poderosas —dijo él sin remordimiento.

Alyssa sintió el azote de la rabia.

—Porque quieres ser rey. ¿Crees que eso es motivo suficiente?

Brandt estuvo a punto de decir algo y se lo pensó mejor.

—No puedo entrar en ese tema en este momento. Quizá algún día —la observó en silencio y después le habló con franqueza—. Te utilicé, Alyssa. Te utilicé sin tener en cuenta cómo afectaría a tu vida.

—Querrás decir que no te importó en lo más mínimo.

Von Folke bajó la cabeza.

—Sin importarme en absoluto —dijo arrepentido—. Si hubiera habido otra forma, la habría elegido, pero no la había. Y tampoco la hay ahora.

—No creo que pretendas meter a Merrick en la cárcel —dijo Alyssa, con la esperanza de aprovechar ese momento de indecisión—. Tú me secuestraste. ¿Recuerdas? Lo suyo podría considerarse una misión de rescate.

Brandt desechó la idea.

—Son mis reglas y mi principado. La sentencia es irrevocable.

—¿Y ahora qué? —trató de mantener la calma—. ¿Vas a amenazarme si no te digo con quién te casaste?

—Yo estaba pensando en un soborno, más bien —levantó una ceja con picardía—. ¿Te parece bien? Tú y tu madre estaríais de vuelta en Nueva York en unas horas, con Merrick. ¿Te interesa?

—No lo creo. Gracias.

Brandt suspiró.

—No me digas que Montgomery te ha lavado el cerebro con su sentido del honor y el deber.

—¿Sabes? Hace unas horas podrías haberte salido con la tuya, pero mi esposo me hizo ver algo. Yo sí que creo en el honor y el deber, y en proteger a aquéllos a los que amo. De lo contrario, no estaría aquí sentada, decidida a salvar a mi marido y a mi madre —sonrió con frialdad—. Así que… no. No me lavó el cerebro. Yo estaba muy por encima de eso.

—¿El deber y el honor? ¿En serio? —Brandt parecía intrigado—. ¿Me estás hablando en serio?

—Muy en serio.

—Déjame adivinar —la miró con ojos burlones—. ¿Tienes pensado salvar a Verdonia del príncipe malvado?

—Si es preciso, sí.
—¿Y vas a jurarme que Montgomery no te secuestró?
—Por supuesto.
—Tú colaboraste con él.
—Todo el tiempo.
—Para no casarte conmigo.
—¿Es que vas a culparme?
—Entonces, en cuanto se presentó la oportunidad, huiste con Montgomery.
—Sí.
—¿Y dejaste que Miri ocupara tu lugar?
—Sí. ¡No! ¡No!

Alyssa se paró en seco y lo miró con pánico en los ojos. En un momento descartó la posibilidad de retractarse. Ya era imposible intentar enmendar el error. Brandt von Folke le había tendido una trampa y ella había mordido el anzuelo. La joven cerró los ojos y trató de asumir la culpa.

—¿Cómo lo supiste?
—Yo estaba muy por encima de eso —le devolvió sus propias palabras—. Pero te agradezco la confirmación. Y ahora, una última pregunta. ¿Dónde está?
—No lo sé. Es la verdad.
—Sí. Ya veo que es verdad. No mientes muy bien, Alyssa Sutherland.
—Y tú lo dices como si fuera algo malo.
—En mi posición, puede serlo. Sabrás lo que quiero decir en un minuto —descolgó el teléfono y presionó un botón—. Traedlos.

Alyssa lo miró con desprecio.

—No sabes cómo me alegro de que no nos hayamos casado.
—Aunque parezca increíble, yo también.

Von Folke se inclinó sobre el escritorio, acercándose a Alyssa. Sus rasgos eran duros y serios, pero Alyssa no podía negar que tenía cierto atractivo. Entonces él esbozó una cálida sonrisa.

—No te lo tomes a pecho. A pesar del ridículo instinto protector de tu marido, hay muy pocas mujeres a las que defendería con tanta pasión y ahínco. Su madre. Su mujer…

Una emoción contenida produjo un destello en su mirada.

—Su hermana… Era lógico llegar a esa conclusión —se rió con gesto severo—. Aunque tengo que admitir que me llevó toda la noche recuperar la calma, por no hablar de la lógica.
—¿Y por qué, príncipe Brandt?
—Por Miri. Y cuando ocurrió lo obvio, necesitaba que alguien confirmara mis sospechas.

Alyssa se encogió. Lo que quería decir era que necesitaba a alguien

lo bastante estúpido para tener la certeza. Antes de que pudiera replicar, Tolken entró en la oficina, seguido de Merrick y su madre, aparte de un puñado de guardias.

El príncipe Brandt se puso en pie.

—Os alegraréis de saber que Alyssa y yo hemos llegado a un acuerdo —se inclinó ante la joven—. Gracias, princesa, por haber ayudado a identificar a Miri como mi esposa. Los tres iréis directamente al aeropuerto. Volaréis a Nueva York en primera clase.

Merrick se volvió hacia ella y al ver la culpa en su mirada, arremetió contra ella, pero los guardias lo detuvieron.

—¿Qué demonios has hecho? —le preguntó enloquecido, mientras luchaba por deshacerse de sus captores—. Se lo dijiste, ¿verdad? ¿Por qué, Alyssa? ¿Por qué hiciste una cosa así?

Capítulo Diez

Alyssa sacudió la cabeza, consumida por la culpa.

—No es lo que crees —dijo desesperada.

Pero antes de que pudiera decir más el príncipe Brandt la interrumpió.

—Una parte de mí envidia el futuro que te espera, Montgomery. Vivir en Estados Unidos, jugar a ser el esposo fiel que se queda en casa mientras tu preciosa e inteligente esposa acude a su trabajo como asistente del vicepresidente de relaciones públicas en el banco internacional. Una vida disipada. Mejor que una pena de cárcel. ¿No crees?

—Quítame las esposas y te enseñaré lo mucho que coincido contigo.

Brandt sacudió la cabeza.

—Dejaremos eso para otro momento —agarró un bolso y se lo entregó a Tolken—. Aquí están los billetes. Las señoras irán en la limusina que está esperando fuera. Me temo que no confío en tu capacidad de comportarte debidamente en un vehículo tan lujoso, Montgomery. Tolken y sus hombres te acompañarán a una furgoneta idónea para el transporte de criminales. No es tan cómoda, pero estoy seguro de que entiendes la necesidad de la medida. Y también supongo que entiendes la necesidad de tenerte esposado hasta que estés a bordo del avión.

—No voy a marcharme de Verdonia.

—Supuse que dirías eso —Brandt sonrió—. Así que he preparado una celda para tu esposa y tu madre en caso de que te niegues. Tú eliges, Montgomery.

—No puedes hacer eso —dijo Alyssa, mirando a uno y a otro—. No puedes, ¿verdad? Todo el mundo dice que soy una princesa. Eso tiene que contar para algo.

Brandt se encogió de hombros.

—Una vez más… Éste es mi principado y éstas son mis reglas. No podré tenerte encerrada para siempre, pero sí voy a retenerte durante mucho tiempo.

Merrick clavó los ojos en Alyssa.

—Mi esposa en la cárcel. Eso suena bien.

—Bueno. ¿Qué me dices, Merrick? —dijo von Folke.

La joven sintió una punzada de dolor al ver que Merrick se lo estaba pensando antes de asentir.

—Si eso significa que ella no volverá a Verdonia, sí.

Antes de que pudieran impedírselo, dio un paso adelante hacia Alyssa.

—Menos mal que eres buena corredora, princesa. Porque cuando me liberen, más te vale correr más rápido que yo —su mirada de oro brillante la dejó clavada en el sitio.

—Merrick…

Él apartó la vista y fue hacia la puerta.

—¿A qué estamos esperando? —dijo dirigiéndose a Tolken—. Salgamos de aquí de una maldita vez.

—Ella te traicionó, amigo.

—Cierra el pico, Tolk.

La furgoneta entró en la autopista y ganó velocidad.

—No te sientas mal. Las mujeres lo hacen a menudo.

—Supongo que algunas sí, pero Alyssa no.

—¿Entonces me estás diciendo que es lo bastante fuerte para soportar el interrogatorio del príncipe Brandt? —Tolken asintió—. Eso significaría que eligió traicionarte. Una vergüenza. Definitivamente no es digna de ser reina de Celestia. Verdonia está mucho mejor sin ella.

Merrick apretó los dientes.

—No es eso lo que quería decir.

—¿Entonces qué? —como Merrick guardó silencio, Tolken continuó —. A lo mejor su traición es culpa tuya.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Tú la secuestraste por una causa mayor. ¿O me equivoco? Estoy seguro de que le diste un gran ejemplo. Sin duda traicionó a Miri por esa razón. Claro que en este caso era por su propio bien y el de su madre —Tolken se encogió de hombros—. Bueno… y por el tuyo.

Merrick decidió cambiar de tema.

—No voy a subir a ese avión. Lo sabes, ¿verdad?

—Sé que me costará un poco. Menos mal que tengo mucha fuerza.

—Aunque lo consigas, volveré.

—¿Con tu esposa? —Tolken ladeó la cabeza—. ¿O solo?

—Solo.

—En ese caso el príncipe Brandt me ha autorizado para ofrecerte un trato.

—¿Qué trato?

—Es muy sencillo. Dimite como comandante de las fuerzas de seguridad y regresa a Verdón. Quédate allí y vive una vida tranquila y discreta, fuera del ojo público. Si lo haces, el príncipe Brandt está dispuesto a hacer como si no hubiera pasado nada.

Merrick se rió.

—Lo que me estás diciendo es que si no lo delato, él no me delatará a mí. No le conviene que esto salga a la luz, ¿verdad? No antes de las elecciones —miró por la ventanilla—. ¿Y qué pasa con ella?

—¿Qué pasa con ella? Volverá a Nueva York. El príncipe Brandt no

podría hacer nada aunque decida quedarse en Verdonia, a pesar de sus amenazas. Sobre todo porque el aeropuerto está en suelo de Celestia —Tolken hizo una mueca—. Pero mejor que se vaya, ya que me lo preguntas. No está a la altura de su papel como princesa.

—Tú no sabes nada de ella —dijo Merrick, soltando la ira que lo quemaba por dentro.

—Yo sólo sé una cosa. Es capaz de engañar a su marido. Está claro que te ocultó ese pequeño detalle. Estoy seguro de que nunca te hubieras casado con ella de haberlo sabido. Tu esposa es una mujer perversa.

—Cállate de una vez, Tolk. Ella no es así. Cree en el honor y en el deber tanto como yo y protege a la gente que quiere. Lo arriesgó todo para salvar a su madre. Lo sacrificó todo.

Le llevó un instante oír sus propias palabras, pero en cuanto se dio cuenta de lo que había dicho, se arrepintió de todo y bajó la cabeza. Era un completo idiota y por ello tenía que renunciar a su cargo. Alguien tan estúpido no merecía vivir, y mucho menos estar al frente de las fuerzas de seguridad nacional.

—Puede que tengas razón. Yo no la conozco, pero tengo la certeza de una cosa.

Merrick levantó la cabeza y por fin empezó a encajar las piezas del puzzle.

—¿Qué cosa?

—Tú esposa no sabe jugar al póquer, mientras que el príncipe Brandt es todo un maestro.

Merrick se quedó en blanco y le llevó un minuto entender la indirecta.

—Quítame estas esposas y dame tú móvil, Tolk. De prisa. Tengo que parar un avión.

Tolken sonrió.

—Ya era hora.

Alyssa y su madre llegaron al aeropuerto y los guardias del príncipe Brandt las acompañaron durante los controles de seguridad. La joven se demoró todo lo que pudo. No paraba de mirar por encima del hombro en busca de Merrick, pero él no aparecía por allí. Tras el último control, las llevaron a una sala privada y allí permanecieron dos horas. Alyssa no hacía más que deambular por la habitación, esperándolo, pero él no venía.

—No lo entiendo —dijo al final—. Iban detrás de nosotros. Deberían haber llegado.

—Quizá lo retengan en la furgoneta hasta el momento de embarcar —dijo su madre tratando de calmarla—. No querrán provocar una pelea antes de tiempo.

Alyssa se volvió hacia los guardias.

—Seguro que tenéis móviles. ¿Podéis llamar a Tolken y averiguar dónde están?

—Mis disculpas, Su Alteza, pero no me está permitido.

Pasó otra hora y entonces alguien llamó a la puerta. Alyssa corrió hacia ella, llena de esperanza, pero sólo se trataba de un empleado del aeropuerto.

—Ya pueden embarcar.

A pesar de las protestas de Alyssa, el guardia escoltó a Alyssa y a su madre hasta la puerta de embarque y pasó la pasarela con ellas.

—Espera, por favor —dijo Alyssa, intentándolo una vez más—. Tengo que hablar con Merrick.

—Podrá hablar con él cuando embarque, Su Alteza.

—No lo entiendes —Alyssa trató de contener las lágrimas—. No va a venir. Sé que no. Cree que lo traicioné y tiene que proteger a su hermana. Él no va a marcharse de Verdonia.

—Le aseguro, Su Alteza, que él no tiene elección.

Las acompañaron hasta sus asientos de primera clase en la parte delantera del avión.

Alyssa ya no pudo contener las lágrimas.

—Escúchame, cariño —le dijo su madre—. Como ya estás llorando, hay algo que tengo que decirte —Ángela miró a su alrededor y bajó la voz—. Es sobre tu padre.

—Ya lo sé —respondió Alyssa—. Merrick me dijo que era mayor que tú.

—No. No es eso. Hay algo más que debí decirte hace mucho tiempo. Me casé con Frederick porque era mayor que yo y confiaba en él. Nos conocíamos desde hacía una semana cuando nos casamos en Las Vegas —se frotó las manos—. Pero no es eso lo que te tengo que explicar.

Alyssa no tenía la menor idea, y sin embargo, era un alivio dejar de pensar en Merrick. Se secó las lágrimas y le prestó toda su atención.

—¿Qué es, mamá? ¿Qué tienes que decirme?

Ángela bajó la vista.

—Se trata de algo que pasó cuando Frederick y yo llegamos aquí. Entonces era tarde para cambiar las cosas. Ya estábamos casados y no podía dejarlo. ¿Qué habría dicho la gente si sólo había pasado una semana?

—¿Entonces no escapaste?

—No podía. Sobre todo porque no tenía un plan en aquel momento. Además… —continuó con un hilo de voz—. Entonces… entonces lo conocí.

Una ráfaga de frío polar recorrió el cuerpo de Alyssa.

—¿Conocer a quién?
—Al hijo de Frederick, Erik —Ángela levantó la vista y miró a Alyssa—. Tu padre.
Alyssa se quedó mirándola durante un largo minuto.
—Me estás diciendo… —respiró hondo—. ¿Me estás diciendo que mi hermano es en realidad mi padre?
—Sí.
—Mamá…
—¿Tiene eso alguna relación con tu visita a Verdonia?
—Así es —Ángela miró a su hija y apartó la vista—. Después de dejar a Jim, decidí volver a Verdonia. Había oído que Frederick había muerto unos años antes y pensé que tal vez… Erik y yo… Quería volver a verlo.
—¿Y pudiste?
—Sí. Sí, lo vi.
—Vaya, mamá. ¿Y qué te dijo? ¿Qué hizo cuando apareciste?
—Oh, abdicó.
Alyssa se quedó sin aliento.
—¿Fuiste a visitar al príncipe Erik, duque de Celestia, y él abdicó así como así?
—Más o menos. Me dijo que tenía que encontrar unos documentos importantes y arreglar unas cuantas cosas, o algo así. Me dijo que si abdicaba, tú podrías gobernar Celestia, y que podríamos casarnos cuando él regresara. Pero… —Ángela se echó a llorar—. Pero Erik desapareció y el príncipe Brandt me invitó a su palacio. Sin Erik, no sabía qué hacer, así que acepté la invitación, pero en cuanto averiguó que Erik había abdicado y que tú gobernarías Celestia en su lugar, todo se fue al traste. Se sacó de la manga lo de casarse contigo.
—Todavía puedes encontrar al príncipe Erik. Puedes quedarte con él.
—No. Es demasiado tarde.
—Sólo si dejas que sea demasiado tarde.
Ángela sacudió la cabeza.
—Mi vida es un desastre. Dejé que mi pasado arruinara mi futuro —miró a su hija. Un río de lágrimas corría por sus mejillas—. Pero tú no tienes que correr la misma suerte. Tú eres mucho más fuerte que yo, como tu padre. Tú puedes arriesgarte. Atrévete a tener el futuro con el que siempre soñaste.
—No. Yo…
—Escúchame, Ally —le dijo en un tono decidido que Alyssa no había oído jamás—. Quiero que te vayas. Ahora.
—¿De qué estás hablando?
—Quiero que te bajes de este avión y hagas realidad tus sueños —se secó las lágrimas—. No lo pienses. Hazlo. Levántate y echa a andar.

—No puedo dejarte. Me necesitas.

—Ya no. Te he retenido a mi lado durante demasiado tiempo. Hemos confundido nuestros papeles. Yo soy tu madre. Y se supone que tú eres la hija. Sin embargo, siempre he dejado que cuidaras de mí.

—Pero yo quería hacerlo, mamá. Fue elección mía —agarró las manos de su madre y las besó con fervor—. Te quiero.

—Desde que era una niña he necesitado que cuiden de mí, que me quisieran sin condiciones, y tú siempre lo has hecho… Pero no fue justo habértelo permitido. Estuvo mal y no dejaré que siga siendo así.

—No tiene sentido que me baje del avión. Merrick cree que lo engañé.

—Entonces tendrás que sacarlo de su error —soltó las manos de Alyssa—. Quítate los anillos de boda.

—No lo entiendo.

—Quítatelos. Debe de haber una inscripción dentro.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Alyssa mientras se quitaba las sortijas.

—Es una tradición en Verdonia. Una tradición muy bonita, por cierto. Es un mensaje privado entre marido y mujer. Lee lo que dice el tuyo. Si es algo desagradable como «fue bonito mientras duró» o algo por el estilo… —dijo Ángela bromeando—. Entonces sabrás que no podía ser, volveremos a Nueva York y nos compraremos unos zapatos o algo —se inclinó hacia su hija—. Pero si es algo realmente especial, tienes que prometerme que te bajarás de este avión. ¿Hay trato?

—Vale. De acuerdo. Trato hecho.

Alyssa puso el anillo Cuento de hadas contra la luz y empezó a girarlo hasta ver la inscripción.

—¡Oh, Dios mío! Dice… «fue bonito mientras duró», ¿verdad? —bromeó Ángela.

Alyssa sacudió la cabeza.

—No, no dice eso. Tengo que bajarme. Ahora. Tengo que irme —se levantó del asiento, pero advirtió la presencia de los guardias—. No van a dejarme bajar.

—Claro que sí.

—No. Me lo impedirán.

—Piensa, Alyssa. Piensa. Si soy buena en una cosa, es en salir de apuros. Y éste no es muy complicado —Ángela sonrió con picardía—. Sólo tienes que decirles quién eres.

—Decirles…

Alyssa cayó en la cuenta y le dio un sentido abrazo a su madre.

—Ven conmigo. Hazlo tú, mamá. Tú también puedes cumplir tu sueño. A lo mejor puedes averiguar lo que le pasó al príncipe Erik. Y quizá consigas tu propio final feliz.

No esperó a obtener respuesta de su madre. Tenía toda una vida

por delante y un futuro por el que luchar. Se dirigió a la puerta, donde esperaban los guardias. Ellos le impidieron el paso inmediatamente.

Alyssa se puso erguida.

—Soy la princesa Alyssa, duquesa de Celestia —anunció en un tono mayestático—. Y tenéis que apartaros de mi camino.

Los guardias intercambiaron miradas y antes de que pudieran decidirse, un hombre vestido de uniforme se acercó a ellos. Debía de ser el comandante del avión.

—¿Ha dicho que es la princesa Alyssa?

—Sí.

—No nos dejan despegar hasta que abandone el avión —dijo el hombre, algo indignado—. Nos han acusado de secuestrar a la princesa de Celestia, así que, si no le importa, debe desembarcar.

—Encantada.

Los guardias se quedaron sin opciones y tuvieron que apartarse. Unos minutos más tarde, Alyssa volvió a pisar la tierra de Verdonia acompañada de su madre. Al entrar en el aeropuerto, fue recibida por una multitud. Sin duda alguien había revelado su identidad. En cuanto la vieron entrar, llovieron los aplausos y las ovaciones. Alyssa se detuvo y todos le hicieron una solemne reverencia.

La joven tuvo que hacer uso de todo el aplomo de que disponía para dirigirse a ellos.

—Gracias —dijo—. No sabéis lo mucho que esto significa para mí.

—¿Va a quedarse, princesa? —preguntó una señora.

Alyssa sonrió.

—¿Adónde voy a ir si no? Éste es mi hogar.

—¿Y su esposo? ¿Qué pasa con él?

Aquella voz grave la hizo volverse…

Merrick estaba detrás de ella. Ambos se quedaron inmóviles durante unos segundos, sin dejar de mirarse fijamente. Había tantas preguntas que hacer, tantas disculpas que ofrecer, cosas que explicar, heridas que curar… Pero nada de eso importaba en ese momento.

Alyssa miró aquellos ojos color miel y en ellos vio la llama del amor incondicional. Dio un paso hacia él… Otro paso… y entonces se arrojó en sus brazos. Merrick la colmó de besos hambrientos y desesperados. Tenía que expresar lo que sentía sin palabras.

—No se lo dije —a Alyssa no le quedaba aliento—. Te lo juro. No se lo dije.

—Me lo imaginé. Me llevó un buen rato, pero al final me di cuenta.

—No podía irme de Verdonia. No podía dejarte.

—También me di cuenta de eso —puso las manos sobre sus mejillas —. Aún no has contestado a mi pregunta. Tienes un esposo, princesa. ¿Qué piensas hacer con él?

Alyssa se conmovió profundamente.

—«Mi hogar está en tu corazón» —dijo ella—. Por lo menos eso decía un cuento de hadas que leí hace poco. A no ser que tu anillo tenga otra sugerencia.

—Sólo una.

—¿Y cuál es? —preguntó ella.

Merrick se sonrojó.

—Está muy vista.

Alyssa sonrió a pesar de las lágrimas.

—Pero yo estoy deseando oírlo. Vamos, valiente. ¿Qué dice?

Merrick la tomó en brazos y la alzó en el aire. La gente rompió a aplaudir a su alrededor.

—Dice… «dos almas destinadas a ser una sola».

Alyssa le rodeó el cuello con los brazos y se apoyó en su hombro.

—Vámonos a casa, Merrick.

—¿Es éste tu hogar, princesa? ¿Has encontrado tu casa?

—Mi casa, mi hogar. Incluso encontré a mi padre.

Alyssa se rió al ver la cara de su esposo.

—Te lo explicaré luego.

El hermano de Merrick los estaba esperando fuera del aeropuerto. A Alyssa le bastó con una mirada para notar el parecido familiar: los mismos aires mayestáticos y una delicadeza varonil. Estaba deseando conocer a su cuñado, al hombre que un día se convertiría en rey. Había algo del guerrero en su porte, pero sus ojos eran más brillantes que los de su hermano pequeño.

Lander los llevó de vuelta a Glynith, y a pesar de la lluvia, Alyssa se sintió feliz. Había tantos asuntos que resolver….

—¿Cómo supiste que no te había traicionado? —le preguntó a Merrick.

—Fue cosa de Tolken —le tocó la nariz con la punta del dedo—. Toda una sorpresa, ¿no? En cuanto me calmé lo bastante como para pensar con claridad, me di cuenta de que nunca habrías delatado a Miri, ni siquiera por mi libertad. Y mucho menos por la tuya.

—Ni siquiera por la libertad de mi madre. Le hubiera dado cualquier otra cosa, pero eso no. Era un precio demasiado alto.

—Ahí está el palacio —dijo Ángela, abrumada por los recuerdos.

Merrick miró por la ventanilla y los tímidos rayos del sol lo deslumbraron. Entonces rodeó a su esposa con el brazo.

—Podemos quedarnos aquí hasta que el estado y la iglesia reconozcan tu título. Pero eso no llevará mucho tiempo.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—He decidido seguir con mi trabajo. Después de lo de von Folke, creo que Verdonia necesita que alguien vele por ella —miró hacia el palacio—. Sólo tendré que reubicar mi cuartel general.

Alyssa contempló su nueva casa. Esa era la definitiva. Ya no tendría que seguir corriendo. Un atisbo de temor recorrió todo su cuerpo. Quedarse implicaba una gran responsabilidad. ¿Cómo lograría hacerse cargo de todo? Si no hubiera sido por Merrick, se habría sentido tentada de hacer que Lander diera la vuelta y las volviera a llevar al aeropuerto.

Y entonces lo vio… Se formó justo delante de sus ojos.

Nacido de las mismas entrañas de la tierra de Celestia, un arco iris de colores tiñó el cielo de su hogar. Parecía que brotaba del interior del palacio.

Merrick también lo vio y se volvió hacia ella sonriente. Entonces Alyssa tomó a su madre de la mano y la hizo mirar por la ventana.

—Mira, mamá. Tenías razón. Nuestro arco iris estaba ahí fuera. Después de tantos años, por fin lo encontramos —dijo.

Y entonces miró a su esposo, cuyos ojos brillaban tanto como el sol. Alyssa había descubierto lo que estaba al final del arco iris; algo mucho más preciado que el oro más puro.

Se acurrucó en el abrazo de Merrick.

—Llévame a casa —susurró la joven.

—Con una condición.

—¿Cuál es?

—Prométeme que serás feliz de ahora en adelante.

Alyssa fingió pensárselo un poco.

—Sólo hay una manera. Contigo a mi lado.

Merrick se inclinó hacia ella y le dio un beso.

—Bienvenida a casa, mi amor. Bienvenida a casa…

Fin